

# el último viaje

CIENCIA  
FICCIÓN



Poul  
anderson

Lectulandia

*El último viaje* contiene cuatro de las mejores narraciones (seleccionadas como tales por el propio autor) de Poul Anderson, que, pese a ser el máximo exponente de la *hard science fiction* (ciencia ficción «dura», es decir rigurosa desde el punto de vista científico) es también —y a la vez— uno de los maestros indiscutidos de la ciencia ficción aventurosa. Esta rara y feliz combinación de rigor y amenidad confiere a la obra de Anderson —galardonada con varios premios Nebula y Hugo, como el obtenido precisamente por *El último viaje*— un interés poco común, y explica que sea uno de los autores de ciencia ficción más leídos en todo el mundo.

**Lectulandia**

Poul Anderson

# **El último viaje**

ePub r1.0

viejo\_oso 27.05.14

Título original: *The Best of Poul Anderson*

Poul Anderson, 1976

Traducción: María Teresa Segur

Cubierta: David Hardy

Editor digital: viejo\_oso

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRESENTACIÓN

### Poul Anderson, «el Duro» de la ciencia ficción

Poul Anderson es el máximo exponente de lo que se ha dado en llamar *hard science fiction*, expresión que, traducida literalmente («ciencia ficción dura»), puede sugerir contenidos de cruda violencia futurística o atezados Bogarts con traje espacial. Sin embargo, en este caso, y al contrario de lo que ocurre con la novela policíaca, «dura» no es sinónimo de violencia sino de rigurosa desde el punto de vista especulativo, y significa que este tipo de ciencia ficción trata los aspectos científicos y tecnológicos de los relatos con especial atención y seriedad.

Este tipo de rigor, se dirá más de un lector, equivale a menudo a falta de amenidad e incluso de inteligibilidad: largas y detalladas descripciones de complicados artefactos, oscuras parrafadas de terminología técnica, alusiones a fórmulas y leyes científicas desconocidas... Y lo cierto es que, en algunos casos, puede ser así; existe, de hecho, una ciencia ficción no sólo escrita *por* científicos sino *para* científicos.

Pero éste no es en absoluto el caso de Poul Anderson: paradójicamente, el padre de la *hard science fiction* actual es también —y a la vez— uno de los maestros indiscutidos de la ciencia ficción aventurosa. Esta rara y feliz combinación de rigor y amenidad confiere a la obra de Anderson —galardonada con varios premios Nebula y Hugo, como el obtenido por el relato que abre y da título a esta selección— un interés poco común, y explica que sea uno de los autores de ciencia ficción más leídos en todo el mundo y uno de los preferidos del público juvenil.

Así como en *El pueblo del aire* (Libro Amigo 524) ofrecíamos cuatro de las mejores narraciones de la primera época de Anderson, esta selección está dedicada a su producción posterior. Los dos volúmenes juntos reúnen lo que el propio Anderson ha seleccionado recientemente como lo mejor de su narrativa, y constituyen, pese a algunas objeciones de tipo ideológico que en ocasiones pueden ponerse al autor (*El último viaje*, sin ir más lejos, y pese a su indudable belleza formal es, en este sentido, inadmisibles), una antología fundamental en la biblioteca de todo aficionado al género.

CARLO FRABETTI

# I

*¿Por qué exploran los hombres? Es indudable que todos los individuos que lo han hecho tuvieron sus propias razones, y en algunos casos éstas no fueron estrictamente prácticas, e incluso pudieron ser sórdidas, y probablemente en ningún caso fueron absolutamente puras. Todos los grandes exploradores han sido intensamente humanos, incluyendo a los astronautas y cosmonautas actuales, a pesar de todo lo que los intelectuales sostienen. Los motivos humanos están inevitablemente mezclados. Parece como si los exploradores tuviesen más nobleza de alma que otra clase de hombres. Aunque es posible que así sea, en este relato he tratado de examinar su búsqueda más allá de cada horizonte. Obtuvo un premio Hugo, lo cual es una razón para incluirlo aquí: el juicio de los lectores.*

*Otra de las razones es el deseo de ofrecer una indicación de lo maravilloso y variado que es el universo donde tenemos el gran privilegio de vivir. El escenario no es un planeta, sino una luna tan grande como la Tierra de un mundo monstruosamente grande. Me divertí imaginándolo, calculando su órbita y otras características. Después, Hal Clement, el maestro de este tipo de ciencia ficción, me hizo el honor de jugar a lo que él llama «La Partida» con el relato, tratando de deducir lo que el autor se proponía exactamente y dónde podía haberse equivocado.*

*Informaciones muy recientes, procedentes del Pioneer en su décimo vuelo de inspección en torno a Júpiter, señalan que mi satélite puede muy bien estar bañado por una radiación letalmente intensa. Por otro lado, su campo magnético puede proteger la superficie. Cuestiones como ésta no son áridos tecnicismos; son la materia de la fantasía.*

## EL ÚLTIMO VIAJE

Cuando oímos hablar por vez primera de la Nave Celeste, nos encontrábamos en una isla cuyo nombre, tal como las lenguas montalirianas articulan un sonido tan bárbaro, era Yartzik. Había transcurrido casi un año desde que el *Golden Leaper* saliera de Ciudad Lavre, y nosotros creíamos haber dado media vuelta al mundo. Tan sucia estaba nuestra pobre carabela de algas y conchas, que las velas apenas podían arrastrarla por el mar. Toda el agua potable que quedaba en los toneles se había vuelto verde y nociva, el pan estaba lleno de gusanos, y los primeros signos de escorbuto habían aparecido en algunos miembros de la tripulación.

—Sea peligroso o no —decretó el capitán Rovic—, tenemos que desembarcar en algún sitio. —Recuerdo que sus ojos centellearon. Se acarició la barba pelirroja y murmuró—: Además, ya hace mucho tiempo que preguntamos por las Ciudades Áureas. Quizá esta vez sepan dónde están.

Siguiendo el rumbo de aquel monstruoso planeta que se elevaba cada día más y más a medida que avanzábamos hacia el oeste, cruzamos tal desierto que las charlas sediciosas comenzaron otra vez. En el fondo de mi corazón, yo no podía culpar a la tripulación. Hay que vivirlo para comprenderlo. Un día tras otro sin ver más que agitadas aguas azules, espuma blanca, nubes en un cielo tropical; un día tras otro sin oír más que el viento, el ruido de las olas, el crujido del maderamen, y algunas noches, el estrépito de algún monstruo marino surcando el océano. Esto ya resultaba bastante terrible para unos marineros normales, hombres incultos que todavía creían que el mundo era plano. Pero, además, tener Tambur colgado encima del bauprés, y trepar a él, para que todos lo viéramos... era demasiado, según murmuraba la tripulación en el castillo de proa. ¿No lo dejaría caer sobre nosotros un Dios encolerizado?

Al fin, una delegación fue a hablar con el capitán Rovic. Aquellos hombres fornidos y toscos le pidieron, tímida y respetuosamente, que diéramos la vuelta. Pero sus camaradas se reunieron abajo, con el musculoso cuerpo ennegrecido por el sol y enfundado en raídas faldas escocesas, y la mano apretada en torno a dagas o cabillas de maniobra. Es verdad que los oficiales, agrupados en el alcázar, teníamos espadas y pistolas. Pero no éramos más que seis, incluidos el muchacho asustado que yo era entonces y el anciano astrólogo Froad, cuya túnica y barba blanca resultaban muy impresionantes de ver pero de escasa utilidad en una pelea.

Rovic permaneció mudo durante largo rato después de que el portavoz hubiera formulado su demanda. El silencio aumentó, hasta que el vano chillido del viento en nuestros obenques, y el vano destello del océano en el horizonte del mundo, fue todo lo que hubo. El aspecto de nuestro capitán era espléndido, pues se había puesto unos pantalones de color escarlata hasta debajo de la rodilla en cuanto supo que la

delegación iría a visitarle, así como un casco y peto de armadura brillantes como un espejo. Las plumas ondeaban en torno a aquella cabeza de reluciente acero y los diamantes de sus dedos rivalizaban con los rubíes del mango de su espada. Sin embargo, cuando habló no lo hizo como un caballero de la corte de la Reina, sino con el pronunciado acento de Anday de su adolescencia como pescador.

—¿Así que vosotros daríais media vuelta, compañeros? Tenemos viento y sol, pero no estáis contentos. ¡Qué distintos de vuestros padres! No debéis conocer la leyenda de que el hombre sólo tenía que ordenar y las cosas se hacían, y precisamente por culpa de un hombre de Anday ahora debemos trabajar. Porque, veréis, no era demasiado pedirle que sostuviera el hacha para cortar un árbol, o que ordenara las gavillas que se dirigieran a su casa, pero cuando les dijo que le llevaran, Dios montó en cólera y nos arrebató ese poder. Aunque es verdad que, a modo de recompensa, Dios proporcionó a los habitantes de Anday suerte en el mar, suerte en los dados y suerte en el amor. ¿Qué otra cosa queréis, compañeros?

Estupefacto por esta respuesta, el portavoz se retorció las manos, enrojeció, miró hacia el puente, y tartamudeó que pereceríamos miserablemente... de hambre, sed, ahogados o triturados por aquella horrible luna, o saldríamos del límite del mundo..., el *Golden Leaper* ya había llegado más lejos que otra embarcación cualquiera desde la Caída del Hombre, y si regresábamos en seguida, nuestra fama duraría siempre...

—¿Acaso podemos comer la fama, Etien? —preguntó Rovic, todavía sereno y sonriente—. Hemos tenido peleas y tormentas, dificultades, y también grandes juergas; pero no hemos visto ni una maldita Ciudad Áurea, aunque todos sabemos que debe de estar en alguna parte, llena de tesoros para los que tengan el valor de ir a buscarlos. ¿Qué diablos os pasa, compañeros? ¿Es acaso éste un crucero de placer? ¿Qué dirían los extranjeros? ¿Cómo se reirían vuestros arrogantes caballeros de Sathayn, vuestros sucios buhoneros de Wondland, no sólo de nosotros, sino de todo Montalir, si ahora volviéramos atrás!

Así se burló de ellos. Sólo una vez tocó su espada, desenvainándola hasta la mitad, como si estuviera distraído, cuando recordó cómo habíamos resistido el huracán en Xingu. Pero ellos recordaron el motín que siguió, y cómo aquella misma espada había atravesado a tres marineros armados que le atacaron a la vez. Su dialecto les comunicó que daría lo pasado por olvidado, si ellos también lo hacían: sus obscenas promesas de desahogo entre lascivas tribus salvajes aún por descubrir, su recital de tesoros legendarios, su llamada a su orgullo de marineros y montalirianos, apaciguó el miedo. Y al final, cuando los vio maleables, lanzó el discurso provinciano. Avanzó unos pasos sobre el alcázar, con su reluciente casco y ondeantes plumas, y la bandera de Montalir exhibió sus colores desteñidos por el mar justo encima de su cabeza, y tal como dicen los caballeros de la Reina, dijo:

—Ya sabéis que yo no propongo regresar hasta que hayamos dado la vuelta a todo



el globo y podamos ofrecer a Su Majestad ese regalo. Un regalo que no es oro ni esclavos, ni siquiera esa erudición de tierras lejanas que ella y su excelentísima Compañía de Aventuras Comerciales desean. No, lo que nosotros alzaremos en nuestras manos para darle, el día que amarremos nuevamente en los largos muelles de Lavre, será nuestra proeza: hacer algo que ningún hombre ha osado jamás, y hacerlo para su gloria.

Aún permaneció allí un rato más, rodeado por un silencio poblado de ruidos marinos. Después dijo tranquilamente: «Todo el mundo a sus puestos», giró sobre sus talones y volvió a entrar en su camarote.

Así continuamos algunos días más, los hombres deprimidos, pero no tristes, y los oficiales ocultando cuidadosamente sus dudas. Yo me encontré muy ocupado, no con los deberes del personal por los cuales se me pagaba ni con los estudios de capitán que había emprendido —reducidos al máximo en aquellos días—, sino ayudando a Froad, el astrólogo. En aquellos aires balsámicos, él podía realizar su trabajo incluso a bordo. No le importaba gran cosa que nos hundiéramos o nos mantuviéramos a flote; ya había vivido demasiados años. Pero el conocimiento de los cielos que podía obtenerse allí, eso ya era otra cosa. Por la noche, instalado en la cubierta de proa y rodeado por el cuadrante, el astrolabio y el telescopio, envuelto por el resplandor del firmamento, parecía un santo de algún ventanal de Provien Minster.

—Mira aquello, Zhean. —Su delgada mano señaló un punto por encima de las olas que brillaban reflejaban la luz, más allá del cielo púrpura y las pocas estrellas que aún osaban mostrarse, en dirección a Tambur. En su plenitud y a medianoche se veía enorme, extendido sobre setenta grados del cielo, como un escudo verde y azul claro, cubierto de motas que se movían sobre su superficie. La luciérnaga que nosotros habíamos denominado Siett parpadeaba cerca del nebuloso borde del gigante. Balant, raramente visible y muy baja en el horizonte en nuestra parte del mundo, estaba muy alta en aquel lugar: un semicírculo, pero la parte oscura de su disco se hallaba teñida por la luminosa Tambur.

—Observa —declaró Froad—, ya no hay duda posible; se ve cómo el globo da vueltas en torno a su eje, y cómo las tormentas bullen en su aire. Tambur ha dejado de ser la más oscura y escalofriante de las leyendas, así como una terrible aparición cuando entramos en aguas desconocidas; Tambur es real. Un mundo como el nuestro. Inmensamente mayor, es cierto, pero un esferoide del espacio, alrededor del cual se mueve nuestro propio mundo, mostrando siempre el mismo hemisferio a su monarca. Las conjeturas de los antiguos se confirman triunfalmente. No es sólo que nuestro mundo sea redondo —*uff*, esto resulta evidente para cualquiera—, sino también que giramos en torno a un centro mayor, que a su vez gira alrededor del sol. Pero, la cuestión es, ¿qué tamaño tiene el sol?

—Siett y Balant son satélites internos de Tambur —recité yo, esforzándome por comprender—. Vieng, Darou y las otras lunas que se ven desde casa tienen caminos ajenos a los de nuestro propio mundo. De acuerdo. Pero ¿qué papel es el suyo?

—Eso no lo sé. Quizá la esfera de cristal que contiene las estrellas ejerza una presión hacia dentro. La misma presión, tal vez, que impulsó a la humanidad hacia el interior de la tierra, en épocas de la Caída del Cielo.

La noche era cálida, pero yo me estremecí, como si todas aquéllas fueran estrellas de invierno.

—Así que —articulé— también puede haber hombres en... Siett, Balant, Vieng... ¿e incluso Tambur?

—¿Quién sabe? Necesitaríamos muchas vidas para averiguarlo. ¡Y qué vidas serían! Da gracias al buen Dios, Zhean, por nacer en los albores de la edad venidera.

Froad empezó nuevamente a tomar medidas. Un trabajo aburrido, pensaban los demás oficiales; pero yo había aprendido bastante acerca de las artes matemáticas para entender que, a partir de estas interminables tabulaciones, podía surgir el tamaño exacto de la Tierra, de Tambur, del sol, las lunas y las estrellas, los caminos que seguían a través del espacio y la dirección de Paraíso. De modo que los marineros, que murmuraban y hacían signos para conjurar al diablo cuando pasaban frente a nuestros instrumentos, se hallaban más cerca de la verdad que los caballeros de Rovic, porque Froad practicaba realmente una poderosa nigromancia.

Al fin vimos algas flotando sobre el mar, pájaros y enormes masas de nubes, los signos de tierra. Tres días más tarde divisamos una isla. Era de un color verde intenso bajo aquellos cielos en calma. El oleaje, aun más violento que en nuestro hemisferio, se estrellaba contra altos acantilados, se convertía en blanca espuma y volvía a alejarse sin dejar de rugir. Navegamos prudentemente a lo largo de la costa, con las banderas en la arboladura para facilitar el acercamiento, y los artilleros dispuestos junto al cañón con cerillas encendidas. Porque no sólo había corrientes y bancos desconocidos —peligros a los que estábamos habituados—, sino que habíamos tenido problemas con caníbales que se acercaron a nuestro barco en sus piraguas en otras ocasiones. Temíamos especialmente los eclipses. En ese hemisferio, el sol se oculta todos los días detrás de Tambur. En nuestra longitud, eso sucedía hacia media tarde y duraba casi diez minutos. Un panorama impresionante: el planeta primario, pues así era como Froad lo llamaba ahora, un planeta similar a Diell o Coint, con nuestro propio mundo reducido a un mero satélite, se convertía en un disco negro bordeado de rojo, en un cielo repentinamente lleno de estrellas. Un viento frío soplaba sobre el mar, e incluso las olas parecían apaciguarse. Sin embargo, tan imprudente es el alma del hombre que continuábamos trabajando, no deteniéndonos más que para una brevísima plegaria cuando el sol desaparecía, pensando más en la posibilidad de un

naufragio en la oscuridad que en la Majestad de Dios.

Tan brillante es Tambur que proseguimos dando la vuelta a la isla cuando se hizo de noche. De sol a sol, doce mortales horas, mantuvimos al *Golden Leaper* navegando lentamente. Hacia el segundo mediodía, la persistencia del capitán Rovic fue recompensada. Una abertura en los acantilados nos reveló un largo fiordo. Orillas pantanosas cubiertas de árboles marinos nos aseguraron que, aunque la marea se adentraba en la bahía, no era una de esas que tanto temen los marineros. Como teníamos el viento en contra, aferramos las velas y bajamos los botes, impulsando nuestra carabela por la fuerza de los remos. Éste fue un momento vulnerable, especialmente tras percibir un pueblo dentro del fiordo.

—¿No sería mejor quedarnos fuera, capitán, y dejar que fueran ellos los primeros en acercarse? —aventuré yo.

Rovic escupió por encima de la borda.

—He comprobado que lo mejor es no mostrarse nunca vacilante —dijo—. Si una flotilla de canoas nos ataca, les daremos su merecido y así no volverán a molestarnos. Pero creo que, si demostramos no temerles desde el primer momento, hay menos posibilidades de que nos tiendan una emboscada después.

Demostró estar en lo cierto.

En el transcurso del tiempo, nos enteramos de que habíamos llegado al extremo oriental de un gran archipiélago. Sus habitantes eran extraordinarios marinos, considerando que sólo disponían de piraguas con flotadores laterales para sus viajes. Sin embargo, estas embarcaciones llegaban a medir hasta treinta metros de eslora. Con cuarenta paletas, o tres mástiles con velas de esterilla, tal embarcación casi podía igualar nuestra velocidad máxima, y era más manejable. Sin embargo, el reducido espacio de cargamento limitaba su radio de acción.

Aunque vivían en casas de madera y bálago, y únicamente poseían herramientas de piedra, los nativos eran gente cultivada. Cultivaban la tierra tan bien como pescaban; sus sacerdotes poseían un alfabeto. Altos y vigorosos, un poco más morenos y menos peludos que nosotros, tenían un aspecto impresionante, tanto desnudos, como era habitual, como vestidos con el traje ceremonial de plumas y ornamentos de concha. Habían formado un imperio a lo largo y a lo ancho del archipiélago, invadiendo las islas más septentrionales, y llevaban a cabo un activo comercio dentro de sus propias fronteras. Toda la nación se llamaba Hisagazi, y la isla que nosotros habíamos encontrado era Yarzik.

Todo esto lo fuimos averiguando lentamente, a medida que aprendíamos su idioma. Porque nos quedamos varias semanas en esa ciudad. El duque de la isla, Guzan, nos dio la bienvenida, proporcionándonos la comida, alojamiento y ayuda que necesitábamos. Por nuestra parte, los contentábamos con cristalería, rollos de tela Wondish y otras mercancías semejantes. No obstante, tropezamos con numerosas

dificultades. Como la costa era demasiado pantanosa para varar una nave tan pesada como la nuestra, tuvimos que construir un dique seco a fin de poder carenar. Muchos de nosotros contrajimos una enfermedad desconocida, aunque todos nos recuperamos a tiempo, y esto nos retrasó todavía más.

—Sin embargo, creo que todas nuestras dificultades son una bendición —me dijo Rovic una noche. En cuando descubrió que yo era un secretario discreto, me confiaba algunos de sus pensamientos. El capitán es siempre un hombre solitario; y Rovic, pescador, pirata, navegante autodidacta, vencedor sobre la Gran Flota de Sathayn y ennoblecido por la misma Reina, debía sentir el peso de aquel necesario retraimiento con más fuerza que un caballero de nacimiento.

Yo esperé en silencio, en aquella choza de paja que le habían destinado. Una lámpara de saponita lanzaba una luz mortecina y enormes sombras sobre nosotros; el bálago crujía. Fuera, el húmedo terreno bajaba junto a las casas levantadas sobre pilotes y los frondosos árboles, hasta el fiordo donde relucía bajo Tambur. Oí débilmente el sonido de los tambores, un cántico y muchos pies en torno a la hoguera de los sacrificios. Realmente, las frescas colinas de Montalir parecían muy lejanas.

Rovic recostó su musculoso cuerpo, cubierto únicamente por una falda escocesa de marinero en aquel caluroso país. Se había hecho traer una civilizada silla del barco.

—Porque verás, muchacho —continuó—, en otros tiempos habríamos establecido comunicaciones suficientes para buscar oro. Bueno, también nos habríamos informado respecto al rumbo a seguir. Pero la verdad es que no habríamos oído más que la vieja historia: «Sí, señor extranjero, claro que hay un reino donde las calles están hechas de oro... a doscientos kilómetros hacia el oeste», cualquier cosa para librarse de nosotros, ¿eh? Pero en esta prolongada estancia he sonsacado al duque y los sacerdotes idólatras con mayor sutileza. He sido tan evasivo acerca de nuestro lugar de procedencia y de lo que ya sabemos, que se les ha escapado una porción de cosas que en otra ocasión no hubieran dicho.

—¿Sobre las Ciudades Áureas? —exclamé yo.

—¡Chist! No quiero que la tripulación se excite y amotine. Todavía no.

Su curtido rostro de afilada nariz cambió de expresión.

—Siempre he creído que esas ciudades eran un cuento de viejas —dijo. Mi sorpresa debió de reflejarse claramente en mi rostro, porque sonrió entre dientes y prosiguió—: Un cuento muy útil. Como un imán en un palo, nos está arrastrando alrededor del mundo. —Su regocijo se desvaneció. Volvió a adoptar aquella expresión, que no se diferenciaba mucho de la expresión de Froad al contemplar los cielos—. Naturalmente, yo también quiero oro. Pero si no lo encontramos durante este viaje, no me importará. Capturaré unos cuantos barcos de Eralia o Sathayn cuando estemos nuevamente en aguas de casa, y pagaré el viaje de esta forma. No

dije más que la verdad aquel día en el alcázar, Zhean, que este viaje era su propia finalidad, hasta que pueda ofrecérselo a la Reina Odela, que una vez me diera el beso del ennoblecimiento.

Se arrancó de su ensoñación y dijo con brusquedad:

—Una vez le hube hecho suponer que lo sabía casi todo, logré que el duque Guzan me dijera que en la isla principal de este imperio Hisagazi hay algo sobre lo que apenas me atrevo a pensar. Una nave de los dioses, según él, y un dios viviente que vino de las estrellas. Cualquiera de los nativos te repetirá lo mismo. El secreto reservado a los nobles es que no se trata de una leyenda o murmuración, sino que es un hecho comprobado. Eso es lo que sostiene Guzan. Yo no sé qué pensar. Pero... me llevó a una cueva sagrada y me mostró un objeto procedente de esa nave. Era una especie de mecanismo de relojería, creo yo. Para qué sirve, no lo sé. Pero está hecho de un metal plateado muy brillante que me resulta totalmente desconocido. El sacerdote me desafió a romperlo. El metal no era pesado, sino liviano. Pero desafió mi espada, hizo astillas una piedra con la que lo golpeé, y mi anillo de brillantes no pudo rayarlo.

Yo conjuré al diablo con un gesto. Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies, columna vertebral, piel y cuero cabelludo, hasta quedar en carne de gallina. Porque los tambores murmuraban en la oscuridad de la jungla, y las aguas yacían como mercurio bajo el enorme Tambur, y todas las tardes ese planeta engullía al sol. ¡Oh, las campanas de Provien, oídas en las ventosas llanuras de Anday!

Cuando el *Golden Leaper* estuvo listo para navegar nuevamente, Rovic no tuvo dificultades en conseguir el permiso necesario para visitar al emperador de Hisagazi, que vivía en la isla principal. En cambio, hubiera tropezado con muchas dificultades para no hacerlo. A aquellas alturas, las canoas ya habían llevado la noticia de nuestra existencia de un rincón a otro del reino, y los grandes señores estaban ansiosos por ver a aquellos extranjeros de ojos azules. Limpios y satisfechos una vez más, nos desasimos de los brazos de morenas jovencitas y embarcamos. Alzamos el ancla, alzamos las velas, cánticos cuyos ecos hicieron escapar a los pájaros hasta los cercanos acantilados, y nos hicimos a la mar. Esta vez íbamos escoltados. El propio Guzan era nuestro piloto, un corpulento individuo de mediana edad cuya hermosura no afectaban demasiado los tatuajes verdes que su pueblo se grababa en el rostro y el cuerpo. Varios de sus hijos dejaron sus paletas sobre nuestra cubierta, mientras un enjambre de guerreros remaban junto a nosotros.

Rovic llamó a Etien, el contramaestre, a su camarote.

—Eres un hombre de agallas —le dijo—. Te encargo que mantengas a nuestra tripulación alerta, y las armas dispuestas, por muy pacífico que eso parezca.

—¡Vamos, capitán! —El curtido rostro se arrugó con desaliento—. ¿Acaso crees

que los nativos planean una traición?

—¿Quién sabe? —contestó Rovic—. Ahora bien, no digas nada a la tripulación. No saben disimular. Si la alegría o el miedo los dominaran, los nativos se darían cuenta en seguida y se inquietarían, lo cual empeoraría la actitud de nuestros propios hombres, hasta un punto que nadie puede predecir. Límitate a procurar, tan disimuladamente como puedas, que nuestros brazos nunca estén juntos y que nuestra gente no se separe.

Etien se serenó, hizo una inclinación de cabeza, y salió del camarote. Yo tuve la osadía de preguntar a Rovic lo que pensaba hacer.

—Todavía nada —dijo él—. Sin embargo, he tenido en mis propias manos un mecanismo de relojería que ni siquiera el gran Ban de Giair lograría imaginar; y me contaron muchos cuentos de una Nave que bajó del cielo, llevando a un dios o un profeta. Guzan cree que yo sé más de lo que pretendo, y confía en que seamos un nuevo y perturbador elemento en el equilibrio de las cosas, por medio del cual él pueda obtener sus ambiciones particulares. No creas que ha traído a tantos guerreros consigo por casualidad. En cuanto a mí... tengo la intención de enterarme de algo más.

Permaneció sentado un rato más, contemplando un rayo de sol que subía y bajaba en la pared cuando el barco se balanceaba. Finalmente:

—Las Escrituras nos dicen que el hombre habitó más allá de las estrellas antes de la Caída. Los astrólogos de una o dos generaciones atrás nos han dicho que los planetas son tan corpóreos como la Tierra. Un viajero procedente de Paraíso...

Cuando nos separamos, la cabeza me daba vueltas.

No tuvimos dificultad alguna en la travesía entre las islas. Al cabo de varios días divisamos la principal, Ulas-Erkila. Tiene ciento sesenta kilómetros de longitud, sesenta y cinco de anchura, y se levanta en pronunciadas y verdes pendientes hacia las montañas centrales, dominadas por un cono volcánico. Los hisagazi adoran a dos clases de dioses, los del agua y los del fuego, y creen que estas casas del Monte Ulas están dominadas por los últimos. Cuando vi aquella cima nevada que se recortaba sobre el cielo por encima de una cordillera esmeralda, manchando el azul del humo, experimenté lo mismo que los paganos. El acto más sagrado que un hombre puede realizar entre ellos es lanzarse al ardiente cráter de Ulas, y son muchos los guerreros ancianos que suben a la montaña para hacerlo. Las mujeres no pueden acercarse a ella.

Nikum, la sede real, está situada a la entrada de un fiordo, como el pueblo donde nos habíamos alojado. Pero Nikum es rica y grande, de un tamaño aproximado al de Roann. Hay más casas de madera que de bálago; también hay un macizo templo de basalto en la cima de un precipicio, dominando la ciudad, con huertos, jungla y montañas a su espalda. Los troncos de los árboles son tan grandes, que los hisagazi

han construido aquí una serie de muelles como los de Lavre, en vez de amarraderos y plataformas flotantes que suben y bajan con las mareas, tal como ocurre en la mayor parte de los puertos del mundo. Nos ofrecieron un amarre de honor en el muelle central, pero Rovic dio la excusa de que nuestro barco era difícil de maniobrar y lo atracó a la entrada.

—En medio, tendríamos la torre de control justo encima —me dijo en susurros—. Quizá no hayan descubierto el arco, pero sus lanzadores de jabalina son inmejorables. Además, se acercarían demasiado al barco y podrían amarrar un grupo de canoas entre nosotros y la boca de la bahía. En cambio, aquí, podemos controlar el muelle mientras nos preparamos para una marcha rápida.

—Pero ¿tenemos algo que temer, capitán? —pregunté yo.

Él se retorció el bigote.

—No lo sé. Depende mucho de lo que crean realmente en esa nave divina... así como de lo que sea verdad. Pero lo que sí te aseguro es que no regresaremos sin esa verdad ante la reina Odela.

Los tambores redoblaron y numerosos lanceros emplumados acudieron para ver desembarcar a nuestros oficiales. Por encima de la línea de la marea alta se extendía un pasadizo real. (La gente del pueblo en este reino nada de una casa a otra cuando la marea alcanza el umbral de su casa, o cogen uno de sus primitivos botes si tienen alguna carga que llevar). Más allá de los campos de vides y caña de azúcar se alzaba el palacio, que era un edificio alargado hecho de troncos, con los pilares del tejado admirablemente tallados.

Iskilip, el sacerdote-emperador de Hisagazi, era un hombre anciano y corpulento. Un llamativo tocado de plumas, una túnica de plumones, un cetro de madera rematado con un cráneo humano, sus tatuajes raciales, su inmovilidad, todo le confería un aspecto inhumano. Se hallaba sentado en un estrado, bajo numerosas antorchas de fragante olor. Sus hijos estaban sentados con las piernas cruzadas a sus pies, y sus cortesanos a ambos lados. A lo largo de los muros se alineaban sus centinelas. No tenían nuestra costumbre de mantenerse en posición de firmes; pero eran jóvenes, vigorosos y ágiles, que llevaban escudos y petos de escamosos monstruos marinos, hachas de pedernal y lanzas de obsidiana que mataban con la misma facilidad que el hierro. Tenían la cabeza rapada, lo cual les hacía parecer aun más feroces.

Iskilip nos recibió cordialmente, pidió unos refrescos, y nos autorizó a sentarnos en un banquillo algo más abajo que su estrado. Formuló muchas preguntas. Los Hisagazi conocían muchas islas aparte de su propio archipiélago. Incluso sabían la dirección y la distancia aproximada de un país lleno de castillos que denominaban Yurakadak, aunque ninguno de ellos había llegado hasta tan lejos. A juzgar por su

descripción de tercera mano, ¿qué otra cosa iba a ser más que Giair, donde el aventurero Hanas Tolasson había llegado por tierra? Entonces comprendí que realmente estábamos dando la vuelta al mundo. Sólo después de asimilar esta maravillosa idea, continué atendiendo a la conversación.

—Tal como ya he dicho a Guzan —manifestaba Rovic—, otra de las cosas que nos condujo hasta aquí fue el relato de que habíais sido bendecidos con una Nave del Cielo. Y él me demostró que era verdad.

Un siseo recorrió la estancia. Los príncipes se pusieron rígidos, los cortesanos borrarón toda expresión de su rostro, los centinelas se agitaron y murmuraron. A través de los muros, oí el remoto sonido de la marea alta. Cuando Iskilip habló, a través de la máscara que era su semblante, su voz se había endurecido:

—¿Acaso has olvidado que sólo los iniciados pueden ver esas cosas, Guzan?

—No, Santo Padre —dijo el duque. El sudor se deslizaba por su rostro, aunque no era el sudor del miedo—. Sin embargo, este capitán lo sabía. Su gente también... por lo que yo pude comprender... todavía no sabe hablar perfectamente nuestra lengua... su gente también es iniciada. Es algo razonable, Santo Padre. Mira las maravillas que han traído. La sólida y brillante piedra que no es piedra, como la de este cuchillo que me regalaron... ¿o es el mismo material con que está hecha la Nave? Los tubos que hacen parecer cercanas las cosas más lejanas, como el que te han regalado a ti, Santo Padre, ¿no son semejantes al que posee el Mensajero?

Iskilip se inclinó hacia delante, en dirección a Rovic. La mano que sostenía el cetro temblaba hasta el punto de hacer crujir las mandíbulas fijas del cráneo.

—¿Te enseñaron a hacer todo esto las Personas Estelares? —exclamó—. Nunca me imaginé... El Mensajero nunca ha hablado de otros...

Rovic alzó las manos.

—No tan deprisa, Santo Padre, te lo ruego —dijo—. Nuestro conocimiento de la lengua es muy pobre. No he entendido ni una sola palabra.

Esto no era cierto. Sus oficiales habían recibido la orden de fingir un conocimiento del hisagazi menor del que realmente poseían. (Habíamos perfeccionado nuestro dominio de él practicando en secreto entre nosotros). De esta forma, él podía hablar con toda la ambigüedad que deseaba.

—Es mejor que hablemos en privado, Santo Padre —sugirió Guzan, lanzando una mirada a los cortesanos. Éstos le devolvieron una mirada de celos.

Iskilip se envolvió en su magnífico atavío. Sus palabras fueron contundentes, pero dichas con el tono débil de un hombre anciano e inseguro.

—No lo sé. Si estos extranjeros ya están iniciados, no hay duda de que podemos mostrarles lo que tenemos. Pero si no es así... si oídos profanos escucharan el relato del Mensajero...

Guzan levantó una mano dominante. Intrépido y ambicioso, largamente



encerrado en su insignificante provincia, aquel día se había inflamado.

—Santo Padre —dijo—, ¿por qué hemos mantenido en secreto toda la historia durante tantos años? En parte para obtener la obediencia del pueblo, es cierto. Pero además, ¿no temías tú y tus consejeros que todo el mundo viniera hasta aquí, codiciosos de noticias, si estaban enterados, y que fuéramos desbancados? Pues bien, si dejamos partir a los hombres de ojos azules con su curiosidad insatisfecha, estoy seguro de que volverán con refuerzos. Por lo tanto, no tenemos nada que perder revelándoles lo que sabemos. Si ellos no han tenido nunca un Mensajero, si no son de verdadera utilidad para nosotros, habrá tiempo suficiente para matarlos. Pero si realmente han sido visitados como nosotros, ¿no habrá nada que no podamos hacer ellos y nosotros juntos!

Esto fue dicho a toda velocidad y en voz muy baja, a fin de que los montalirianos no lo comprendiéramos. Y la verdad es que nuestros caballeros no lo comprendieron. Yo, que tenía buen oído, deduje el sentido; y Rovic mantuvo tan necia sonrisa de incompreensión que en seguida me di cuenta de que no había perdido una sola palabra.

Al fin decidieron llevar a nuestro jefe —y a mi insignificante persona, ya que ningún magnate hisagaziano va a parte alguna sin acompañamiento— al templo. Iskilip en persona abría la marcha, seguido por Guzan y dos musculosos príncipes. Una docena de lanceros cerraba la marcha. Pensé que la espada de Rovic sería de escasa utilidad si surgían dificultades, pero apretó fuertemente los labios y seguí andando junto a él. Parecía tan ansioso como un niño por la mañana del Día de Acción de Gracias, con los dientes brillantes entre la barba puntiaguda y el gorro ladeado sobre la frente. Nadie habría podido creer que presentía algún peligro.

Nos pusimos en marcha hacia la puesta del sol; en el hemisferio de Tambur, la gente hacía menos distinción entre el día y la noche que nosotros mismos. Habiendo observado Siett y Balant en elevada posición de marea, no me sorprendí al ver que Nikum estaba casi hundido. Y sin embargo, mientras subíamos por el sendero que conducía al templo, me pareció no haber contemplado jamás un panorama tan extraño.

Debajo de nosotros se extendía una gran capa de agua, sobre la cual parecían flotar los musgosos tejados de la ciudad; los concurridos muelles, donde los mástiles y vergas de nuestro barco se balanceaban por encima de los mascarones de proa; el fiordo, serpenteando entre precipicios hacia su entrada, donde el oleaje rompía furiosamente contra los arrecifes. Las alturas que había sobre nosotros parecían negras, sobre una puesta de sol rojiza que llenaba casi la mitad del cielo y teñía las aguas. Tenue entre esas nubes, divisé el enorme cuarto creciente de Tambur, marcado con un blasón que nadie podía leer. Una columna de basalto tallada en forma de cabeza elevaba su contorno encima del planeta. A derecha e izquierda del camino crecía el césped, reseco por el calor del verano. El cielo estaba claro en el cenit, y

púrpura en el este, donde habían aparecido las primeras estrellas. Aquella noche no encontré consuelo en las estrellas. Caminamos en silencio. Los pies descalzos de los nativos no hacían nada de ruido. Mis zapatos resonaban sordamente y las campanillas que Rovic llevaba en los dedos del pie ocasionaban un leve cascabeleo.

El templo era una audaz muestra arquitectónica. Dentro de un cuadrángulo de paredes basálticas guardadas por altas cabezas de piedra, había varios edificios del mismo material. Sólo los helechos recién cortados que formaban el tejado estaban vivos. Guiados por Iskilip, pasamos junto a acólitos y sacerdotes y nos dirigimos hacia una cabina de madera situada detrás del altar. Dos centinelas montaban guardia junto a la puerta. Se arrodillaron al verle. El emperador llamó con su curioso cetro.

Yo tenía la boca reseca y el corazón a punto de estallar. Casi esperaba ver aparecer en el umbral algún ser espantoso o radiante cuando la puerta se abriera. Así pues, mi sorpresa fue inmensa al no ver más que a un hombre, y de estatura corriente. Gracias a la lámpara que había dentro, discerní su habitación, limpia, austera, pero no desprovista de comodidades; podría haber sido la morada de un hisagazi cualquiera. Él mismo llevaba una sencilla falda de estera. Las piernas que había debajo eran delgadas y torcidas, como las de un hombre viejo. Su cuerpo también era delgado, pero erecto, sosteniendo orgullosamente la cabeza blanca. Tenía la piel más oscura que un montaliriano, y más clara que un hisgaziano, ojos castaños y barba rala. Su rostro difería sutilmente, en nariz, labios y forma de la mandíbula, de cualquier otra raza que yo hubiera visto hasta entonces. Pero era humano.

Nada más.

Entramos en la choza, dejando fuera a los lanceros. Iskilip se entregó a una ceremonia semirreligiosa de presentación. Vi que Guzan y los príncipes cambiaban de postura, inquietos e irrespetuosos. Su clase había presenciado muchas ceremonias semejantes. El rostro de Rovic era indescifrable. Hizo una cortés reverencia a Val Nira, Mensajero del Cielo, y explicó nuestra presencia en pocas palabras. Pero mientras hablaba, sus ojos se encontraron y vi que intentaba formarse una opinión del hombre estelar.

—Sí, éste es mi hogar —dijo Val Nira. La costumbre hablaba por él; había explicado lo mismo a tantos jóvenes nobles que su voz carecía de matices. Aún no había observado nuestros instrumentos metálicos, o bien no habían significado nada para él—. Durante... cuarenta y tres años, ¿no es así, Iskilip? Me han tratado lo mejor que han podido. Si a veces he tenido que contenerme para no gritar de soledad, es lo que un oráculo debe esperar.

El emperador se removió, inquieto, en su túnica.

—Su demonio le abandonó —explicó—. Ahora es simple carne humana. Éste es el verdadero secreto que mantenemos. No siempre fue así. Recuerdo cuando llegó. Profetizó cosas inmensas, y la gente sollozaba y caía de rodillas. Pero desde entonces

su demonio ha regresado a las estrellas, y la potentísima arma que llevaba ha perdido toda su fuerza. Sin embargo, el pueblo no lo creería, así que simulamos todo lo contrario, para evitar que reine la inquietud entre ellos.

—Y alteren tus propios privilegios —dijo Val Nira. Su tono era cansado y sardónico—. Iskilip era joven entonces —añadió, dirigiéndose a Rovic—, y la sucesión imperial estaba en duda. Yo le di mi influencia. Él me prometió hacer algunas cosas por mí, a cambio.

—Lo intenté, Mensajero —dijo el monarca—. Tienes la prueba en todas las canoas hundidas y hombres ahogados. Pero la voluntad de los dioses fue otra.

—Evidentemente. —Val Mira se encogió de hombros—. Estas islas tienen pocos minerales, capitán Rovic, y ninguna persona capaz de reconocer los que yo necesitaba. Están demasiado lejos del continente para las canoas que poseen. No niego que lo intentarás, Iskilip... entonces. —Nos lanzó una rápida mirada—. Ésta es la primera vez que unos extranjeros gozan de la confianza imperial, amigos míos. ¿Estáis seguros de que podréis escapar con vida?

—¡Pero si son nuestros huéspedes! —exclamaron Iskilip y Guzan casi al unísono.

—Además —sonrió Rovic—, yo estaba al corriente del secreto. Mi país tiene sus propios secretos, para contraponer a éste. Sí, creo que podemos hacer un trato, Santo Padre.

El emperador tembló. Su voz se quebró.

—¿Así que vosotros también tenéis un Mensajero?

—¿Qué? —Val Nira nos contempló con estupefacción. Su semblante pasó del blanco al rojo mientras nos observaba. Después se sentó en el banco y empezó a sollozar.

—Bueno, no exactamente. —Rovic apoyó una mano en uno de sus hombros temblorosos—. Confieso que ninguna Nave Celestial ha amarrado en Montalir. Pero tenemos otros secretos, igualmente preciosos. —Sólo yo, que conocía su carácter, me di cuenta de su tirantez. Clavó los ojos en Guzan y miró al duque como un domador de animales salvajes. Y mientras tanto, amable y materialmente, siguió hablando con Val Nira—. Me imagino, amigo mío, que tu Nave naufragó en estas costas, pero que podría haber sido reparada si hubieras tenido ciertos materiales, ¿no es así?

—Sí... sí... escucha... —Tartamudeando y estremeciéndose al pensar que quizá pudiera ver nuevamente su hogar antes de morir, Val Nira trató de explicar lo ocurrido.

Las implicaciones doctrinales de lo que dijo son tan sorprendentes, e incluso peligrosas, que estoy seguro de que los dioses no querrían que yo las repitiera. Sin embargo, no creo que sean falsas. Si las estrellas son realmente soles como el nuestro, acompañados cada uno de ellos por planetas como el nuestro, esto destruye la teoría

de la esfera de cristal. Pero Froad, a quien se lo explicamos después, no creyó que esto afectara a la religión verdadera. Las Escrituras nunca han dicho que Paraíso se encuentre directamente encima del lugar de nacimiento de la Hija de Dios; eso fue lo que todo el mundo supuso, durante los siglos en que la Tierra se consideró plana. ¿Por qué no podía ser Paraíso aquellos planetas de distantes soles, donde los hombres habitaban en magnificencia, poseían las artes antiguas y volaban de una estrella a otra con la facilidad con que nosotros íbamos de Lavre a Alayn Occidental?

Val Nira creía que nuestros antepasados habían sido desterrados a este mundo, varios miles de años atrás. Debían de tener que purgar las consecuencias de algún crimen o herejía, para ser abandonados tan lejos de cualquier territorio humano. Su nave debió de naufragar, y los supervivientes volvieron al salvajismo, y sólo gradualmente han obtenido sus descendientes algo de sabiduría. No creo que esto contradiga el dogma de la Caída. Más bien lo amplía. La Caída no fue el destino de toda la humanidad, sino el de unos pocos —nuestra propia sangre corrompida—, mientras que los otros seguían viviendo próspera y felizmente en los cielos.

Nuestro mundo aún está muy lejos de los senderos comerciales de los habitantes de Paraíso. Hoy día, muy pocos de ellos tienen interés en buscar nuevos reinos. Sin embargo, Val Nira fue uno de ellos. Viajó al azar durante varios meses hasta que encontró casualmente nuestra Tierra. Entonces, la maldición le alcanzó también a él. Algo falló. Descendió sobre Ulas-Erkila, y la Nave se negó a seguir volando.

—Sé cuál es la avería —dijo ardientemente—. No lo he olvidado. ¿Cómo iba a hacerlo? A lo largo de todos estos años, no ha pasado ni un solo día sin que yo me repitiera lo que debía hacerse. Cierta motor muy delicado de la Nave requiere mercurio. —Él y Rovic tuvieron que hablar un rato hasta que dedujeron que eso debía ser a lo que se refería por la palabra empleada—. Cuando el motor falló, aterricé con tanta brusquedad que el depósito explotó. Todo el mercurio, tanto el de reserva como el que estaba utilizando, se derramó. Esa cantidad, en un espacio cerrado y caluroso, me habría envenenado. Salí a toda prisa, olvidando cerrar la portezuela. Como la nave estaba inclinada, el mercurio corrió tras de mí. Cuando me hube recobrado del pánico, una tormenta tropical había diluido ese metal. Una serie de accidentes improbables, sí, eso es lo que me condenó a toda una vida de exilio. ¡Habría tenido más sentido perecer en aquel instante!

Asió la mano de Rovic, levantando la vista desde su asiento hasta el capitán, que se hallaba en pie frente a él.

—¿Puede obtener el mercurio? —rogó—. No necesito más que el volumen de la cabeza de un hombre. Sólo eso, y unas cuantas reparaciones que pueden hacerse fácilmente con las herramientas de la Nave. Cuando levantaron este culto en torno a mí, tuve que entregarles ciertos objetos que poseía, ya que todos los templos provinciales debían poseer una reliquia. Sin embargo, nunca les entregué nada

importante. Todo lo que necesito está aquí. Cinco litros de mercurio, y... ¡oh, Dios mío, es posible que mi esposa aún viva, en Terra!

Guzan, al fin, había empezado a comprender la situación. Hizo una seña a los príncipes, que levantaron sus hachas y dieron un paso adelante. La puerta de la choza se cerró en aquel momento. Rovic miró de Val Nira a Guzan, cuyo rostro se había afeado con la tensión. Mi capitán apoyó una mano sobre la espada. Fue la única muestra que dio de la proximidad del peligro.

—Deduzco, caballero —dijo con ligereza—, que desea usted reparar la Nave Celestial para que pueda volver a volar.

Guzan se estremeció. Nunca hubiera imaginado tal cosa.

—Pues, naturalmente —exclamó—. ¿Por qué no?

—Su dios les abandonaría. ¿Qué sería entonces de su poder en Hisagazi?

—No... no había pensado en ello —tartamudeó Iskilip.

Los ojos de Val Nira iban de uno a otro, como si presenciara un partido de tenis. Su enjuto cuerpo se estremeció.

—No —susurró—. No podéis. ¡No podéis retenerme!

Guzan asintió.

—Dentro de pocos años —dijo, no sin amabilidad—, igualmente nos abandonarías en una canoa mortuoria. Si, mientras tanto te retenemos en contra de tu voluntad, es posible que interpretes mal nuestros oráculos. Tranquilízate; te conseguiremos la piedra fluida. —Con una mirada de soslayo a Rovic—: ¿Quién irá a buscarla?

—Mis hombres —dijo el caballero—. Nuestro barco puede llegar fácilmente a Giair, donde hay naciones civilizadas que sin duda tendrán mercurio. Creo que podríamos regresar al cabo de un año.

—¿Acompañados por una flota de aventureros, que os ayudarán a apoderaros de la nave sagrada? —preguntó bruscamente Guzan—. O bien, una vez fuera de nuestras islas, quizá no vayáis siquiera a Yurakadak. Quizá continuéis hasta vuestro hogar, se lo expliquéis todo a vuestra Reina, y regreséis con el poder que ella tiene.

Rovic se apoyó en uno de los postes que aguantaban el tejado, como un gran felino con capa escarlata. Su mano derecha continuaba encima del mango de su espada.

—Supongo que nadie más que Val Nira sería capaz de hacer funcionar esa Nave —dijo lentamente—. ¿Acaso importa quién le ayude a repararla? ¡No creo que ninguna de nuestras naciones pudieran conquistar Paraíso!

—La Nave es muy fácil de manejar —exclamó Nira—. Cualquiera puede hacerla volar. Enseñé a muchos nobles las palancas que hay que accionar. La navegación entre las estrellas es lo difícil. Ninguna nación de este mundo podría siquiera llegar a mi planeta por sí sola, y mucho menos luchar contra nosotros; pero ¿por qué ibais a

pensar en hacerlo? Te he dicho miles de veces, Iskilip, que los habitantes de la Vía Láctea no son peligrosos para nadie. Tienen tantas riquezas que no saben en qué emplearlas. Estarían encantados de gastar grandes cantidades para que los pueblos de este mundo volvieran a ser civilizados. —Con una mirada ansiosa y casi histérica a Rovic—: Plenamente civilizados, quiero decir. Os enseñaríamos nuestras artes. Os daríamos motores, autómatas, homúnculos, para que hicieran todo el trabajo pesado; y naves que vuelan por los aires; y un servicio de pasajeros regular para viajar de una estrella a otra...

—Hace cuarenta años que nos prometes lo mismo —dijo Iskilip—. No tenemos más que tu palabra.

—Y, finalmente, una oportunidad para confirmar su palabra —exclamé yo.

Con calculada severidad, Guzan dijo:

—Las cosas no son tan sencillas, Santo Padre. He observado a estos hombres procedentes del otro lado del océano durante muchas semanas, mientras estaban en Yartzik. Incluso en sus mejores momentos son crueles y avaros. No confío en ellos más que cuando puedo vigilarlos. Esta misma noche he visto cómo nos han engañado. Saben nuestra lengua mejor de lo que han admitido jamás. Y nos han hecho creer que tienen una especie de Mensajero. Si la Nave llegara a ser reparada, y ellos se apoderaran de ella, ¿quién sabe lo que serían capaces de hacer?

El tono de Rovic se suavizó todavía más.

—¿Qué propones, Guzan?

—Podemos discutirlo en otra ocasión.

Vi que los nudillos se apretaban en torno a las hachas. Hubo un momento en que solo se oyó la entrecortada respiración de Val Nira. Guzan se mantenía en rígida posición bajo la luz de la lámpara, frotándose la barbilla, con los ojos bajos, y pensando intensamente. Al fin habló:

—Quizá —dijo con voz tajante— una tripulación compuesta principalmente por hisagazis pudiera manejar tu barco, Rovic, y traer la piedra fluida. Podrían ir unos cuantos de tus hombres para enseñarles. El resto se quedaría aquí en calidad de rehenes.

Mi capitán no contestó. Val Nira gimió:

—¡No lo comprendéis! ¡Estáis haciendo una montaña de un grano de arena! Cuando mi pueblo venga, no habrá más guerras, ni opresiones. Os curarán de todas las enfermedades. Mostrarán amistad por todos y predilección por ninguno. Os lo ruego...

—¡Basta! —dijo Iskilip. Sus propias palabras sonaron indecisas—. Lo consultaremos con la almohada. Si es que alguien puede dormir después de tantas cosas extrañas.

Rovic dirigió su mirada más allá de las plumas del emperador, hacia la cara de

Guzan.

—Antes de que decidamos nada... —sus dedos se apretaron en torno al mango de su espada hasta tener las uñas blancas. Acababa de ocurrírsele alguna idea. Pero mantuvo el mismo tono sereno—. En primer lugar, quiero ver esa Nave. ¿Podemos ir mañana?

Iskilip era el Santo Padre, pero se hallaba acurrucado debajo de su túnica emplumada. Guzan dio consentimiento con un gesto.

Nos dimos las buenas noches y seguimos hundiéndonos bajo Tambur. El planeta crecía hacia su plenitud, iluminando el patio con una luz fría, y dejando la choza a la sombra del templo. Sólo se veía un contorno negro, y un estrecho rectángulo iluminado en el centro de la puerta. Allí estaba en marcado el frágil cuerpo de Val Nira, que había venido de las estrellas. Estuvo contemplándonos hasta que desaparecimos de su vista.

Durante el camino de regreso, Guzan y Rovic negociaron en bruscas palabras. La Nave se encontraba a dos días de marcha hacia el interior de la isla, en la ladera del Monte Ulas. Iríamos a inspeccionarla en una expedición conjunta, pero sólo una docena de montalirianos obtuvieron el permiso. Después discutiríamos nuestra línea de acción.

Las linternas lanzaban una luz amarillenta sobre la popa de nuestra carabela. Habiendo rehusado la hospitalidad de Iskilip, Rovic y yo regresamos allí para pasar la noche. Un piquero que estaba de guardia en la pasarela me preguntó lo que habíamos averiguado.

—Pregúntamelo mañana —repuse débilmente—. La cabeza me da vueltas.

—Ven a mi camarote, muchacho, y tomaremos una copa antes de retirarnos —me invitó el capitán.

Sólo Dios sabe cuánto necesitaba el vino en aquel momento. Entramos en la cámara, abarrotada de instrumentos náuticos, libros y cartas impresas que ahora me parecían originales después de haber visto algunos de esos espacios donde el cartógrafo había dibujado sirenas y monstruos marinos. Rovic se sentó frente a la mesa, me señaló la otra silla con un gesto, y vertió el contenido de una garrafa en dos vasos de cristal de Quaynish. Entonces me di cuenta de que le preocupaba algo de gran importancia, mucho más que el problema de salvar nuestra vida.

Bebimos un poco, sin hablar. Oí el roce de olas en el casco, las ruidosas pisadas de los hombres que montaban guardia, el crujido del lejano oleaje... y nada más. Al fin, Rovic se apoyó cómodamente en el respaldo, con la vista clavada en el vino tinto de la mesa. No logré interpretar su expresión.

—Bueno, muchacho —dijo—, ¿qué opinas?

—No sé lo que debo opinar, capitán.

—Tú y Froad estáis un poco preparados para esta idea de que las estrellas son otros soles. Estáis educados. En cuanto a mí, he visto bastantes maravillas en mi época para que esto me parezca creíble. Sin embargo, el resto de nuestros hombres...

—Es una ironía que unos bárbaros como Guzan estén familiarizados desde hace años con esa idea, ya que han tenido al anciano del cielo para explicárselo a su clase durante más de cuarenta años. ¿Es realmente un profeta, capitán?

—Él lo niega. Juega al profeta porque debe hacerlo, pero es evidente que los duques y condes de este reino saben que es un truco. Iskilip es muy viejo, y está más que medio convertido a su propio credo artificial. Le oí murmurar algo sobre las profecías que Val Nira hizo largo tiempo atrás, profecías verdaderas. ¡Bah! Trucos de la memoria y su propio anhelo. Val Nira es tan humano y falible como yo. Los montalirianos estamos hechos de igual forma que estos hisagazis, a pesar de haber aprendido a usar el metal antes que ellos. El pueblo de Val Nira, a su vez, sabe más que nosotros; pero siguen siendo mortales, por el Cielo que sí. Debo recordar que lo son.

—Guzan lo recuerda.

—¡Bravo, muchacho! —Rovic frunció los labios—. Es listo, y audaz. Cuando nosotros llegamos, vio su oportunidad de abandonar su puesto como señor de una aburrida isla periférica. No permitirá que esa oportunidad se le escape sin luchar. Como muchos otros traidores, nos acusa de planear justamente lo que él espera hacer.

—Pero ¿qué es lo que desea?

—Me imagino que quiere la Nave para sí mismo. Val Nira ha dicho que era fácil de manejar. La navegación entre las estrellas sería demasiado difícil para cualquiera excepto él; además, ningún hombre en sus cabales querría jugar a los piratas en la Vía Láctea. Sin embargo... si la Nave permaneciera aquí, en la Tierra, sin elevarse más que un kilómetro encima del suelo... el tirano que la utilizara podría conquistar más territorios que el mismo Lame Darveth.

Me horroricé.

—¿Quiere decir que Guzan no intentaría siquiera buscar Paraíso?

Rovic hizo una mueca tan sombría que comprendí su deseo de estar solo. Me escabullí hacia mi litera de popa.

El capitán se despertó antes del alba, para preparar a nuestros hombres. Evidentemente había llegado a una decisión, y ésta no era agradable. Pero una vez establecía un curso a seguir, raramente lo variaba. Sostuvo una larga conferencia con Etien que salió del camarote con semblante asustado. Como si quisiera tranquilizarse a sí mismo, el contramaestre empezó a dar órdenes a voz en grito.

Los doce hombres escogidos iban a ser Rovic, Froad, yo mismo, Etien, y ocho miembros de la tripulación. Nos entregaron cascos y petos, mosquetes y afilados



cuchillos. Como Guzan nos había dicho que el camino hacia la Nave era difícil, preparamos un carro de suministros en el muelle. Etien supervisó su desembarco. Yo me quedé estupefacto al ver que casi todo lo que transportaba, hasta hacer crujir los ejes, eran barriles de pólvora.

—¡Pero si no llevamos ningún cañón! —protesté.

—Ordenes del capitán —replicó Etien. Me volví la espalda. Tras una ojeada al rostro de Rovic, nadie osó preguntarle la razón. Recordé que deberíamos subir una ladera. Una carretada de pólvora, con la mecha encendida, lanzada desde arriba hacia un ejército hostil, podía ganar una batalla. Pero ¿acaso Rovic preveía un conflicto abierto?

Claro que sus órdenes a los hombres y oficiales que se quedaban allí era justo lo que sugerían. Tenían que permanecer a bordo del *Golden Leaper*, manteniendo el barco a punto para luchar o largar amarras.

Cuando salió el sol, dijimos nuestras oraciones a la Hija de Dios y descendimos al muelle. La madera resonaba bajo nuestras botas. Una fina neblina envolvía la bahía; la media luna que era Tambur se hallaba a gran altura en el cielo. La ciudad de Nikum parecía dormida cuando pasamos junto a ella.

Guzan se reunió con nosotros en el templo. Se suponía que un hijo de Iskilip estaba a cargo de la expedición, pero el duque hizo caso omiso del joven igual que nosotros. Llevaban a un centenar de guardias, con capa de escamas, la cabeza rapada, y tatuados con tempestades y dragones. El débil sol de la mañana se reflejaba en las cabezas de obsidiana de las lanzas. Nuestro acercamiento fue contemplado en silencio. Pero cuando nos detuvimos frente a aquella tropa desordenada, Guzan se adelantó. Él también iba vestido de cuero, y llevaba la espada que Rovic le había regalado en Yarik. El rocío brillaba sobre su capa de plumas.

—¿Qué lleváis en esa carreta? —inquirió.

—Suministros —contestó Rovic.

—¿Para cuatro días?

—Quédate con sólo diez hombres —dijo Rovic fríamente—, y yo dejaré el carro.

Sus ojos se encontraron, pero Guzan se apresuró a desviarlos y dar las órdenes. Nos pusimos en marcha, unos cuantos montalirianos rodeados por guerreros paganos. La jungla se extendía ante nosotros, espesa y verdísima, hasta la mitad de la ladera de Ulas. Allí, la montaña se volvía negra y desnuda, hasta la nieve que rodeaba su cráter.

Val Nira caminaba entre Rovic y Guzan. Me pareció extraño que el instrumento de la voluntad de Dios estuviera tan marchito. Tendría que haber sido alto y arrogante, con una estrella en la frente.

Durante el día, por la noche en el campamento y nuevamente a lo largo del día siguiente, Rovic y Froad le interrogaron acerca de su país. Como es natural, su conversación se desarrolló en fragmentos. Yo no oí nada, puesto que tuve que

empujar la carreta a lo largo del estrecho, difícil y empinado sendero. Los hisagazis no tenían animales de carga por lo que hacían escaso uso de la rueda y carecían de rutas apropiadas. Pero lo poco que oí me mantuvo despierto.

¡Ah, maravillas aún mayores de las que los poetas han imaginado para Elf! Ciudades enteras construidas en una sola torre de más de dos kilómetros de altura. El cielo resplandecía de tal modo que nunca reinaba la oscuridad después de la puesta del sol. La comida no se obtenía de la tierra, sino en laboratorios alquímicos. Hasta los campesinos más pobres tenían una veintena de máquinas que les servían más humilde y eficazmente que un millar de esclavos; y poseían un carruaje aéreo que les permitía dar la vuelta a su mundo en menos de un día; una ventana de cristal en la cual aparecían imágenes teatrales, para distraer sus numerosos ratos de ocio. Bajeles entre los soles, cargados con las riquezas de un millar de planetas; pero ninguna de las naves iba armada ni escoltada, porque no había piratas y ese reino estaba en tan buenas relaciones con las otras naciones estelares que la guerra no tenía razón de ser. (Estos países extranjeros, al parecer, son más semejantes a lo sobrenatural que el de Val Nira, en el sentido de que las razas que los componen no son humanas, aunque saben hablar y razonar). En esta tierra feliz hay pocos delitos. Cuando se produce alguno, el criminal no tarda en ser capturado por las artes del cuerpo de policía; pero no es ahorcado, ni siquiera deportado a ultramar. En lugar de eso, le curan la mente para que no vuelva a experimentar el deseo de violar alguna ley. Regresa a su casa y vive como un ciudadano especialmente respetado, pues la gente sabe que ya es completamente digno de confianza. En cuanto al gobierno..., pero aquí perdí el hilo de la conversación. Creo que en teoría es una república, y en la práctica una leal comunidad de hombres, escogidos por medio de un examen, que vela por el bienestar de todos los demás.

¡Naturalmente, pensé que aquello era Paraíso!

Nuestros marineros escuchaban boquiabiertos. Rovic mantuvo una actitud reservada, pero se retorció incesantemente el bigote. Guzan, para quien esto constituía una vieja historia, se fue agitando. Era evidente que no veía con agrado nuestra intimidad con Val Nira, y la facilidad con que asimilábamos las ideas que éste nos comunicaba.

Pero la cuestión es que procedemos de un país donde siempre se ha alentado la filosofía natural y la mejora de las artes mecánicas. Yo mismo, en mi corta vida, había presenciado la sustitución de la noria en regiones donde hay pocos ríos provistos de la moderna forma a base de molinos de viento. El reloj de péndulo fue inventado un año antes de mi nacimiento. Había leído muchas novelas acerca de las máquinas voladoras que no pocos hombres han tratado de inventar. Acostumbrados a vivir a tan vertiginoso ritmo del progreso, los montalirianos estábamos preparados para asimilar conceptos aun más amplios.

Por la noche, sentado con Froad y Etien alrededor de la fogata que ardía en nuestro campamento, hablé de ello con el sabio.

—Ah —canturreó él—, en el día de hoy, la Verdad se ha desvelado ante mis ojos. ¿Has oído lo que ha dicho el hombre de las estrellas? ¿Las tres leyes del movimiento planetario en torno al sol, y la gran ley de atracción que las explica? ¿Por todos los santos, esa ley puede reducirse a una corta frase, y su desarrollo tendrá a los matemáticos ocupados durante trescientos años!

Clavó la vista más allá de las llamas, y las otras fogatas alrededor de las cuales dormían los paganos, y la penumbra de la jungla, y el colérico resplandor volcánico en el cielo. Yo empecé a interrogarle.

—Dejémoslo estar, muchacho —gruñó Etien—. ¿Acaso puede explicarse cuándo un hombre se enamora?

Me acerqué un poco más a la sólida y consoladora figura del contramaestre.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —pregunté, en voz baja, pues la jungla susurraba y crujía por todos lados.

—Yo he dejado de pensar hace tiempo —dijo—. Después de aquel día en el alcázar, cuando el patrón nos animó a navegar con él aunque saliéramos del borde del mundo, y cayéramos echando espuma entre las estrellas... Bueno, sólo soy un pobre marinero, y mi única oportunidad de regresar a casa es seguir al capitán.

—¿Incluso más allá del cielo?

—Quizá eso sea menos peligroso que seguir dando la vuelta al mundo. El hombrecillo juró que su embarcación estaba en buen estado, y no existen tormentas entre los soles.

—¿Acaso podemos confiar en su palabra?

—Oh, sí. Incluso un viejo marinero como yo ha visto suficientes hombres para saber cuándo uno miente. No temo a la gente de Paraíso, y el capitán tampoco. Excepto en un sentido... —Etien se rascó la barba, y frunció el ceño—. En cierto sentido que no puedo precisar, han asustado a Rovic. No teme que vengan con antorchas y espadas; pero hay algo en ellos que le asusta.

Noté que el suelo se estremecía imperceptiblemente. Ulas se había aclarado la garganta.

—Parece como si estuviéramos provocando la ira de Dios...

—Tampoco es eso lo que preocupa al capitán. Nunca ha sido demasiado piadoso. —Etien se rascó, bostezó, y se puso en pie—. Me alegro de no ser el capitán. Que él decida lo que hemos de hacer. Ya es hora de que vosotros y yo nos vayamos a dormir.

Pero yo dormí muy poco aquella noche.

Creo que Rovic descansó bien. Sin embargo, cuando amaneció el nuevo día, su aspecto era macilento. Me pregunté por qué. ¿Acaso pensaba que los hisagazi nos atacarían? En este caso, ¿por qué había venido? A medida que la pendiente se hacía

más empinada, la carreta era tan difícil de arrastrar y empujar, que olvidé mis temores para coger aliento.

No obstante, cuando llegamos al lugar donde se encontraba la Nave, al atardecer, también olvidé mi cansancio. Y después de un torrente de juramentos, nuestros marineros se apoyaron en silencio sobre las picas. Los hisagazis, poco comunicativos, se agacharon en señal de respeto. Sólo Guzan permaneció en pie. Contemplé su expresión mientras observaba aquella maravilla. Era una expresión de codicia.

El lugar podía calificarse de desértico. Habíamos sobrepasado el límite de la vegetación. El terreno que se extendía debajo de nosotros era como un mar de color verde, bordeado por un océano plateado. Nos encontrábamos entre enormes rocas negras, cenizas y porosa toba. La montaña subía en acantilados, barrancos y precipicios hacia la nieve y el humo, que se elevaba cerca de un kilómetro hacia el cielo. Y allí estaba la Nave.

Y la Nave era una belleza.

La recuerdo muy bien. De longitud —mejor dicho, altura, puesto que se hallaba apoyada sobre la cola— era casi igual que nuestra carabela; de forma, parecía la cabeza de una lanza, de color blanco brillante, sin oxidar a pesar de los cuarenta años transcurridos. Eso era todo. Pero las palabras resultan insuficientes. ¿Acaso pueden describir las nítidas curvas, la iridiscencia del bruñido metal, una cosa que era orgullosa y espléndida y que, en su misma forma, parecía querer volar? ¿Cómo puedo conjurar el hechizo que envolvía a esa Nave que habían hendido la luz de las estrellas?

Permanecimos largo tiempo inmóviles. Se me nubló la vista. Me enjuagué los ojos, contrariado de que me vieran tan afectado, hasta que vi brillar una lágrima en la pelirroja barba de Rovic. Pero el semblante del capitán era inexpresivo. Cuando habló, se limitó a decir, con voz monótona:

—Adelante, vamos a acampar.

Los centinelas hisagazis no osaban aproximarse más de aquellos centenares de metros a un ídolo tan poderoso como era la Nave. Nuestros marineros se alegraron de mantener la misma distancia. Pero cuando hubo oscurecido y todo estuvo en orden Val Nira nos condujo a Rovic, Froad, Guzan y yo hacia la embarcación.

Mientras nos acercábamos, una puerta doble situada en el costado se abrió silenciosamente y una pasarela de desembarco descendió desde ella. Iluminada por la luz de Tambur y los rojizos reflejos de las nubes de humo, la Nave ya era bastante extraña para lo que yo podía resistir. Cuando me recibió de ese modo, como si un fantasma estuviera de guardia, lancé un gemido y eché a correr. Las cenizas crujieron bajo mis botas; inspiré una bocanada de aire sulfuroso.

Pero, al llegar al límite del campamento, me atreví a volver la vista atrás. El oscuro terreno eclipsaba la luz, de modo que la Nave aparecía sola en su grandeza.

Regresé sobre mis pasos.

El interior estaba iluminado por paneles luminosos, fríos al tacto. Val Nira explicó que el gran motor que los accionaba estaba intacto, y que producía energía con sólo bajar una palanca. Tal como yo lo entendí, esto se lograba cambiando la parte metálica de una sal en luz... lo cual no entiendo en absoluto. El mercurio era necesario para una parte de los mandos, que canalizaban la energía del motor hacia otro mecanismo encargado de impulsar la Nave hacia el cielo. Inspeccionamos el depósito roto. El impacto del aterrizaje había sido realmente enorme, para torcer y doblar aquella aleación tan gruesa. Y, sin embargo, Val Nira había sido protegido por fuerzas invisibles, y el resto de la Nave no había sufrido daños importantes. Fue a buscar algunas herramientas, que flameaban, zumbaban y giraban, e hizo algunas reparaciones en la parte rota. Evidentemente, no habría tenido dificultades en completar el trabajo, y sólo necesitaba cinco litros de mercurio para dar nueva vida a la embarcación.

Nos enseñó muchas otras cosas aquella noche. No hablaré de ellas, porque ni siquiera recuerdo con claridad tantas rarezas, y no sería capaz de encontrar las palabras adecuadas. Baste saber que Rovic, Froad y Zhean pasaron varias horas en la Colina Elf.

Igual que Guzan. Aunque ya había acudido allí con anterioridad, como parte de su iniciación, nunca había visto tantas cosas hasta entonces. Sin embargo, observándole atentamente, vi en él menos admiración que codicia.

No hay duda de que Rovic observó lo mismo. Había pocas cosas que Rovic no observara. Cuando abandonamos la Nave, su silencio no se debía a la estupefacción como el de Froad o el mío. En aquel momento, pensé que estaba inquieto por las dificultades que Guzan no dejaría de plantear. Ahora, mirando hacia atrás, creo que estaba triste.

La cuestión es que, mucho después de que todos nos acostáramos, él permanecía levantado, mirando hacia la Nave iluminada por el planeta.

A primera hora de una mañana fría, Etien me despertó a sacudidas.

—Arriba, muchacho, hay trabajo que hacer. Carga las pistolas y coge el puñal.

—¿Qué? ¿Qué va a suceder? —pregunté, mientras luchaba por desembarazarme de la helada manta. La noche pasada parecía un sueño.

—El capitán no ha dicho nada, pero es evidente que espera una batalla. Avisa a los de la carreta y ayúdanos a trasladarnos a la torre volante. —La corpulenta figura de Etien permaneció agachada junto a mí. Después dijo lentamente—: Creo que Guzan se propone matarnos en esta montaña. Un oficial y unos cuantos tripulantes bastan para manejar el *Golden Leaper*, ir a Giair y volver. El resto de nosotros le causaría menos problemas con la garganta cortada.

Me arrastré por el suelo, temblando de pies a cabeza. Después de armarme, cogí algo de comida del almacén común. Los hisagazis que nos acompañaban llevaban pescado seco y una especie de pan hecho con algas en polvo. Sólo los santos sabían cuándo tendría la oportunidad de volver a comer. Fui el último en reunirme con Rovic junto a la carreta. Los nativos avanzaban tétricamente hacia nosotros, inseguros sobre lo que pretendíamos.

—En marcha, muchachos —dijo Rovic. Dio las órdenes. Cuatro hombres empezaron a arrastrar la carreta por el rocoso camino hacia la Nave, donde ésta relucía entre la neblina. Los demás permanecemos allí, con las armas preparadas. Guzan corrió hacia nosotros, acompañado por un soñoliento Val Nira.

La cólera oscurecía su semblante.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó.

Rovic le dirigió una tranquila mirada.

—Como es posible que nos quedemos algún tiempo aquí, estamos inspeccionando las maravillas de la Nave...

—¿Qué? —exclamó Guzan—. ¿A qué te refieres? ¿Es que no habéis visto bastante por ser la primera vez? Tenemos que regresar a casa, y prepararnos para ir en busca de la piedra fluida.

—Ve tú, si quieres —dijo Rovic—. Yo prefiero quedarme. Y puesto que no confías en mí, debo comunicarte que el sentimiento es recíproco. Mis hombres permanecerán en la Nave, y la defenderán si es necesario.

Guzan se enfureció, pero Rovic no le hizo el menor caso. Nuestros hombres continuaron empujando la carreta sobre el desigual terreno. Guzan señaló a sus lanceros, que se acercaban en una masa desordenada, pero compacta. Etien dio la orden. Nosotros ocupamos nuestras posiciones. Las picas inclinadas hacia delante, y los mosquetes apuntando.

Guzan retrocedió. Le habíamos hecho varias demostraciones con armas de fuego en su isla de origen. Indudablemente podía superarnos con el número, si se decidía, pero las pérdidas serían elevadas.

—No existe razón para luchar, ¿verdad? —ronroneó Rovic—. Sólo tomo las precauciones más sensatas. La Nave es un premio muy valioso. Podría traer el Paraíso para todos... o el dominio de unos pocos sobre toda la Tierra. Hay quienes preferirían lo último. No te he acusado de estar entre ellos. Sin embargo, por cuestiones de prudencia, tomo a la Nave como rehén y fortaleza, durante el tiempo que desee permanecer aquí.

Creo que en aquel momento me convencí de las verdaderas intenciones de Guzan, no como una suposición nuestra sino como un hecho evidente. Si realmente hubiese querido alcanzar las estrellas, su única preocupación habría sido preservar la Nave. No habría extendido el brazo, agarrando al pequeño Val Nira entre sus fuertes manos,

ni habría retrocedido con el hombre de las estrellas a modo de escudo contra nuestro fuego. Tampoco su intención tiene importancia, salvo para mi propia conciencia. La ira contorsionaba su arrugado semblante. Nos chilló:

—¡Pues yo también retendré a un rehén! ¡Que os aproveche el refugio!

Los hisagazis se arremolinaron en torno a nosotros, alzando las lanzas y hachas, pero sin hacer ademán de seguirnos. Nos abrimos paso por la negra ladera. El sol empezaba a calentar. Froad se retorció la barba.

—Diablos, capitán —dijo—, ¿cree que piensan sitiarnos?

—No aconsejaría a nadie que se aventurara salir solo —dijo Rovic secamente.

—Pero sin Val Nira para explicarnos las cosas, ¿de qué nos sirve permanecer en la Nave? Es mejor que regresemos. Poseo algunos textos matemáticos que puedo consultar. La cabeza me da vueltas respecto a esa ley que hace girar a los planetas. Debo preguntar al hombre de Paraíso lo que sabe de...

Rovic le interrumpió, ordenando a tres hombres que ayudaran a levantar una rueda encallada entre dos piedras. Estaba de muy mal humor. Confieso que su decisión me pareció una locura. Si Guzan se proponía traicionarnos, no habíamos ganado gran cosa inmovilizándonos en la Nave, donde podía matarnos de hambre. Habría sido mejor obligarle atacar al aire libre, donde hubiéramos tenido la oportunidad de vencerle. Y si Guzan no planeaba caer sobre nosotros en la jungla —o en cualquier otra parte—, esto era una insensata provocación. Pero no me atreví a interrogarle.

Cuando llegamos con la carreta a la Nave, la pasarela volvió a descender para nosotros. Los marineros se sobresaltaron y lanzaron un juramento. Rovic se arrancó con un esfuerzo de su amargura, para calmarlos.

—Serenidad, muchachos. Ya he estado a bordo y dentro no hay ningún peligro. Ahora hemos de llevar la pólvora hasta allí, y almacenarla tal como habíamos planeado.

Debido a mi frágil constitución, no fui elegido para transportar los pesados barriles, sino que me colocaron al pie de la pasarela para vigilar a los hisagazis. Aunque estábamos demasiado lejos para distinguir las palabras, vi que Guzan subía a una roca y les arengaba. Los guerreros agitaron sus armas en dirección a nosotros y lanzaron feroces alaridos. No se atrevieron a atacar. Me pregunté lo que estaría ocurriendo. Si Rovic había previsto un sitio, explicaba que hubiésemos traído la pólvora... No, no lo explicaba, porque había más personas de las que una docena de hombres podían matar en varias semanas de tiroteo, aunque hubiésemos tenido suficientes balas... ¡y casi no teníamos comida! Miré allá de las venenosas nubes volcánicas, hacia Tambur, donde reinaban tormentas que podían engullirnos a todos nosotros, y me pregunté qué demonios estaban al acecho para tentar a los hombres.

Me sobresalté con horror al oír un indignado grito procedente del interior de la nave. ¡Froad! Eché a correr por la pasarela, pero recordé mi deber a tiempo. Oí que Rovic le amonestaba y ordenaba a la tripulación que siguieran adelante. Froad y Rovic debieron entrar solos en el compartimiento del piloto, donde hablaron durante más de una hora. Cuando el anciano salió, ya no protestaba. Pero al bajar por la pasarela lloraba.

Rovic le siguió, con una expresión más sombría de las que yo le había visto jamás. Los marineros aparecieron detrás, algunos consternados, otros aliviados, pero principalmente mirando hacia el campamento hisagazi. Eran simples marineros; la Nave no significaba para ellos más que un extraño e inquietante objeto. Etien fue el último en salir, andando hacia atrás por la pasarela metálica mientras desenrollaba un largo cable.

—¡Formen! —gritó Rovic. Los hombres ocuparon sus posiciones—. Zhean y Froad, vosotros en el centro —dijo el capitán—. Seréis más útiles llevando munición de repuesto que luchando. —Se colocó a la vanguardia.

Yo agarré a Froad por una manga.

—Por favor, se lo ruego, maestro, ¿qué sucede? —Sollozaba demasiado para poder contestarme.

Etien se agachó, con un trozo de pedernal y acero en las manos. Me oyó —porque el silencio era absoluto— y dijo con voz dura:

—Hemos colocado los barriles de pólvora a largo del casco, muchacho, con regueros de pólvora entre uno y otro. Aquí está la mecha.

No pude hablar, ni siquiera pude pensar, tan monstruoso era todo. Como si estuviera inmensamente lejos, oí el chasquido de la piedra sobre el metal en los dedos de Etien, le oí avivar las chispas con un soplo y añadir:

—Una buena idea, creo yo. Ya te dije la otra noche que seguiría al capitán sin temer la maldición de Dios... pero no le tentemos demasiado.

—¡Adelante! —La espada de Rovic centelleó al salir de su vaina.

Nuestros pies crujían con estrépito sobre la montaña mientras nos alejábamos a paso rápido. No miré hacia atrás. No pude. Todavía estaba debatiéndome en una pesadilla. Puesto que Guzan se hubiera movido para interceptarnos de todos modos, nos dirigimos en línea recta hacia su tropa. Él dio un paso adelante cuando nos detuvimos al borde del campamento. Val Nira apareció temblando detrás de él. Oí vagamente las palabras.

—¿Y bien, Rovic, qué ocurre ahora? ¿Listo para regresar a casa?

—Sí —dijo el capitán. Su voz era inexpresiva—. Hasta el término del viaje.

Guzan le miró de soslayo con creciente desconfianza.

—¿Por qué has abandonado la carreta? ¿Qué has dejado allí?

—Suministros. Vamos, en marcha.



Val Nira miraba fijamente la cruel forma de nuestras picas. Tuvo que humedecerse los labios unas cuantas veces antes de poder balbucear:

—¿De qué estáis hablando? No hay razón alguna para dejar comida aquí. Se estropeará con el tiempo hasta... hasta... —Se interrumpió al observar la expresión de Rovic. La sangre se retiró de su cara.

—¿Qué ha hecho? —susurró.

De repente, Rovic alzó la mano que tenía libre y se tapó la cara.

—Lo que era mi deber —repuso con voz ronca—. Hija de Dios, perdóname.

El hombre de las estrellas nos contempló un momento más. Después dio media vuelta y echó a correr. Pasó a toda velocidad junto a los sorprendidos guerreros, y se internó en la cenicienta ladera, en dirección a la Nave.

—¡Vuelva! —chilló Rovic—. ¡Está loco, no podrá...!

Tragó saliva con esfuerzo. Mientras observaba aquella pequeña, tambaleante y solitaria figura, que corría por una montaña de fuego hacia La Más Hermosa, la espada se escapó de su mano.

—Quizá sea mejor —dijo, como una bendición.

Guzan alzó su propia espada. Con la capa de escamas y las ondeantes plumas, su aspecto era tan impresionante como el de Rovic enfundado en su armadura.

—Dime lo que has hecho —exclamó—, o te mato en este mismo instante.

No prestó atención a nuestros mosquetes. También él había soñado.

También él dejó de soñar cuando la Nave explotó.

Ni siquiera aquel casco adamantino podía resistir una carretada de pólvora cuidadosamente colocada, detonada al mismo tiempo. El estallido me hizo caer de rodillas, y el casco se abrió por la mitad. Retorcidos pedazos de metal blanco salieron disparados sobre la ladera. Vi que uno de ellos chocaba con una roca y se partía en dos. Val Nira desapareció, destruido con demasiada rapidez para ver lo que ocurría; así pues, en el último momento, Dios fue misericordioso con él. A través de las llamas, humareda y un ruido aterrador que siguieron, vi caer la Nave. Rodó ladera abajo, salpicando la montaña con sus destrozadas entrañas. Entonces la ladera retumbó y se deslizó en persecución suya, enterrándola, y el polvo ocultó el cielo.

Ya no me atrevo a recordar nada más.

Los hisagazis lanzaron un alarido de terror y huyeron. Debieron pensar que el infierno había llegado a la Tierra. Guzan se mantuvo firme. Cuando el polvo nos envolvió, ocultando la tumba de la Nave y el blanco cráter del volcán, tiñendo el sol de color rojo, saltó encima de Rovic. Un mosquetero levantó su arma. Etien la bajó de un manotazo. Permanecieron inmóviles mientras contemplábamos luchar a aquellos dos hombres, sobre la insegura tierra volcánica, sabiendo que tenían derecho a hacerlo. Las chispas brotaban en cuanto las afiladas hojas se rozaban. Al fin, la habilidad de Rovic prevaleció. Alcanzó a su enemigo en la garganta.

Concedimos a Guzan un entierro decente y nos internamos en la jungla.

Aquella noche, los guardias reunieron el valor suficiente para atacarnos. Los mosquetes nos fueron de una gran ayuda, pero, principalmente, tuvimos que emplear la espada y la pica. Nos abrimos camino entre ellos porque no teníamos otro lugar adonde ir más que el mar.

Ellos retrocedieron, pero se apresuraron a difundir la noticia de lo ocurrido. Cuando llegamos a Nikum, todas las fuerzas que Iskilip pudo obtener estaban sitiando al *Golden Leaper* y esperando impedir la entrada de Rovic. Volvimos a formar en cuadro, sin importarnos cuántos miles podían ser, ya que sólo una veintena nos atacaba a la vez. Sin embargo, dejamos seis buenos hombres sobre el barro rojo de aquellas calles. Cuando los hombres de la carabela comprendieron que Rovic regresaba, bombardearon la ciudad. Eso prendió fuego al bálago de los tejados y distrajo al enemigo hasta el punto de que un destacamento de la nave fue capaz de acudir en nuestra ayuda. Fuimos avanzando hacia el muelle, subimos a bordo y asimos el cabrestante.

Ultrajados y muy valientes los hisagazis se acercaron con sus canoas a nuestro casco, donde el cañón no podía ser disparado. Subieron uno encima de los hombros del otro hasta llegar a la barandilla. De este modo subió todo el grupo, y la lucha que les expulsó de los puentes fue cruel. Fue entonces cuando me hicieron añicos la clavícula, que sigue molestándome ahora.

Pero, al fin, salimos del fiordo. Soplaban un fresco viento procedente del este. Con las velas desplegadas, no tardamos en dejar atrás al enemigo. Contamos a los muertos, vendamos a los heridos y nos fuimos a dormir.

Al amanecer del día siguiente, habiéndome despertado el dolor de la herida y el dolor aún más agudo que sentía en mi interior, subí al alcázar. El cielo estaba cubierto de nubes. El viento había aumentado de intensidad y el mar se extendía, agitado por las olas, hasta un horizonte grisáceo. Las cuadernas gemían y las jarcias hacían palletes. Permanecí una hora mirando hacia popa, envuelto por el aire helado que entumece el dolor.

Cuando oí el ruido de unas botas a mi espalda no me volví. Sabía que pertenecían a Rovic. Se quedó largo rato junto a mí, con la cabeza descubierta. Observé que empezaba a palidecer.

Finalmente, sin mirarme todavía, de cara a un viento que arrancaba lágrimas de nuestros ojos dijo:

—Aquel día, tuve la oportunidad de hablar con Froad. Lo lamentó, pero reconoció que yo tenía razón. ¿Te ha hablado de ello?

—No —repuse yo.

—A ninguno de nosotros nos gusta hablar de ello —dijo Rovic.

Al cabo de unos momentos prosiguió:

—No tenía miedo de que Guzan o cualquier otro se apoderara de la Nave y tratara de convertirse en un tirano. Los hombres de Montalir habríamos sabido cómo dominar a cualquiera de esos bribones. Tampoco tenía miedo de los habitantes del Paraíso. Ese pobre hombrecillo estaba diciendo la verdad. Nunca nos hubieran hecho daño... voluntariamente. Nos hubieran traído preciosos regalos, enseñado sus artes esotéricas y permitido visitar las estrellas.

—Entonces, ¿por qué? —salté yo.

—Algún día, los sucesores de Froad resolverán los enigmas del universo —dijo—. Algún día, nuestros descendientes construirán su propia Nave, y partirán hacia el destino que ellos mismos elijan.

La espuma se agitaba en torno nuestro hasta mojarnos el cabello. Noté un gusto salado en los labios.

—Mientras tanto —dijo Rovic—, surcaremos los mares de esta tierra, escalaremos sus montañas, trazaremos mapas, haremos conquistas y llegaremos a entenderlo. ¿Lo ves, Zhean? Esto es lo que la Nave nos habría arrebatado.

Entonces yo también empecé a llorar. Él apoyó una mano sobre mi hombro sano y se quedó conmigo mientras el *Golden Leaper*, con todas las velas desplegadas, seguía su curso hacia el oeste.

## II

*¿Dónde termina la ciencia ficción y dónde empieza la fantasía? La verdad es que no lo sé. La definición de un colegial dice así: «La fantasía es un relato de duendes, fantasmas, hombres lobo, vírgenes y otros seres sobrenaturales». Por lo pronto, la creencia general era que la ciencia ficción no incluía imposibilidades demostrables ni absolutas; sin embargo, entre sus temas habituales se encontraba el viaje más rápido que la luz y el viaje a través del tiempo.*

*Así que seguí adelante y empleé esos temas sin preocuparme demasiado. De todos modos, me habría gustado incluir en este libro un cuento de viajes a través del tiempo, tan representativo de un reino demasiado importante para ignorar.*

*Además... bueno, durante los últimos años, numerosos científicos altamente considerados han replanteado todo el asunto de esa limitación de la velocidad de la luz. Y muy recientemente, ¡ha ocurrido mismo con la cuestión de los viajes a través del tiempo! Parece que existe una firme base teórica para suponer que en algunas circunstancias, un cuerpo puede trasladarse a su propio pasado.*

*Naturalmente es algo que todavía debe investigarse. Pero cualquiera que sea la respuesta a un problema científico en particular, podemos decir con Eddington (citándole superficialmente, porque las palabras también son variables) que el universo no sólo es más extraño de lo que nosotros sabemos, sino que es más extraño de lo que podemos imaginarnos.*

## MI SUBLIME PROPÓSITO

Nos conocimos a raíz de un negocio. La empresa de Michaels quería iniciar una subdivisión al otro lado de Evanston y descubrieron que yo poseía algunas de las áreas más prometedoras. Me hicieron una buena oferta, pero yo me mostré obstinado; la elevaron y yo seguí mostrándome obstinado; finalmente, el dueño en persona acudió a tratar conmigo. No era tal como yo me había imaginado; agresivo, como es natural, pero de una forma tan cortés que raramente se notaba su falta de una educación convencional. De todos modos, estaba remediando esta falta con toda rapidez, por medio de clases nocturnas, cursos adicionales y una omnívora lectura.

Salimos a tomar una copa mientras hablábamos del asunto. Me llevó a un bar que no parecía estar en Chicago: tranquilo, destartalado, sin tocadiscos automático, sin televisión, con una estantería llena de libros y varios tableros de ajedrez, pero ni rastro de los monstruos y farsantes que generalmente infestan tales lugares. Además de nosotros, sólo había media docena de clientes: un profesor jubilado entre los libros, personas que hablaban de política con un revelante grado de objetividad, un joven que discutía con el camarero acerca de si Bartok era más original que Schönberg o viceversa. Michaels y yo encontramos una mesa apartada y pedimos cerveza danesa.

Le expliqué que no me interesaba el dinero, en ningún sentido, y que me oponía a que se afeara un campo bastante hermoso para levantar un nuevo barrio de casas pobres. Michaels chupó su pipa antes de contestar. Era un hombre enjuto y erecto, de barbilla sobresaliente y nariz romana, con el cabello grisáceo y los ojos oscuros y luminosos.

—¿Acaso no se lo explicó mi representante? —dijo—. No planeamos hacer una hilera de casuchas idénticas. Tenemos seis diseños básicos, con variaciones, que pensamos colocar... así.

Extrajo un lápiz y papel y empezó a dibujar. Mientras hablaba, su acento se hacía más cerrado, sin perder su facilidad de palabra. Y planteó su propio caso mejor que otro cualquiera. Nos gustara o no, dijo, estábamos a mediados del siglo veinte y la producción en masa era lo que predominaba. Una comunidad no necesita ser menos atractiva aunque sea prefabricada, e incluso podía alcanzar una unidad artística. Procedió a demostrarme cómo.

No me presionó demasiado, y la conversación se desvió por otros derroteros.

—Éste es un hermoso lugar —comenté yo—. ¿Cómo lo ha encontrado?

Él se encogió de hombros.

—Suelo pasear bastante, especialmente de noche. Explorando.

—¿No es un poco peligroso?

—En comparación, no —repuso, con algo de tristeza.

—Uh... veo que no es usted de aquí.

—No. No llegué a Estados Unidos hasta 1946. Soy lo que llamaban una PD, una persona desplazada. Me convertí en Thad Michaels porque llegue a cansarme de deletrear Tadeusz Michalowski. Además, no deseaba conservar ni una pizca del sentimentalismo propio de mi antiguo país; soy un gran partidario de la asimilación.

Normalmente, apenas hablaba de sí mismo. Más tarde obtuve unos cuantos detalles acerca de su éxito en los negocios, a base de interrogar a sus admirados y envidiosos competidores. Varios de ellos se negaban a creer que pudiera venderse una casa con calefacción de paneles radiantes a menos de veinte mil dólares y obtener un beneficio. Sin embargo, Michaels había encontrado el modo de hacerlo. No estaba mal para un emigrante arruinado.

Hice algunas comprobaciones y me enteré de que había sido admitido gracias a un visado especial, en consideración a los servicios que prestara al ejército de Estados Unidos en las últimas épocas de la guerra europea. Estos servicios habían requerido mucho valor e ingenio.

Mientras tanto, nuestras relaciones se estrecharon. Le vendí el terreno que quería, pero continuamos viéndonos, a veces en mi apartamento de soltero, y con más frecuencia en el ático que él ocupaba a la orilla del lago. Tenía una hermosa esposa rubia y un par de inteligentes y educados hijos. Sin embargo, era un hombre solitario, y yo me convertí en su amigo.

Un año después de conocernos, me contó toda la historia. Me habían invitado a cenar el día de Acción de Gracias. Después, nos sentamos en el salón y hablamos. Y hablamos. Y hablamos. Cuando hubimos repasado las posibilidades de un resultado sorprendente en las próximas elecciones municipales y pasamos a repasar las posibilidades que tenían los demás planetas de seguir un curso histórico parecido al nuestro, Amalie se disculpó y fue a acostarse. Era más de medianoche. Michaels y yo seguimos hablando. Yo no le había visto nunca tan excitado. Fue como si aquel último tema le hubiera abierto una puerta. Finalmente se levantó, volvió a llenar nuestros vasos de whisky con movimientos inseguros, y atravesó el salón (sin hacer ruido sobre la gruesa alfombra verde) para dirigirse hacia la ventana.

La noche era clara y estrellada. Dominábamos la ciudad, cintas, telarañas y espirales de rutilante color, rubí, amatista, esmeralda, topacio, y la oscura extensión del lago Michigan; incluso nos pareció divisar las interminables llanuras blancas que se extendían al otro lado. Pero encima de nosotros estaba el cielo, de un negro cristalino, donde la Osa Mayor se apoyaba sobre la cola y Orión se paseaba por la Vía Láctea. Pocas veces había visto un panorama tan grande y frío.

—Al fin y al cabo —dijo él—, sé muy bien de lo que hablo.

Me removí, hundido en el sillón. El fuego que ardía en la chimenea escupía minúsculas llamas azules. Aparte de esto, sólo una lámpara iluminaba la habitación;

yo también había divisado el enjambre de estrellas cuando pasé frente a la ventana al llegar. Me burlé un poco:

—¿Personalmente?

Él se volvió para mirarme. Su rostro estaba tenso.

—¿Qué dirías si te contestase que sí?

Bebí un sorbo de whisky. King's Ramson es una bebida noble y consoladora, especialmente cuando incluso la Tierra parece armonizar con un frío creciente.

—Pensaría que tienes tus razones y esperaría a saber cuáles son.

Él sonrió con ironía.

—Oh, bueno, yo también soy de este planeta —dijo—. Y sin embargo... sin embargo, el cielo es grande y extraño. ¿No crees que esas particularidades afectarían a los hombres que se internaran en él? ¿No se filtrarían en su interior, hasta llegarle a los huesos, y hacer que la Tierra no volviera a ser la misma a partir de entonces?

—Continúa. Ya sabes que me gustan las fantasías.

Miró hacia fuera, y volvió a girar la cabeza, tirando repentinamente su bebida al suelo. Aquel gesto violento no era propio de él. Pero tampoco lo fue su vacilación.

Con voz ronca, y todo su acento anterior, dijo:

—De acuerdo; entonces, te contaré una fantasía. Es una historia para contar en invierno, una historia fría, y te aconsejo que no la tomes en serio.

Encendí el excelente cigarro que me había dado y esperé en el silencio que él necesitaba.

Él paseó de un lado a otro frente a la ventana, con los ojos clavados en el suelo, hasta que volvió a llenarse el vaso y volvió a sentarse junto a mí. No me miró a mí, sino a un cuadro que había en la pared, algo sombrío e ininteligible que no gustaba a nadie más. Esto pareció darle fuerzas, porque empezó a hablar, rápida y suavemente.

—Voy a hablarte de una civilización, una civilización futura. No te la describiré, porque tal cosa sería imposible. ¿Acaso puede retrocederse al tiempo de los constructores de las pirámides egipcias para describirles esta ciudad que yace a nuestros pies? No quiero decir que no nos creyeran; naturalmente no lo harían, pero eso apenas tiene importancia. Lo que quiero decir es que no nos entenderían. Nada de lo que dijéramos tendría sentido para ellos. Y la forma en que la gente trabaja, piensa y cree les resultaría menos comprensible que esas luces, torres y máquinas. ¿De acuerdo? Yo te hablo de la gente del futuro que vive entre grandes energías psicocósmicas, suplantaciones genéticas, guerras imaginarias, piedras que hablan y cierto cazador ciego, y tú no entiendes nada.

»Así que sólo te ruego que imagines cuántas miles de veces este planeta ha dado la vuelta al sol, lo profundamente enterrados y olvidados que estamos; y además imagínate que esta otra civilización piensa de forma tan extraña que ignora toda limitación de la ley lógica y natural, y descubre el medio de viajar a través del

tiempo. Mientras que el habitante normal y corriente de esa época (no puedo llamarle ciudadano, o cualquier otra cosa para la cual tengamos una palabra, porque eso sería demasiado engañoso), el habitante de educación media sabe, de forma vaga y desinteresada, que varios milenios atrás existieron unos hombres que dividieron el átomo, sólo uno o dos hombres han estado aquí, han vivido entre nosotros, nos han estudiado y observado y han vuelto con un puñado de información para el cerebro central, si es que puede llamarse así. Nadie más se preocupa por nosotros, de igual modo que tú no te preocupas por la arqueología mesopotámica. ¿Lo comprendes?

Bajó la mirada hacia el vaso que tenía en la mano y la fijó en él, como si el whisky fuera una piscina milagrosa. El silencio aumentó. Al fin, dije:

—De acuerdo. Por el bien de la historia acepto la premisa. Me imagino que los viajeros a través del tiempo deben pasar inadvertidos. Seguramente conocen la técnica del disfraz a la perfección. Supongo que no desearían cambiar su propio pasado.

—Oh, no hay peligro de eso —dijo él—. La cuestión es que no podrían enterarse de demasiadas cosas si fueran por ahí diciendo que venían del futuro. Imagínatelo.

Yo solté una carcajada.

Michaels me dirigió una mirada de soslayo.

—Aparte del científico —dijo—, ¿qué otro uso crees que puede haber para el viaje a través del tiempo?

—Bueno —sugerí—, el comercio en objetos de arte o recursos naturales. Retrocedamos a la época del dinosaurio y extraigamos hierro antes de que el hombre agote las minas más ricas.

Él meneó la cabeza.

—Piénsalo mejor. Sólo querrían un número limitado de estatuillas minoicas, jarrones Ming, o pigmeos de la hegemonía tercermundista, principalmente para sus museos. En el caso de que «museo» no sea una palabra demasiado inexacta. Ya te lo he dicho, *no* son como nosotros. En cuanto a recursos naturales, están por encima de necesitarlos; los fabrican ellos mismos.

Hizo una pausa, como si se dispusiera a dar la zambullida final. Después:

—¿Cuál era esa colonia penal que abandonaron los franceses?

—¿La Isla del Diablo?

—Sí, eso es. ¿Puedes imaginarte una venganza mejor sobre un criminal condenado que abandonarle en el pasado?

—Vaya, yo creía que estaban por encima de cualquier concepto de venganza, o persuasión por medio de horribles ejemplos. Incluso en este siglo, nos damos cuenta de que eso no da buenos resultados.

—¿Estás seguro? —preguntó serenamente—. Codo a codo con el crecimiento de la avanzada penología actual, ¿no tenemos un crecimiento correspondiente del crimen



en sí? Hace años te sorprendiste de que saliera a pasear por la calle solo y de noche. Además, el castigo es una catarsis de la sociedad en conjunto. En el futuro te dirían que las ejecuciones públicas disminuyeron la proporción de crímenes, que de otro modo habrían sido aún más numerosos. Y lo que es más importante, estos espectáculos hicieron posible el nacimiento del verdadero humanitarismo en el siglo dieciocho. —Alzó una ceja con sarcasmo—. Por lo menos, eso es lo que dicen en el futuro. No importa si tienen razón, o simplemente están racionalizando un elemento degradado en su propia civilización. Todo lo que necesitas saber es que envían a sus peores criminales hacia el pasado.

—¡Qué poca consideración! —exclamé yo.

—No, no es eso. Por numerosas razones, incluido el hecho de que todo lo que ellos hacen ocurrir ya ha ocurrido... ¡Maldita sea! Este idioma no está hecho para hablar de estas paradojas. Sin embargo, no debes olvidar que nunca malgastarían sus esfuerzos en sinvergüenzas normales y corrientes. Hay que ser un malhechor muy especial para merecer el exilio en el tiempo. Y el peor crimen del mundo depende del año en particular de la historia mundial. Asesinato, bandidaje, traición, herejía, tráfico de narcóticos, esclavitud, patriotismo, el catálogo completo, todo ha sido castigado con la pena capital en algunas épocas, mirado condescendentemente en otras y ensalzado en otras. Vuelve la vista atrás y te darás cuenta de que tengo razón.

Le miré largo rato, observando las profundas arrugas de su cara y recordando que a su edad no debía tener el cabello gris.

—Muy bien —dije—. Estoy de acuerdo. Pero ¿acaso un hombre del futuro, dueño de unos conocimientos...?

Dejó el vaso sobre la mesa, con desusada fuerza.

—¿Qué conocimientos? —exclamó—. ¡Usa la cabeza! Imagínate a ti mismo recién abandonado, desnudo y solo, en Babilonia. ¿Acaso sabes el idioma o la historia babilónica? ¿Quién es el rey actual, hasta cuándo reinará, quién le sucederá? ¿Cuáles son las leyes y costumbres que debes obedecer? Recuerdas que los asirios o los persas o algunos otros conquistarán Babilonia. Pero, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Es la guerra actual una simple escaramuza o una lucha en toda regla? En este último caso, ¿vencerá Babilonia? Si no vence, ¿qué condiciones de paz serán impuestas? No habría ni veinte hombres en nuestros días que pudieran contestar a esas preguntas sin mirar un libro. Y tú no eres uno de ellos; ni siquiera te han dado un libro.

—Creo —dije lentamente— que me dirigiría hacia el templo más cercano, en cuanto hubiera aprendido a hablar un poco. Le diría al sacerdote que sabía hacer... oh... fuegos artificiales...

Él se echó a reír.

—¿Cómo? Estás en Babilonia, no lo olvides. ¿Dónde encontrarías azufre y nitrato potásico? Si lograras hacer comprender al sacerdote lo que necesitas, y le

persuadieras de algún modo a obtener los materiales, ¿cómo compondrías una pólvora que estallara en lugar de chisporrotear? Para que lo sepas, esto constituye un verdadero arte. Demonios, ni siquiera obtendrías un empleo como marinero. Podrías considerarte muy afortunado si terminarás fregando suelos. Esclavo del campo ya es una carrera más probable. ¿No lo crees así?

El fuego se estaba consumiendo.

—De acuerdo —concedí yo—. Es verdad.

—Escogen la época con mucho cuidado, ¿sabes? —Volvió a mirar hacia la ventana. Desde donde nos encontrábamos, los reflejos que brillaban sobre el cristal empañaban las estrellas, sin dejarnos ver otra cosa que la noche en sí.

—Cuando un hombre es sentenciado al destierro —dijo—, los expertos conferencian, y deciden qué período es más conveniente para aquel individuo en particular. Es fácil comprender que un tipo intelectual y remilgado, abandonado en la Grecia homérica, encontrará una pesadilla viviente, mientras que un tipo pendenciero podría desenvolverse muy bien, y llegar incluso a convertirse en un respetado guerrero. Si el pendenciero no fuese el peor de los criminales, quizá le dejaran cerca de la tienda de Agamenón, no condenándole a nada más que el peligro, las incomodidades y la nostalgia.

»¡Oh, Dios mío! —murmuro—. ¡La nostalgia!

Como la tristeza fuera invadiéndole a medida que hablaba, yo intenté serenarle con una observación técnica.

—Deben inmunizarle contra todas las enfermedades antiguas, ¿verdad? De lo contrario, esto no sería más que una complicada sentencia de muerte.

Su mirada volvió a posarse sobre mí.

—Sí —contestó—. Y, naturalmente, el suero de la longevidad sigue activo en sus venas. Se le abandona en un lugar poco frecuentado una vez ha anochecido, la máquina se desvanece, y se encuentra aislado durante el resto de su vida. Todo lo que sabe es que le han escogido una época con... unas características... que serán el castigo de su crimen.

El silencio reinó una vez más entre nosotros, hasta que el reloj de la chimenea se convirtió en el objeto más ruidoso del mundo, como si todos los demás ruidos exteriores se hubieran extinguido. Di un vistazo a la esfera. La noche tocaba a su fin; el cielo no tardaría en iluminarse por oriente.

Cuando volví a mirarle, él seguía contemplándome, con una intensidad desconcertante.

—¿Cuál fue tu crimen? —pregunté.

No pareció sorprenderse, y repuso con fatiga:

—¿Qué importa? Ya te he dicho que los crímenes de una época son heroísmos en otra. Si mi tentativa hubiera tenido éxito, los siglos venideros habrían adorado mi

nombre. Pero fracasé.

—Mucha gente debió de resultar herida —dije yo—. Todo un mundo debió de odiarte.

—Es verdad —repuso. Y al cabo de un momento—: Naturalmente, te estoy contando una fantasía. Para pasar el tiempo.

—Yo no hago más que seguirte el juego —respondí, sonriendo.

Su tensión cedió un poco. Se sentó cómodamente, extendiendo las piernas sobre la hermosa alfombra.

—Bueno, dada la fantasía de mi relato, ¿cómo has deducido el grado de mi supuesto delito?

—Por tu vida pasada. ¿Cuándo y dónde te dejaron?

Con la voz más triste que he oído en mi vida, él contestó:

—Cerca de Varsovia, en agosto de 1939.

—No creo que te importe hablarme sobre los años de la guerra.

—No, no me importa.

Sin embargo, dudó un momento antes de proseguir.

—Mis enemigos se equivocaron. La confusión que siguió al ataque alemán me concedió la oportunidad de escaparme de la policía antes de que me metieran en un campo de concentración. Gradualmente, me hice cargo de la situación. Aunque, como es natural, no me fue posible predecir nada. Sigo sin poder hacerlo; sólo los especialistas saben o se interesan por lo que ocurrió en el siglo veinte. Pero en cuanto me hube convertido en un polaco alistado en las fuerzas germanas, me di cuenta de que aquél era el bando perdedor. Por lo tanto me pasé a los americanos, les comuniqué lo que había observado, y me convertí en una especie de espía. Era arriesgado... pero si obtenía una bala, ¿qué diablos me importaba? No fue así y adquirí muchos fiadores para venir aquí; el resto de la historia es convencional.

Mi cigarro se había apagado. Volví a encenderlo, pues los cigarrillos de Michaels no podían tirarse a la mitad. Se los hacía traer especialmente de Amsterdam.

—El trigo malo —dije.

—¿Qué?

—Ya sabes; Ruth en exilio. No la trataron mal, pero lloraba sin cesar a causa de la nostalgia.

—No, no conozco esa historia.

—Está en la Biblia.

—Ah, sí. Tengo que leer la Biblia alguna vez. —Su actitud cambiaba por momentos, hacia la seguridad que le caracterizaba. Se bebió el whisky con un gesto casi alegre. Su expresión era despierta y confiada.

—Sí —dijo—, ese aspecto fue bastante malo. Más que las circunstancias físicas de la vida. Sin duda te habrás ido de campamento y habrás observado lo pronto que

dejas de echar de menos el agua caliente, la luz eléctrica y todas esas comodidades que sus fabricantes aseguran ser de primera necesidad. Yo me alegraría de tener un reductor de gravedad o un estimulador de las células, pero prescindo de ellos con facilidad. Sin embargo, la nostalgia es lo que me carcome. Son cosas en las que nunca habías reparado, una comida en particular, la forma de andar de la gente, los juegos, los pequeños tópicos de conversación. Incluso las constelaciones; son distintas en el futuro. El sol ha hecho mucho camino en su órbita galáctica.

»Pero, voluntariamente o a la fuerza, la gente siempre ha emigrado. Descendemos de aquellos que soportaron la impresión. Yo me adapté.

Frunció el ceño.

—Ahora no regresaría aunque me perdonaran —dijo—, teniendo en cuenta el modo en que esos traidores llevan las cosas.

Yo también apuré mi bebida, saboreándola con el paladar y la lengua, porque era un whisky maravilloso, y le escuché sólo a medias.

—¿Te gusta esto?

—Sí —contestó—. Ahora, sí. Ya he superado el período crítico. Me ayudó mucho lo que tuve que luchar durante los primeros años para mantenerme con vida, y lo que después he luchado para establecerme al llegar a este país. Nunca he tenido tiempo para compadecerme de mí mismo. Ahora, mi negocio me interesa cada vez más, es como un juego fascinante, y está desprovisto de castigos en el caso de que des un paso en falso. Aquí he descubierto cualidades que el futuro ha perdido... Apostaría cualquier cosa a que no tienes ni idea de lo exótica que es esta ciudad. Piénsalo. En este momento, a siete kilómetros de nosotros, hay un soldado de guardia frente a un laboratorio atómico, un vagabundo helándose en un portal, una orgía en el apartamento de un millonario, un sacerdote preparándose para los ritos de la mañana, un comerciante árabe, un espía ruso, un barco procedente de la India...

Su excitación se suavizó. Apartó la vista de la ventana y la noche, y la dirigió hacia el interior, hacia los dormitorios.

—Y mi esposa e hijos —concluyó, más dulcemente—. No, no regresaría bajo ningún concepto.

Yo di una última bocanada a mi cigarro

—Te *has* desenvuelto muy bien.

Liberado ya de su tristeza, me sonrió.

—Oye, me parece que te has creído ese cuento fantasmal.

—Oh, claro que sí. —Apagué el cigarro sobre el cenicero y, poniéndome en pie me despecé—. Ya es tarde. Será mejor que nos vayamos.

No se dio cuenta en seguida. Cuando lo hizo, se levantó del sillón como un enorme gato.

—¿Los dos?

—Naturalmente. —Extraje una pistola de mi bolsillo. Él se detuvo en seco—. Esas cosas no se dejan al azar. Lo hemos comprobado. Ahora, vámonos.

La sangre se retiró de su cara.

—No —consiguió articular—, no, no, no, no puedes, no es justo, no puedo hacerle tal cosa a Amalie, y los niños...

—Eso —le dije—, forma parte del castigo.

Le dejé en Damasco, un año antes de que Tamerlán la saqueara.

### III

*Uno de los peligros con que se enfrenta la ciencia ficción en esta época de su creciente respetabilidad es el hecho de que algunas personas se la toman demasiado en serio. No quiero decir que nunca, o pocas veces, aborde temas serios. Tampoco quiero decir que el escritor no deba reflejar en cada relato lo mejor de sí mismo; pero en los ensayos críticos, conferencias académicas, destinos ficticios y frustraciones actuales que les preocupan, ¿queda acaso espacio para un anticuado sentido del humor?*

*Bueno, a pesar de lo que opinen los profesores ingleses, al público continúan gustándole las aventuras, los decorados exóticos, y —en ciencia ficción— la exploración de algunas de las infinitas formas posibles que pueden adoptar los mundos y la vida que les rodean. Con todo el respeto e, incluso, admiración, yo seguiré ocupando gran parte de mi tiempo en la elaboración de cuentos fantásticos.*

## EL ESCONDITE

El capitán Bahadur Torrance recibió la noticia tal como corresponde a un oficial de la Hermandad de Astronautas Federados. La oyó en silencio, no hablando más que para formular unas cuantas preguntas muy concretas. Al final dijo serenamente:

—Bien hecho, ciudadano Yamamura. Haga el favor de guardar el secreto hasta nueva orden. Pensaré en lo que debe hacerse. Puede retirarse.

Pero cuando el ingeniero hubo abandonado el camarote —la noticia no era de las que se comunican por el interfono—, se sirvió un whisky triple, se sentó y miró inexpresivamente la pantalla.

Había viajado mucho, había visto mucho, y le habían recompensado bien. Sin embargo, debido a la rapidez de los ascensos en su difícil trabajo, aún era demasiado joven para no estremecerse al oír su sentencia de muerte.

La pantalla mostraba tal multitud de estrellas, cegadoramente brillantes, que sólo un astronauta podía reconocerlas una por una. Torrance dirigió la mirada más allá de la Vía Láctea hasta identificar la estrella polar. Así que Valhalla estaría a tantos grados de distancia, en aquella dirección. No es que pudiera ver un sol de tipo G desde tan lejos, sin instrumentos ópticos más potentes que los existentes a bordo de la *Hebe G.B.* Pero sentía un cierto consuelo al saber que sus ojos miraban hacia la base más cercana de la Liga (casas, naves, hombres, anidaban en un verde valle de Freya) en aquella sección casi desconocida de nuestro brazo galáctico. Especialmente cuando no esperaba aterrizar allí nunca más.

La nave zumbaba a su alrededor, rasgando el espacio con una velocidad media que superaba ampliamente la de la luz y, sin embargo, aún era demasiado lenta para salvarle.

Bueno..., el deber del capitán era pensar primero en los demás. Torrance suspiró y se puso en pie. Dedicó un momento a componer su aspecto; la moral era importante, y mucho más en aquella ocasión. Más que el mono habitualmente usado en la nave, prefirió el uniforme completo: túnica azul, capa blanca y pantalones, galón dorado. Como ciudadano del planeta Ramanujan, se cubrió la negra cabeza aquilina con un turbante, que llevaba la Nave-y-Sol de la Liga Polesotécnica.

Enfiló un corredor hasta los apartamentos del propietario. El camarero salía en aquel momento, con una bandeja en la mano. Torrance le hizo una seña para que dejase la puerta abierta, hizo chocar los talones y se inclinó.

—Le pido perdón por la interrupción, señor —dijo—. ¿Puedo hablar confidencialmente con usted? Es urgente.

Nicholas van Rijn alzó la jarra de dos litros de cerveza que acababan de llevarle. Sus diversas papadas temblaron bajo la rígida perilla; el ruido de sus tragos llenó la habitación, desde la mesa abarrotada de papeles hasta el valioso tapiz Huy Brasealian

que colgaba del tabique opuesto. Algo de Mozart se escapaba de una grabadora. Rubia, de ojos grandes, y realmente tridimensional, Jeri Kofoed estaba acurrucada en un sofá, muy cerca del sillón donde él se hallaba aposentado. Torrance, que estaba casado pero hacía mucho tiempo que no veía a su esposa, hizo un esfuerzo para mirar nuevamente al comerciante.

—¡Ahhh! —Van Rijn dejó la jarra vacía en una mesa y se enjugó la espuma del bigote—. Suciedad y pestilencia, pero no hay nada como la primera cerveza del día. Lo mejor es que esté tan fría y, maldita sea, ¿qué palabra es la adecuada? —Se llevó un velludo dedo a la frente—. Cada semana que pasa estoy más despistado. Ah, Torrance, cuando usted sea un pobre viejo, gordo y solitario, que empiece a perder facultades, volverá la vista atrás y me recordará, y entonces se arrepentirá de no haber sido más bueno conmigo. Pero será demasiado tarde. —Suspiró como un pequeño tornado y se rascó la piel del pecho. A la temperatura casi tropical que se empeñaba en mantener dentro de sus habitaciones, sólo necesitaba llevar un sarong enrollado a su cuerpo—. Bueno, ¿qué estupidez es ésta para que me aparte de mi trabajo y requiera toda mi atención?

Su tono era jovial. En realidad, había estado de muy buen humor desde que se escaparon de Adderkops. (¿Y quién no? Para un sencillo yate espacial, aunque estuviera dotado con motores ultrapotentes, esquivar a tres cruceros era más que una proeza; era casi un milagro. Van Rijn aún tenía cuatro enormes velas encendidas ante su estatuilla marciana de San Dismas). Claro que a veces lanzaba la vajilla al camarero cuando una bebida se retrasaba más de lo que él creía conveniente, y se enfurecía con todos los ocupantes de la nave por lo menos una vez al día. Pero esto era normal.

Jeri Kofoed arqueó las cejas.

—¿Tu primera cerveza, Nicky? —murmuró—. ¡Ni mucho menos! Hace dos horas...

—*Ja*, pero eso fue antes de medianoche. Si no medianoche de Greenwich, seguramente medianoche de algún planeta, ¿*nie*? Así que éste es un nuevo día. —Van Rijn cogió su larga pipa de la mesa y empezó a llenarla—. Bueno, siéntese, capitán Torrance, póngase cómodo y déjeme su encendedor. Parece un flan, muchacho. Todos los jóvenes carecen de aguante. Cuando yo era astronauta, por Judas, resolvíamos nuestros propios problemas. ¡Hoy día, muerte y condenación, todos vienen a preguntarme cómo han de sonarse la nariz! Nadie tiene valor excepto yo. —Se dio una palmada en la abultada barriga—. Así que, ¿qué es lo que ha pasado ahora?

Torrance se humedeció los labios.

—Preferiría hablar con usted a solas, señor.

Vio que los colores se retiraban del rostro de Jeri. No era una mujer cobarde. Los planetas fronterizos, incluso los pacíficos como Freya, no conocían el miedo. Ella



había ido a un viaje que sabía peligroso porque una oportunidad como ésa — relacionarse con el príncipe mercante de la Compañía Solar de Especias y Licores, que era uno de los mayores poderíos de toda la Liga Polesotécnica— era demasiado buena para que una muchacha oportunista la rechazara. Había mantenido la serenidad durante el vuelo y la consiguiente huida, aunque estuvieron muy cerca de la muerte. Pero aún se hallaban muy lejos de su planeta, entre estrellas desconocidas, y acosados por el enemigo.

—Vete al dormitorio —le ordenó van Rijn.

—Por favor —susurró ella—. Me gustaría saber la verdad.

Los ojillos negros, situados muy cerca de la aguileña nariz de van Rijn, centellearon de ira.

—¡Rayos y truenos! —gritó—. ¿Cómo te atreves a replicarme? Cuando yo digo una cosa, por todos los diablos, ¡obedece!

Ella se levantó de un salto, con rebeldía. Sin ponerse en pie, él le dio una palmada en el lugar apropiado. Pareció la detonación de una pistola. Ella se sobresaltó, contuvo un chillido de rabia, y se dirigió a grandes zancadas hacia la habitación contigua. Van Rijn apretó el timbre para que acudiese el camarero.

—Llamo para que me traigan más cerveza —explicó a Torrance—. ¡Bueno, no se quede ahí con ojos de rana! No tengo tiempo para estupideces, aunque a los holgazanes como usted les sobre. Tengo que revisar todos los catálogos de precios de la pimienta y la nuez moscada antes de llegar a Freya. ¡Satán y Lucifer! Ese idiota de agente bien podría haber cargado el diez por ciento como mínimo, y no reducir el volumen de ventas. ¡Maldito sea! Que todos los santos me oigan y ayuden a un pobre viejo rodeado de inútiles sin cerebro.

Torrance mantuvo la calma con un esfuerzo.

—Muy bien, señor. Acabo de recibir un informe de Yamamura. Ya sabe que nos escapamos por un pelo durante el combate, y que sufrimos algunos desperfectos en la sala de máquinas. El convertidor no parecía estar averiado, pero después de taponar el agujero, los muchachos lo han revisado para asegurarse. Y resulta que casi la mitad del circuito del generador está fundido. Sólo podemos remplazar una parte. Si continuamos viajando a esta velocidad, quemaremos todo el convertidor en un plazo de cincuenta horas.

—Ah, y-y-ya. —Van Rijn se puso serio. El chasquido del encendedor, al acercárselo a la pipa, fue sorprendentemente alto—. No, hay ninguna posibilidad de detenernos para arreglarlo, ¿verdad? En cuanto aminoremos la velocidad, los malditos Adderkops caerán sobre nosotros, ¿no es así?

—No, señor. He dicho que no tenemos bastantes piezas de recambio. Esto es un yate, no una nave de guerra.

—De acuerdo, debemos mantener la velocidad. ¿A cuánto hemos de ir, para poder

comunicarnos con Freya antes de que el motor explote?

—A un décimo de la velocidad máxima. Tardaríamos seis meses.

—No, amigo mío, no tanto. Nunca llegaríamos a la estrella de Valhalla. Los Adderkops nos encontrarían antes.

—Supongo que sí. De todos modos, no tenemos provisiones para seis meses. —Torrance fijó la vista en el suelo—. Lo que se me ha ocurrido es que, bueno, podríamos llegar a una de las estrellas más cercanas. No creo que haya un planeta con una civilización industrial, cuyos habitantes pudieran hacernos los circuitos que necesitamos. Un planeta habitable, por lo menos... quizá...

—¡*Nie!* —Van Rijn meneó la cabeza hasta que sus grasientos bucles negros le rozaron los hombros—. ¿Quiere que tantos hombres y una mujer vivamos el resto de nuestros días en alguna asquerosa roca donde ni siquiera haya vidas? Prefiero recibir un proyectil de los Adderkops y morir como un caballero. ¡Vaya! —Apareció el camarero—. ¿Dónde se había metido? ¡Cerveza, por todos los diablos! ¿Cómo cree que voy a pensar con una boca como un desierto en pleno verano?

Torrance escogió cuidadosamente sus palabras. Van Rijn debía recordar que el capitán, en el espacio, era quien tiene la última palabra. Y, y sin embargo, no podía enfrentarse con él, pues tenía mucha experiencia en resolver toda clase de dilemas.

—Acepto cualquier sugerencia, señor, pero no puedo cargar con la responsabilidad de buscar un ataque enemigo.

Van Rijn se levantó y atravesó pesadamente el camarote, lanzando obscenidades y volcánicas nubes azules. Al pasar junto al estante donde se hallaba San Dismas, estrujó las velas con rabia. Esto pareció desatar una tormenta en su interior. Se volvió y dijo:

—¡Ja! Civilizaciones industriales, *ja*, quizá. No sólo los pestilentes Adderkops surcan esta región del espacio. Con un poco de suerte, entraremos en la zona detectora de alguna nave decente, ¿*Nie?* Dígame a Yamamura que extreme al máximo nuestra sensibilidad detectora hasta que podamos oír el aleteo de un mosquito en mi oficina de Djakarta en la Tierra, por mucha pereza que tengan los limpiadores. Después abandonaremos el rumbo directo y trazaremos un curso de búsqueda naval estándar a velocidad reducida.

—¿Y si encontramos alguna nave? Podría ser del enemigo, ¿sabe?

—Correremos ese riesgo.

—De todos modos, señor, perderemos tiempo. Nuestros perseguidores ganarán terreno mientras nosotros seguimos una hélice de inspección. Especialmente si transcurren varios días antes de que logremos persuadir a una tripulación no humana, que nunca habrá oído hablar de nuestra raza, para que nos lleve inmediatamente a Valhalla.

—Cruzaremos ese puente cuando llegemos a él. ¿Se le ocurre una idea mejor?

—Pues... —Torrance reflexioné unos minutos, inútilmente.

El camarero entró con una nueva jarra de cerveza. Van Rijn se la arrancó de las manos.

—Creo que tiene razón, señor —dijo Torrance—. Iré a...

—¡Virginal! —chilló van Rijn.

Torrance dio un salto.

—¿Qué?

—¡Virginal! Es la palabra que estaba buscando. ¡La primera cerveza del día, tonto!

Alguien llamó a la puerta de su camarote. Torrance lanzó un gemido. Había tratado de dormir un poco, por lo menos, tras más horas de servicio de las que podía recordar. Pero cuando la nave viajaba en la oscuridad, buscando otra nave que tanto podía encontrarse cerca como no, y los cazadores se iban aproximando...

—Adelante.

Era Jeri Kofoed. Torrance se sobresaltó, se puso en pie de un salto e inclinó la cabeza.

—¡Ciudadana! ¡Qué... qué... qué sorpresa! ¿Puedo servirla en algo?

—Por favor. —Ella apoyó una mano en la suya. Llevaba una bata de corte atrevido e indecente, porque van Rijn no le había proporcionado otra cosa, pero la mirada que dirigió a Torrance no tenía nada que ver con ella.

—Tenía que venir, capitán. Si es que tiene corazón, debe escucharme.

Él le señaló una silla, le ofreció un cigarrillo y encendió uno para sí. El humo, inspirado profundamente hasta los pulmones, le calmó un poco. Se sentó al otro lado de la mesa.

—Si puedo ayudarla, ciudadana Kofoed, lo haré encantado. Uh... el ciudadano van Rijn...

—Está durmiendo. No tiene ningún derecho sobre mí; no he firmado ningún contrato ni nada por el estilo. —Su irritación dio paso a una sonrisa de ironía—. Oh, admito que todos estamos muy por debajo de él, tanto de hecho como en nivel social. En realidad, no contravengo sus deseos. La cuestión es que él no contestaría a mis preguntas, y si no averiguo lo que sucede tendré que empezar a gritar.

Torrance sopeso cierto número de factores. Una explicación privada, más detallada de lo que la tripulación había requerido, podía ser lo mejor para ella.

—Como usted quiera, ciudadana —dijo, y relató lo sucedido con el convertidor—. Podemos arreglarlo nosotros mismos —concluyó—. Si continuásemos viajando a gran velocidad, lo quemaríamos antes de llegar; y después, sin energía, no tardaríamos en morir. Si avanzáramos a velocidad segura, tardaríamos medio año en llegar a Valhalla, y eso es demasiado tiempo para el combustible que tenemos.

Además, los Adderkops nos encontrarían al cabo de una o dos semanas.

Ella se estremeció.

—¿Por qué? No lo entiendo. —Se quedó mirando la brillante punta de su cigarrillo, hasta que recobró parte de su compostura, y también su sentido del humor —. En Freya puedo pasar por una muchacha atolondrada y mundana, capitán. Pero usted sabe, incluso mejor que yo, que Freya es un planeta insignificante en la misma frontera de la civilización humana. Apenas tenemos tráfico espacial, a excepción de las naves mercantes de la Liga, y ninguna permanece largo tiempo en puerto. En realidad, no sé nada de tecnología militar o política. Nadie me dijo que esto era más importante que una misión de vigilancia, porque no se me ocurrió preguntarlo. ¿Por qué iban los Adderkops a querer capturarnos?

Torrance consideró todos los aspectos del tema antes de formular una respuesta. Como astronauta de la Liga, le costó un gran esfuerzo comprender lo poco que el enemigo significaba realmente para los colonizadores que casi nunca abandonaban su mundo de origen. El nombre «Adderkop» procedía de Freya, y era un término despreciativo para referirse a los proscritos que fueron expulsados del planeta hacía un siglo. Sin embargo, desde entonces, los habitantes de Freya no habían tenido contacto directo con ellos. En algún lugar de las profundidades inexploradas más allá de Valhalla, los fugitivos se establecieron en un planeta desconocido. Tras varias generaciones, su número aumentó, y también el número de sus naves de guerra. Pero Freya seguía siendo demasiado fuerte para que se atrevieran a atacarlo, y no tenía empresas interplanetarias propias que pudieran saquear. ¿Por qué iba Freya a inquietarse?

Torrance decidió explicarse sistemáticamente, aunque tuviese que repetir lo evidente.

—Bueno —dijo—, los Adderkops no son estúpidos. Han logrado mantenerse al corriente de los acontecimientos, y saben que la Liga Polesotécnica quiere extender sus operaciones hasta esta región. Eso no les gusta. Significaría el fin de sus ataques contra planetas que no pueden defenderse, sus excesivos tributos y su costoso comercio. No es que la Liga esté compuesta de santos; no toleramos esa clase de cosas, pero sólo porque la piratería reduce los beneficios de nuestras compañías asociadas. Así que los Adderkops decidieron no hacernos la guerra total, sino hostigar nuestros puestos fronterizos hasta convencernos de que debíamos renunciar a nuestro empeño. Tienen la ventaja de conocer su propio sector espacial, lo cual no es en absoluto nuestro caso. Y realmente estuvimos a punto de dar por perdida toda esta región e intentarlo en otro lugar. El ciudadano van Rijn quiso realizar una última tentativa. La oposición que encontró fue tan grande que tuvo que venir hasta aquí y ponerse a la cabeza de la expedición él mismo.

»Supongo que ya sabe lo que hizo: utilizó una habilidad diabólica para sobornar y

engañar, para extraer toda la información que poseían los prisioneros que habíamos hecho y para relacionar todos los sucesos entre sí. Obtuvo una pista que conduce a un sector sin explorar hasta el momento. Volamos hacia allí, descubrimos un rastro de neutrinos, y lo seguimos hasta un planeta colonizado por humanos. Como ya sabrá, lo más probable es que sea su mundo de origen.

»Si regresamos con esos informes, no volverá a haber dificultades con los Adderkops. Especialmente después de que la Liga envíe unas cuantas naves de batalla de clase estelar y amenace bombardear su planeta. Ellos son conscientes de lo que puede suceder. Fuimos localizados; varias naves de guerra se lanzaron sobre nosotros; tuvimos suerte al escapar. Sus naves están anticuadas, y hasta ahora sólo les hemos enseñado un limpio par de talones. Sin embargo, no creo que hayan abandonado la persecución. Enviarán a toda su flota en nuestra búsqueda. Las vibraciones de hiperpropulsión se transmiten instantáneamente y pueden detectarse hasta a un año luz de distancia. Así que si un Adderkop observa nuestra “estela” y la sigue, estando nosotros así, será el fin.

Ella aspiró profundamente el humo del cigarrillo, pero se mantuvo serena en apariencia.

—¿Qué planes tiene?

—Contratar. En vez de intentar llegar a Freya, volamos en una hélice de inspección a velocidad media, con nuestros detectores a la escucha. Si descubrimos otra nave, emplearemos hasta el último aliento de nuestros motores para darle alcance. Si es un navío Adderkop, bueno, quizá podamos adueñarnos de él o algo por el estilo; disponemos de un par de armas ligeras en la torre blindada. Sin embargo, puede ser una nave no humana. Nuestros informes de espionaje, interrogatorio de prisioneros, evaluación de las observaciones efectuadas por exploradores, etcétera, indican que tres o cuatro especies distintas de esta región poseen la hiperpropulsión. ¡El espacio es tan condenadamente grande!

—¿Y si resulta ser una nave no humana?

—Haremos lo que parezca más indicado.

—Ya. —Su reluciente cabeza asintió. Permaneció sentada un rato más, sin hablar, antes de deslumbrarle con una sonrisa—. Gracias, capitán. No sabe lo mucho que me ha ayudado.

Torrance reprimió una tonta sonrisa.

—Ha sido un placer, ciudadana.

—Voy a la Tierra con usted. ¿Lo sabía? El ciudadano van Rijn me ha prometido un buen empleo.

*Siempre lo hace*, pensó Torrance.

Jeri se le acercó un poco más.

—Espero que tengamos más oportunidades para conocernos en el viaje a la

Tierra, capitán. O incluso ahora mismo.

El timbre de alarma escogió aquel preciso momento para sonar.

La *Hebe G. B.* era un yate, no la fragata de un bucanero. Sin embargo, cuando Nicholas van Rijn se encontraba a bordo, la distinción resultaba muchas veces difícil de hacer. Así pues, tenía más piernas que la mayor parte de las naves, detectores de extraordinaria sensibilidad, y una tripulación experimentada en las tácticas de las reparaciones generales.

Podía oír la hiperemisión de otra nave antes de que se observaran sus propias vibraciones. Buscando una nave, establecía el rumbo fijo que seguía en aquel momento; y después vertía todo el jugo disponible para interceptarla. Si la desconocida hubiera mantenido la velocidad, habría habido contacto a las tres o cuatro horas. Sin embargo, su estela indicaba un cambio de rumbo, un intento de huir. La *Hebe G. B.* también cambió su curso, y siguió ganando terreno a su presa.

—Tienen miedo de nosotros —concluyó Torrance—. Y no se dirigen hacia el sol Adderkop. Esos dos hechos indican que no son Adderkops, pero que tienen razones para asustarse de los desconocidos. —Asintió, con cierta tristeza, pues durante las investigaciones preliminares había inspeccionado algunos planetas subdesarrollados que la nación de bandidos había visitado.

Viendo que el perseguidor seguía acortando distancias, la perseguida desconectó su hiperpropulsión. Al revertir a la velocidad intrínseca inferior a la luz, el convertidor fue reducido a la mínima potencia, y su nave se convirtió en una partícula infinitesimal en un espacio efectivamente infinito. La maniobra suele dar resultado; tras buscar inútilmente durante un rato, el enemigo se da por vencido y regresa a su base. Sin embargo, la *Hebe G. B.* estaba preparada. El conocido vector ultraligero, junto con el instante de la limitación, dio a las computadoras una idea aproximada de dónde se hallaba la presa. Siguió su rumbo hacia aquella zona del espacio y después continuó la búsqueda en un curso ya establecido, volviendo de vez en cuando al estado normal para tomar una muestra de la neblina de neutrino que emite cualquier motor nuclear. Esos motores nucleares conocidos como estrellas eran los que más neblina emitían; pero por medio del análisis estadístico, las computadoras aislaron una débil fuente cercana. La nave se dirigió hacia allí... y tenuemente recortada sobre el cielo, la otra nave apareció en sus pantallas.

Era de tamaño mucho mayor, tenía un cilindro con una nariz recortada y macizos conos de propulsión, numerosos huecos para botes auxiliares, y una sola torreta. Los principios físicos dictaban que la conformación general de todas las naves destinadas a un mismo propósito debían ser aproximadamente iguales. Pero cualquier astronauta podía darse cuenta de que aquella no había sido construida por miembros de la civilización Técnica.

Hubo un disparo. Incluso con el diafragma de su visor, Torrance experimentó una ceguera momentánea. Los instrumentos le hicieron saber que la nave desconocida había disparado un proyectil termonuclear que sus propios roboartilleros interceptaron con un misil. El ataque había sido miserablemente lento y débil. Aquélla no era una nave de guerra; no constituía más peligro para la *Hebe G. B.* que el yate para los Adderkops que lo perseguían.

—Muy bien, ahora nos desharemos de esa insignificancia y hablaremos de negocios —dijo van Rijn—. Comuníquese y hágase entender. ¡De prisa! Después explíqueles que no queremos atacarles y sólo deseamos que nos lleven a Valhalla. —Titubeó antes de añadir, con un inequívoco guiño—. Les pagaremos bien.

—Puede resultar difícil, señor —contestó Torrance—. Nuestra nave es claramente humana, pero lo más probable es que los únicos humanos que ellos conozcan sean Adderkops.

—Bueno, si no queda más remedio, les abordaremos y les obligaremos a transportarnos, ¿nie? ¡Dese prisa, por todos los diablos! Si esperamos demasiado, como unos malditos holgazanes, no tardarán en atraparnos.

Torrance estuvo a punto de observar que se hallaban bastante seguros. Los Adderkops estaban muy lejos de la veloz nave terrestre. No podían tener ni idea de que habían desconectado la hiperpropulsión; cuando empezaran a sospecharlo, no tendrían ninguna posibilidad de encontrarles. Después recordó que el caso no era tan sencillo. Si la conferencia con aquellos desconocidos resultaba excesivamente larga —más de una semana, en el mejor de los casos—, los escuadrones Adderkop habrían entrado en esa región e incluso más allá. Probablemente iban equipados para varios meses, mientras que los humanos carecían de alimentos. Cuando se accionara una hiperpropulsión, no tardarían en detectarlo y darían alcance a la nave mercante sin ninguna dificultad. Su única esperanza residía en que alguien les llevara a Valhalla *pronto*, utilizando la ventaja inicial ya obtenida para compensar la desventaja que constituía la reducida velocidad.

—Estamos intentándolo en todos los canales, señor —dijo—. Sin respuesta por el momento. —Frunció el ceño con inquietud—. No lo comprendo. Deben saber que están a nuestra merced, y tienen que haber recibido nuestras llamadas; ya tendrían que haber entendido que queremos hablar con ellos. ¿Por qué no contestan? No les costaría nada.

—Quizá hayan abandonado la nave —sugirió el oficial de comunicaciones—. Es posible que tengan botes salvavidas con hiperpropulsión.

—No. —Torrance meneó la cabeza—. Los habríamos visto... Siga intentándolo, ciudadano Betancourt. Si no recibimos contestación en el plazo de una hora, nos acercaremos y abordaremos la nave.

Las pantallas receptoras continuaban vacías. Pero al término del período de

gracia, cuando Torrance preparaba su coraza espacial, Yamamura le informó de algo nuevo. La potencia de neutrino se había incrementado en cierto lugar próximo a la popa de la nave desconocida. Se estaba desarrollando un proceso que incluía moderadas cantidades de energía.

Torrance se ajustó el casco.

—Daré una ojeada.

Delegó a una tripulación mínima —el mismo van Rijn, que protestaba ruidosamente, se encargó del puente— y condujo al grupo de abordaje hacia la antecámara de compresión principal. Suave como un deslizante tiburón (al fin y al cabo, era un experto astronauta, pensó el capitán con cierta sorpresa), la *Hebe G. B.* se adhirió a un rayo tractor y viró hacia la nave de mayor tamaño.

Ésta desapareció. El retroceso hizo que el yate se tambalara.

—¡Belcebú y botulismo! —exclamó van Rijn—. Ha vuelto a la hiperpropulsión, ¿eh? ¡Ahora lo veremos! —El ulcerado convertidor chirrió al ser accionado, pero los motores tenían energía suficiente. Al cabo de un momento, la nave terrestre volvió a alcanzar a los extranjeros. Van Rijn lo puso en fase con tanta indiferencia que Torrance casi se olvidó de que éste era un trabajo considerado difícil por pilotos experimentados. Esquivó un desesperado rayo presor y unió su yate al casco de mayor tamaño con bandas de fuerza. Volvió a desconectar la hiperpropulsión, pues el convertidor no podía aguantar mucho más. Situada dentro del campo de fuerza de la embarcación desconocida, la *Hebe G. B.* se dejó arrastrar por ella, aunque el «tirón» de la masa adicional redujo considerablemente la velocidad. Si había esperado que el navío atacado se rindiera y volviese a su estado normal, sufrió una decepción. Los cascos unidos continuaron viajando a una velocidad superior a la de la luz hacia una constelación inexplorada.

Torrance reprimió un juramento, reunió a sus hombres, y salió al exterior.

Nunca había forzado la entrada de una nave hostil, pero supuso que no sería muy diferente que penetrar en una embarcación abandonada. Una vez hubo escogido el lugar, montó una tienda balón para conservar el aire; no le serviría de nada matar a la tripulación extranjera. Las antorchas de sus hombres vomitaban llamas; innumerables chispas actínicas manaban hacia atrás y danzaban a través de la gravedad cero. Mientras tanto, el resto de la patrulla se mantenía en sus puestos con lanzarrayos y granadas.

Más allá, las curvas de los dos cascos descendían hacia el infinito. Sin pantallas compensadoras electrónicas, el cielo estaba curiosamente distorsionado por la aberración y el efecto Doppler, como si los hombres ya hubieran muerto y se internaran en la otra existencia con dirección al Juicio. Torrance se concentró firmemente en los problemas prácticos. Una vez a bordo, y los no humanos hechos prisioneros, ¿cómo se comunicaría? Especialmente si antes tenía que abatir a algunos



de ellos...

La envoltura exterior estaba desprendida. Estudió la estructura interna de la plancha con verdadera fascinación. Nunca había visto nada parecido hasta el momento. No había duda de que aquella raza había desarrollado los viajes espaciales de forma muy diferente a los hombres. Aunque la ingeniería debía obedecer las mismas leyes naturales, era radicalmente distinta en los detalles. ¿Qué era aquello más que una sustancia suberosa destinada a revestir el casco interior? ¿Acaso el circuito se hallaba encajado en ella, ya que no lo veía por ninguna parte?

La última defensa cedió en aquel instante. Torrance inspiró profundamente e iluminó el interior con una linterna. Sólo encontró oscuridad y vacío. Cuando entró en la nave, se dio cuenta de que flotaba, ingrávido; la gravedad artificial había sido desconectada. La tripulación estaba oculta en alguna parte y...

Y...

Torrance regresó al yate al cabo de una hora. Cuando llegó al puente, vio a Rijn sentado junto a Jeri. La muchacha empezó a hablar, observó con más atención el rostro del capitán, y apretó fuertemente los dientes.

—¿Y bien? —exclamó el comerciante con impaciencia.

Torrance se aclaró la garganta. Su propia voz le pareció desconocida y lejana.

—Creo preferible que venga usted mismo a dar un vistazo, señor.

—Habrá encontrado a la tripulación, ¿verdad? ¿Cómo son? ¿Qué clase de nave hemos capturado?

Torrance se decidió a contestar la última pregunta en primer lugar.

—Parece ser un navío de transporte de animales interestelares. La cabina de carga principal está llena de jaulas..., compartimientos ambientalmente controlados, diría yo..., con el surtido de criaturas más extrañas que he visto en mi vida fuera del zoológico de Ciudad Luna.

—¿Y qué diablos me importa eso a mí? ¿Dónde está el zoólogo y sus estúpidos amigos?

—Bueno, señor —se atragantó Torrance—. Estamos casi seguros de que se han escondido de nosotros. Entre los animales.

Se instaló un túnel entre la antecámara principal del yate y la entrada realizada en la otra nave. A través de él, bombearon aire y extendieron cables eléctricos, para iluminar el buque apresado. Por medio de extraños manejos en el generador gravítico de la *Hebe G. B.*, Yamamura proporcionó cerca de un cuarto de la gravedad terrestre al navío extranjero, aunque no logró obtener una dirección uniforme.

Incluso en tales circunstancias, van Rijn paseaba tranquilamente. Llevaba un salame en una mano y una cebolla cruda en la otra, y no apartaba los ojos del puente capturado. Sólo podía ser esto, aunque estaba en la proa y no en el combés. Las

pantallas visoras seguían en funcionamiento; eran demasiado pequeñas para los humanos, pero mostraban las mismas estrellas y, seguramente, por medio de la misma clase de compensadores ópticos. Una consola de mandos describía un semicírculo en la pared frontal, demasiado grande para que un hombre solo se hiciera cargo de ella. Sin embargo, el diseñador no debía haber pensado más que un piloto, pues sólo un asiento había sido colocado en el centro del arco.

Había sido. Una pequeña columna de metal se levantaba desde el suelo. Había otras estructuras similares en distintos puntos, y los agujeros de los tornillos revelaban el lugar donde las sillas estaban sujetas. Pero los asientos habían sido retirados.

Van Rijn mordisqueó la cebolla y dio un tirón a su perilla.

—Pestilentemente grande, este panel —dijo—. Debe ser una raza de míseros pulpos, ¿eh? ¡Miren qué complicado!

Agitó el salame alrededor del semicírculo. La consola, que parecía estar hecha de algún polímero de fluorocarburo, tenía muy pocos interruptores o botones, pero docenas de placas luminosas, cada una de las cuales debía medir unos veinte centímetros cuadrados. Algunas estaban hundidas. Evidentemente, eran los mandos. Un cauteloso experimento demostró que se necesitaba una firme presión para moverlos. El experimento terminó en seguida, pues la cabina de carga de la nave se abrió y perdieron gran cantidad de aire antes de que Torrance apretara la placa que había estado comprobando con la fuerza suficiente para que el casco se resellara. No era prudente manosear una nave de propulsión atómica desconocida, especialmente fuera el espacio galáctico.

—Deben de ser fuertes como caballos, para navegar con este sistema sin agotarse —prosiguió van Rijn—. El tamaño de todas las cosas nos lo hace suponer así, ¿nie?

—Bueno, no exactamente, señor —dijo Torrance—. Las pantallas visoras parecen hechas para enanos. Los contadores todavía más. —Señaló una hilera de instrumentos, no mayores que botones, sobre los cuales brillaba un solo número (o letra, o ideograma, o ¿qué? Se parecían vagamente a los signos de la antigua China). Ocasionalmente, uno de los símbolos cambiaba de valor—. Un humano no podría utilizarlos mucho tiempo sin fatigarse considerablemente la vista. Claro que tener unos ojos mejor adaptados que los nuestros al trabajo detallista no demuestra que no sean gigantes. Es indudable que no puede llegarse a este interruptor sin tener unos brazos muy largos, y parece diseñado para manos grandes. —Poniéndose de puntillas, lo tocó él mismo, apretando el enorme dispositivo bipolar que tenía sobre la cabeza, justo encima del hipotético asiento del piloto.

El conmutador se abrió.

Se oyó un gran estrépito en popa. Torrance fue lanzado hacia atrás por una súbita fuerza. Se agarró a un estante del tabique inmediato para recobrar el equilibrio. El

fino metal se curvó al asirse.

—¡Mortaja voladora y bodoques! —exclamó van Rijn. Separando sus piernas columnarias, alzó un brazo y puso el interruptor en su posición inicial. El ruido cesó. La normalidad volvió. Torrance se acercó apresuradamente a la puerta del puente, un gran arco, y gritó por el pasillo:

—¡Ya está! ¡No se preocupen! ¡Todo está bajo control!

—¿Qué infiernos ha pasado? —inquirió van Rijn. con más estridencia de la que le era habitual.

Torrance reprimió un ligero escalofrío.

—Yo diría que es un interruptor de emergencia. —La voz le falló—. Conecta el campo de gravedad a toda velocidad hacia delante, para no perder ninguna fuerza en los compensadores de aceleración. Claro que al estar en hiperpropulsión no ha sido muy efectivo. Sólo nos ha dado un, uh, menos de un tirón G intrínseco. En estado normal habríamos acelerado varias G, como mínimo. Es para huidas rápidas y... y...

—¡Y usted, con un cerebro como grasa fermentada y plátanos en vez de dedos, ha tenido la buena idea de abrirlo!

Torrance se sintió enrojecer.

—¿Cómo iba a saberlo, señor? No debo haber aplicado más de medio kilo de fuerza. Los interruptores de emergencia no se disparan con un simple contacto, después de todo. Considerando lo mucho que cuesta mover una de esas placas de control, ¿a quién se le habría ocurrido que el interruptor respondería a tan poco?

Van Rijn lo inspeccionó con más atención.

—Ahora veo que hay un gancho a modo de seguro —dijo—. Deben de usarlo cuando la nave está en un planeta de elevada gravedad. —Escudriñó un agujero situado casi en el centro del panel, de un centímetro de diámetro y quince de profundidad. Al fondo se proyectaba una pequeña llave—. Esto debe de ser otro mando especial, ¿eh? Más seguro que un interruptor. Se necesitarían unas pinzas muy pequeñas para darle la vuelta. —Se rascó los untados rizos—. Pero, en este caso, ¿por qué no tienen las pinzas a mano? No veo ningún clavo, repisa o cajón donde pueda estar.

—No me extraña —dijo Torrance—, cuando todo el interior ha sido desmantelado... No hay nada más que un montón de escoria en la sala de máquinas; metal fundido, plástico carbonizado... ropa de cama, muebles, cualquier cosa que pudiera darnos una pista para identificarles, se halla convertido en cenizas en una caldera provisional. Utilizaron su propio convertidor para suministrar el calor. Ésta fue la causa del flujo de neutrino que observó Yamamura. Deben de haber trabajado como demonios.

—Pero no habrán destruido todas las herramientas necesarias y las máquinas, ¿verdad? Hubiera sido más sencillo que hicieran explotar la nave y a nosotros con

ella. Yo sudaba como una oveja antes de esquilarse, por miedo a que se decidiesen. No es una forma muy agradable para que un viejo pecador termine sus días, destrozado entre los hediondos vapores radiactivos a trescientos años luz de las viñas de la Tierra.

—N-n-no. Por lo que podemos saber, después de una inspección superficial, no han saboteado absolutamente nada que sea vital. Claro que no estamos seguros. El grupo de Yamamura necesitaría varias semanas para hacerse una idea aproximada de cómo funciona esta nave, por no hablar de los detalles prácticos. Pero no creo que la tripulación haya pensado en suicidarse. Nos tienen más atrapados de lo que ellos mismos se imaginan. Unidos en pleno espacio, hacia su estrella de origen, quizá. De todos modos, casi en dirección opuesta al rumbo que nos interesa.

Torrance se dirigió hacia la salida.

—Lo mejor será dar un vistazo más detenido al zoológico, señor —prosiguió—. Yamamura sugiere el establecimiento de cierto material... ¡para ayudarnos a distinguir a la tripulación de los animales!

La cabina de carga principal ocupaba casi la mitad del volumen de la inmensa nave. Un pasillo inferior y un angosto pasadizo superior se abrían paso entre una doble hilera de cubículos de dos pisos. Éstos sumaban noventa y seis, y eran idénticos. Cada uno de ellos tenía unos cinco metros de lado, placas fluorescentes ajustables en el techo y un plástico, flexible y probablemente inerte, en el suelo. A lo largo de las paredes laterales se veían estantes y barras paralelas, para las criaturas aficionadas a saltar o trepar. La pared trasera estaba conectada a máquinas blindadas; Yamamura no se atrevió a manipularlas, pero dijo que seguramente regulaban la atmósfera, la temperatura, gravedad, saneamiento y otros factores ambientales dentro de cada «jaula». La pared frontal, que daba al pasillo y pasadizo, era transparente. Encerraba una sólida antecámara de compresión, casi tan alta como el mismo cubículo, motorizada, pero controlada por unas sencillas ruedas. Sólo unos pocos compartimentos estaban vacíos.

Los humanos no habían llevado tubos fluorescentes hasta allí, pues no era necesario. Torrance y van Rijn avanzaron entre las sombras, rodeados de monstruos; la luz simulada de una docena de soles diferentes centelleaba a su alrededor: roja, naranja, amarilla, verdosa, azul eléctrico.

Una cosa parecida a un tiburón gigante, aparte de los zarcillos que oscilaban en torno a su cabeza, nadaba en un cubículo lleno de agua entre frondosas algas marinas. Junto a ella había una jaula repleta de minúsculos reptiles voladores, con relucientes escamas de diferentes tonalidades, zigzagueando y esquivándose en el aire. Justo enfrente, cuatro mamíferos reposaban entre amarillentos vapores —hermosas criaturas, del tamaño de un oso—, con las rayas del tigre, que solían andar a cuatro

patas, pero se levantaban ocasionalmente; después se veían las uñas retráctiles entre unos dedos cortos y gruesos, y las mandíbulas carnívoras en la maciza cabeza. Más lejos, los humanos pasaron frente a media docena de bestias rojas parecidas a nutrias de seis patas, retozando en un tanque de agua. Las máquinas ambientales habían decidido que aquélla era su hora de comer, pues un tanque alimentador vomitó grandes cantidades de material proteínico en un camellón y los animales brincaron hasta él para desgarrarlo con sus colmillos.

—Alimentación automática —observó Torrance—. Creo que la comida debe sintetizarse sobre la marcha, según las especificaciones de cada animal, determinadas por métodos bioquímicos. Igual que para la tripulación. Por lo menos, no hemos encontrado nada parecido a una despensa.

Van Rijn se estremeció.

—¿Nada más que alimentos sintéticos? ¿Ni siquiera una copita de ginebra antes de cenar? —Se animó súbitamente—. Ah, quizá éste sea un buen mercado para nosotros. Hasta que se hagan cargo de la situación, podemos sobrecargarles el precio.

—Primero —replicó Torrance—, hemos de encontrarles.

Yamamura se hallaba casi en el centro de la cabina, enfocando una serie de instrumentos sobre una jaula. Jeri estaba junto a él, dándole lo que solicitaba, enchufando y desenchufando una pequeña fuente alimentadora. Van Rijn se acercó a ellos.

—¿Se puede saber lo que hacen? —preguntó.

El ingeniero jefe volvió un paciente rostro moreno hacia él.

—Tengo el resto de la tripulación examinando el almacén con todo detalle, señor —dijo—. Me reuniré con ellos en cuanto la ciudadana Kofoed haya aprendido esta tarea. Puede encargarse de la inspección rutinaria, mientras el resto de nosotros utilizamos nuestros conocimientos para... —Se interrumpió. Sonrió tristemente—. Es imposible que comprendamos el funcionamiento de esos artilugios en menos de un mes de trabajo, pues nuestros utensilios de investigación son muy limitados.

—No disponemos de un mes —dijo van Rijn—. ¿Está comprobando el estado de cada jaula individual?

—Sí, señor. Como es natural, todo está medido en los indicadores, pero no sabemos leerlos, así que tenemos que hacer las mediciones nosotros mismos. Ya lo he arreglado todo para obtener la presión atmosférica y la temperatura artificial, el espectro de iluminación, y así sucesivamente. Es un trabajo lento, en gran parte debido a toda la aritmética que necesitamos para convertir las lecturas en datos. Afortunadamente, no tenemos que comprobar todos los cubículos, ni siquiera la mayor parte.

—No —dijo van Rijn—. Incluso un ciudadano normal y corriente podría darse cuenta de que esta nave no ha sido hecha por peces o pájaros. La verdad es que

siempre se necesita alguna clase de manos.

—O tentáculos. —Yamamura hizo un gesto hacia el compartimiento que se hallaba frente a él. La luz que reinaba en su interior era rojiza. Varias criaturas negras andaban agitadamente de un lado a otro. Tenían un cuerpo cuadrúpedo con patas cortas y gruesas, el tórax parecido al de un centauro, y la cabeza recubierta por un material óseo. Debajo de la cabeza, desprovista de cara, se veían seis gruesos y viscosos brazos, en dos grupos de tres. Dos de ellos terminaban en tres dedos sin huesos, pero probablemente muy fuertes.

—Sospecho que éstos son nuestros tímidos amigos —dijo Yamamura—. Si es así, habremos ganado mucho tiempo. Respiran hidrógeno bajo presión y triple gravedad, a una temperatura de setenta bajo cero.

—¿Son los únicos que prefieren ese tipo de clima? —preguntó Torrance.

Yamamura le dirigió una escrutadora mirada.

—Comprendo a lo que se refiere, capitán. No, no lo son. Mientras montaba este aparato y lo probaba, he descubierto que las condiciones de otros tres cubículos son similares. Y en ellos, los animales son indudablemente animales, serpientes y cosas por el estilo, que no podrían haber construido esta nave.

—Pero estos pulpos-caballos no pueden ser la tripulación, ¿verdad? —preguntó tímidamente Jeri—. Quiero decir que, si la tripulación recogiera animales de otros planetas, no llevarían consigo sus propios animales, ¿verdad?

—Quizá sí —dijo van Rijn—. Nosotros tenemos un gato y una pareja de loros a bordo de la *Hebe G. B.*, ¿nie? Por otra parte, hay muchos planetas con condiciones muy similares y aire saturado de hidrógeno, de igual modo que la Tierra y Freya son muy parecidos dentro de los planetas de oxígeno. Así que esto no prueba nada. —Se volvió hacia Yamamura, con el aspecto de un globo giratorio—. Veamos, aunque la tripulación extrajera el aire antes de que les abordáramos, ¿por qué no verificar sus depósitos de reserva? Si encontramos aire almacenado como el que respiran esos impostores...

—Ya había pensado en ello —dijo Yamamura—. En realidad, casi fue lo primero que ordené a mis hombres. No han descubierto nada; y no creo que tengan éxito. Lo que encontraron fue un colector catalítico adaptable. Por lo menos, lo parece, aunque necesitaríamos varios días para saberlo con seguridad. De todos modos, supongo que renueva el aire gastado y actúa de quimiosintetizador para sustituir las pérdidas de los compuestos inorgánicos simples. Es probable que la tripulación dejara escapar el aire antes de nuestro abordaje. Cuando nos vayamos, si lo hacemos, abrirán la puerta de su jaula particular a fin de que el aire salga por la rendija. El regulador ambiental hará que el quimiosintetizador lo sustituya automáticamente. Entonces, la nave se llenará de la clase de gas que necesitan para aventurarse a salir y reparar debidamente las cosas. —Se encogió de hombros—. Todo esto, en el caso de que lo necesiten. Quizá

las condiciones terrestres les sienten a la perfección.

—Uh, sí —dijo Torrance—. ¿Qué les parece si seguimos trabajando, y alineamos las especies posiblemente inteligentes?

Van Rijn le siguió.

—¿Qué clase de inteligencia tienen esos malolientes bichos? —gruñó—. ¿Y por qué esta estúpida mascarada?

—No tiene nada de estúpida hasta el momento —repuso secamente Torrance—. Hemos sido arrastrados por una nave que no sabemos cómo detener. Deben confiar en que nos demos por vencidos y nos larguemos, o que sigamos tan desconcertados como hasta ahora hasta que la nave entre en su región de origen. En ese instante, probablemente un navío de guerra, o lo que tengan, nos detectará, se acercará y nos abordará para descubrir lo que ha ocurrido.

Se detuvo frente a un compartimiento.

—Me pregunto si...

El cuadrúpedo que había dentro era del tamaño de un elefante, aunque de complexión más esbelta, indicadora de una gravedad inferior a la de la Tierra. Tenía la piel verde y ligeramente escamosa, con un collarín de plumas a lo largo de la espalda. Los ojos con los que lo observaba todo eran atentos y enigmáticos. Tenía una trompa similar a la de los elefantes, que acababa en una anilla de pseudodáctilos que debían ser tan sensibles y fuertes como los dedos humanos.

—¿Hasta qué punto podría desenvolverse una raza con un solo brazo? —murmuró Torrance—. Aproximadamente igual que nosotros, me imagino, aunque no con tanta facilidad. Podrían compensarlo con algo más de fuerza. Ese tórax podría doblar una barra de hierro.

Van Rijn lanzó un gruñido y pasó de largo un cubículo de ungulados con plumas. Se detuvo frente al siguiente.

—Aquí hay unas bestias que podrían ser las que buscamos —dijo—. Tuvimos una parecida en la Tierra. ¿Cómo se llamaba? ¿Quintila? No, gorila. O chimpancé, mejor dicho, del tamaño de un gorila.

Torrance sintió que el corazón le daba un vuelco. Las dos secciones contiguas encerraban cuatro animales de una especie que parecía extremadamente prometedora. Eran bípedos, de piernas cortas y brazos largos. Medían unos dos metros de altura estando de pie, tenían brazos de tres metros, que indudablemente podrían hacer funcionar por sí solos la consola de mandos. Las muñecas, tan gruesas como el muslo de un hombre, terminaban en unas manos proporcionadas, con cuatro dedos y un verdadero pulgar. Los pies de tres dedos estaban hechos para andar, como los pies del hombre. Su cuerpo estaba recubierto de vello pardo. Tenían la cabeza relativamente pequeña, y acabada en punta, con grandes hocicos y brillantes ojos debajo de unas cejas cavernosas. Mientras paseaban de un lado a otro, Torrance vio que estaban

divididos en machos y hembras. A cada lado del cuello tenían un lumen cerrado por esfínteres. La luz que había sobre ellos era del color blanco amarillento característico de una estrella tipo solar.

Tuvo que hacer un esfuerzo para responder:

—No estoy seguro. Estas enormes mandíbulas tienen que requerir los correspondientes músculos maxilares, ligados a un reborde de la coronilla. Eso restringiría su capacidad craneal.

—¿Y si tuvieran el cerebro en el vientre? —inquirió van Rijn.

—Bueno, algunas personas lo tienen —murmuró Torrance. Al ver que el comerciante reprimía una carcajada, se apresuró a añadir—: No, la verdad es que eso sería difícil de creer, señor. Los senderos neurales habrían de ser demasiado largos. Todos los animales que conozco, siempre que posean un sistema nervioso central, tienen el cerebro cerca de los principales órganos sensitivos, que están localizados en la cabeza. Sin duda, un cerebro relativamente pequeño, dentro de unos límites, no significa que estas criaturas no sean inteligentes. Sus neuronas pueden ser mucho más eficaces que las muestras.

—¡Puf, qué asco! —dijo van Rijn—. ¡Puede, puede, puede! —Mientras proseguían su inspección de las extrañas figuras añadió—: Tampoco podemos guiarnos demasiado por la atmósfera o la luz. Si se ha escondido, la tripulación podría variar las condiciones en las que suelen vivir, sin perjuicio para sí mismos. Igual que la gravedad, en un veinte o treinta por ciento.

—Confío en que respiren oxígeno, aunque... ¡Oh!

Torrance se detuvo en seco. Al cabo de un momento, se dio cuenta de lo que le había parecido tan extraño en las diversas figuras iluminadas por el fulgor anaranjado. Estaban recubiertas por una sustancia quitinosa, no eran mucho mayores que un casco militar más o menos cuadrado y tenían casi la misma forma. Cuatro patas cortas y gruesas se proyectaban desde la parte inferior para transportarles torpemente sobre unos pies con talones, así como un par de cortos tentáculos rematados por un grupo de cilios. No tenían nada especial, considerando a los animales extraterrestres, excepto los dos ojos situados debajo de cada casco: tan grandes y relativamente humanos como, bueno, los ojos de un pulpo.

—Tortugas —exclamó van Rijn—. Armadillos, como máximo.

—No puede haber ningún peligro en que Jer... la ciudadana Kofoed verifique su medio ambiente —dijo Torrance.

—Quizá sea una pérdida de tiempo.

—Me pregunto lo que deben de comer. No les veo la boca.

—Esos tentáculos parecen ventosas capilares. Apuesto a que son parásitos, o sanguijuelas excesivamente crecidas, o alguna cosa parecida a uno de mis competidores. Vámonos.



—¿Qué haremos una vez vayamos establecido qué especies podrían ser la tripulación? —preguntó Torrance—. ¿Intentar comunicarnos con ellos uno por uno?

—No nos servirían de mucho, la verdad. Se han escondido porque no quieren comunicarse. A menos que les demostremos que no somos Adderkops..., pero no sé cómo.

—¡Espere! ¿Por qué iban a esconderse, si ya han tenido contacto con los Adderkops? No les serviría de nada.

—¿Y quién le ha dicho tal cosa? —repuso van Rijn—. Para llamarles de algún modo, les bautizaremos con el nombre de Eksers. Muy bien. Los Eksers hace tiempo que viajan por el espacio, pero el espacio es tan grande que nunca se han tropezado con humanos. Entonces surge la nación Adderkop, en este sector donde nunca había habido humanos. Los Eksers oyen hablar de esa horrible especie nueva que también se ha aventurado en el espacio. Aterrizan en planetas primitivos que los Adderkops han invadido, hablan con los nativos, quizá plantaran cámaras automáticas donde creyesen que los Adderkops no tardarían en presentarse, quizá espíaran los campamentos Adderkops desde lejos o capturasen una solitaria nave Adderkop. Así que saben cómo son los humanos, pero no gran cosa más. No quieren que los humanos conozcan su existencia, así que esquivan el encuentro; no quieren problemas. Por lo menos, hasta que estén preparados para declararles la guerra. ¡Fétidas planchas del infierno! Torrance, debemos establecer relaciones amistosas con esta tripulación, para que nos lleve a Freya y después vaya a decir a sus líderes que no todos los humanos somos tan malos como los repugnantes Adderkops. De lo contrario, quizá nos despertemos un buen día y nos enteremos de que los Eksers han atacado algunos de nuestros planetas, y antes de que la lucha termine, habremos gastado billones de créditos. —Agitó los puños en el aire y vociferó como un toro herido—. ¡Es nuestro deber evitarlo!

—Yo diría que nuestro primer deber es regresar vivos a casa —respondió secamente Torrance—. Tengo mujer e hijos.

—Entonces, deje de lanzar miradas lánguidas a Jeri Kofoed. Yo la vi primero.

La búsqueda desembocó en una nueva posibilidad. Cuatro organismos de la altura de un hombre y la complexión de una oruga de robustas patas, envueltos por una luz verdosa. Tenían el cuerpo azul oscuro, con manchas plateadas. Un torso semejante al de los centauroides tentaculados, pero más corpulento, y con dos brazos verdaderos. Las manos carecían de pulgares, pero seis dedos dispuestos alrededor de tres cuartos de círculo podían realizar las mismas cosas. No era que unas manos perfectas demostraran una inteligencia efectiva; en la Tierra, no sólo los simios sino numerosos reptiles y anfibios las poseían, aunque fueran los hombres quienes las tenían más perfeccionadas, y los antepasados simiescos del hombre estaban tan bien equipados en este aspecto como actualmente. Sin embargo, la cabeza redonda y cara plana de

estos seres, los grandes y brillantes ojos debajo de unas antenas emplumadas de función confusa, las pequeñas mandíbulas y los delicados labios, todo resultaba prometedor.

*¿Prometedor, en qué sentido?*, pensó Torrance.

Tres días después se dirigió hacia la sala de máquinas de la nave Ekser por el pasillo central.

El corredor era un gran hemisilindro revestido con el mismo plástico gris que las jaulas; allí, las pisadas casi no se oían y las palabras no resonaban. Pero reinaba una vibración más profunda, el zumbido casi subliminal del hipermotor, que impulsaba a la nave hacia una estrella desconocida a través de la oscuridad, y anunciaba su presencia a cualquier otra nave que se hallara a un año luz de ellos. Los fluorescentes instalados por los humanos estaban muy distanciados, así que uno pasaba por bandas de sombras. Varias habitaciones sin puerta se abrían al pasillo. Algunas todavía estaban llenas de suministros, y por muy peculiar que fuera la forma de las herramientas, e inimaginable su utilidad, proporcionaba la seguridad de que uno seguía viviendo, y aún no era un espectro a bordo del Buque Fantasma. Sin embargo, otras cabinas estaban vacías. Y su desnudez hacía estremecer a Torrance.

En ningún sitio quedaban indicios personales. Los libros, tanto codificados como amplificados, sobrevivían, pero en la simbología de un planeta extranjero. Los huecos existentes en los estantes sugerían que todos los volúmenes ilustrados habían sido sacrificados. Se veía claramente que todos los cuadros que adornaban las paredes habían sido arrancados. En las grandes cabinas privadas, en una todavía más grande que debió de ser el salón, así como en la sala de máquinas, taller y puente, sólo quedaban los bolardos utilizados para sujetar los muebles. En los tabiques de las cabinas se abrían largos nichos y pequeños cubículos, pero como toda la ropa de cama había sido destruida en una caldera, resultaba imposible adivinar cuáles eran las literas... si es que había. Ropa, ornamentos, utensilios de cocina y mesa, todo había sido destruido. Una de las habitaciones debía de haber sido un lavabo, pero los sanitarios también fueron arrancados. Otra podía haber sido utilizada para estudios científicos, seguramente de animales capturados, pero estaba tan destrozada que ningún humano podía estar seguro.

*Por Dios, no tienes más remedio que admirarlos*, pensó Torrance. Capturados por seres a los cuales todos los indicios señalaban como monstruos sin conciencia, los extranjeros no habían escogido la solución más fácil, la explosión atómica que aniquilaría a ambas tripulaciones. Podrían haberlo hecho, pero aquélla era una nave zoológica. Sin embargo, viendo una posibilidad de sobrevivir, se asieron a ella, con una osadía imaginativa que pocos humanos habrían igualado. Ahora se hallaban a la vista de todos, esperando que los monstruos se marchasen —sin hacer explotar su

nave por mero despecho— o que apareciera otra astronave para rescatarlos. No tenían medios para saber que sus capturadores no eran Adderkops, o que aquel sector pronto estaría lleno de escuadrones Adderkops; los bandidos raramente se aventuraban a llegar tan cerca de Valhalla. Dentro de los límites de la información disponible, los extranjeros actuaban con completa lógica. Pero, ¡qué valor se necesitaba!

*Me gustaría poder identificarlos y hacernos amigos, pensó Torrance. Los Eksers serían unos magníficos amigos para la Tierra, O Ramanujan, o Freya, o toda la Liga Polesotécnica. Con una sonrisa irónica: Apostaría algo a que no se dejarían engañar tan fácilmente como cree el viejo Nick. Incluso es posible que le engañen a él. ¡Cómo me gustaría presenciarlo!*

*Sin embargo, mis razones son más personales, pensó con desolación. Si no aclaramos pronto este malentendido, ni ellos ni nosotros podremos explicarlo. Y tiene que ser pronto. Si tenemos otros tres o cuatro días de gracia, podemos considerarnos muy afortunados.*

El pasillo desembocaba en un pozo, con rampas que descendían en varias curvas hasta un par de puertas automáticas. Una de las puertas conducía a la sala de máquinas y Torrance ya lo sabía. Al otro lado, un convertidor nuclear proporcionaba energía al sistema eléctrico de la nave, conos gravíticos e hiperpropulsión; los principios que regulaban todo el proceso le eran conocidos, pero los motores con los que debía enfrentarse eran máquinas revestidas de metal y con símbolos extranjeros. Se dirigió hacia la otra puerta, que conducía a un taller. La mayor parte del equipo allí almacenado era identificable, a pesar de que apareciese deformado ante sus ojos: torno, prensa taladradora, osciloscopio, reactivo de cristal. Lo demás constituía un misterio. Yamamura se hallaba sentado frente a una improvisada mesa, y ajustaba la pieza de un aparato electrónico. A su alrededor se veían otros dispositivos, mezclados en una cesta. Su rostro estaba horriblemente demacrado, y sus manos temblaban. Había trabajado sin descanso, tomando estimulantes para no dormirse.

Cuando Torrance entró, el ingeniero estaba hablando con Betancourt, el encargado de las comunicaciones. Toda la tripulación de la *Hebe G. B.* se hallaba bajo la dirección de Yamamura, en un frenético intento de desbordar a los Eksers averiguando por sí solos cómo funcionaba la nave.

—He identificado la disposición eléctrica básica, señor —decía Betancourt—. No perforan directamente el convertidor tal como nosotros; es evidente que no tienen nuestros métodos reductores. En cambio, utilizan un permutador térmico para activar un generador extremadamente grande... sí, lo mismo que usted identificó como una dinamo tipo armadura... y obtienen la corriente alterna de la nave a partir de él. Cuando se necesita corriente continua, la corriente alterna pasa por una serie de planchas rectificadoras que, por su aspecto, deben de ser de óxido de cobre. Están desnudas, detrás de una pantalla protectora, aunque pasa tanta corriente a través de

ellas que están demasiado calientes para mirarlas de cerca. Todo me parece bastante primitivo.

—O, simplemente, distinto —suspiró Yamamura—. Nosotros utilizamos un convertidor de fusión, una de cuyas ventajas es que podemos obtener directamente la corriente eléctrica. Ellos pueden haber perfeccionado una planta energética que utilice moderadamente los elementos pesados con pequeñas fracciones embaladoras positivas. Recuerdo que se experimentó en la Tierra hace mucho tiempo, y se descartó por impráctico. Pero quizá los Eksers sean mejores ingenieros que nosotros. Dicho sistema tendría la ventaja de necesitar menos refinamiento de combustible... lo cual sería una verdadera ventaja para una nave que merodeara entre planetas inexplorados. Quizá sea suficiente para justificar ese torpe permutador térmico y ese sistema rectificador. No lo sabemos.

Contempló fijamente los cables que estaban soldando.

—No sabemos absolutamente nada —dijo. Al ver a Torrance—: Bueno, continúe trabajando, ciudadano Betancourt. Y recuerde, *festina lente*.

—¿Por miedo a destrozar la nave? —preguntó el capitán.

Yamamura asintió.

—Los Eksers tenían que saber que una nave tan pequeña como la nuestra no podía generar un campo de hiperfuerza tan grande como para remolcar su propia embarcación a casa —repuso—. Por lo tanto, se habrán asegurado de que sus capturadores no sepan dominarla a su antojo. Es posible que haya algún explosivo listo para detonar si damos algún paso en falso; y, ¿cómo íbamos a reparar el mecanismo destruido? Así pues, debemos actuar con la mayor precaución. Con tanta precaución que las posibilidades de entender los mandos antes de que los Adderkops nos den alcance son casi nulas.

—De todos modos, sirve para mantener ocupada a la tripulación.

—Eso es bastante útil. Bueno, señor, casi tengo el aparato básico terminado. Todo parece ir bien. Ahora sólo tiene que decirme el animal que debo investigar primero. —Como Torrance vacilase, el ingeniero explicó—: Tengo que adaptar el equipo para la criatura en cuestión, ¿comprende? Especialmente si respira hidrógeno.

Torrance meneó la cabeza.

—Oxígeno. En realidad, viven en un medio ambiente tan similar al nuestro que podríamos entrar tranquilamente en su jaula. Los goriloides. Así los hemos denominado Jeri y yo. Esos bípedos lanudos de dos metros de estatura con cara de mono.

Yamamura puso también cara de mono.

—¿Unos animales tan grandes? ¿Acaso han mostrado algún signo de inteligencia?

—No. Pero, ¿qué otra cosa esperaba de los Eksers? Jeri Kofoed y yo hemos

hecho mil intentos delante de las jaulas de las especies posibles; les hemos hablado por signos, hecho dibujos, todo lo que se nos ha ocurrido, para comunicarles que no somos Adderkops y que también a nosotros nos persiguen. Naturalmente, no hemos tenido suerte. Todos los animales nos contemplaron con interés, excepto los goriloides... lo cual puede o no puede demostrar algo.

—¿A qué animales se refiere? He estado tan ocupado...

—Bueno, podemos llamarlos monos atigrados, centauros tentaculados, elefantoides, bestias con casco y orugas. Ya sé que esto es extender la cuestión; los monos atigrados y las bestias con casco son altamente improbables, por no decir absolutamente, y los elefantoides no son mucho más convincentes. Los goriloides poseen el tamaño más adecuado y las manos de aspecto más efectivo, y, como he dicho, respiran oxígeno, así que los examinaremos en primer lugar. Supongo que los próximos, en orden de probabilidad, son las orugas y los centauros tentaculados. Pero las orugas, aunque también respiren oxígeno, son de un planeta de alta gravedad; su presión de aire nos ocasionaría narcosis en muy poco tiempo. Los centauros tentaculados respiran hidrógeno. En cualquier caso, tendremos que trabajar con traje espacial.

—Con los goriloides ya tendré bastantes problemas, muchísimas gracias.

Torrance miró hacia la improvisada mesa.

—¿Qué se propone hacer exactamente? —preguntó—. He estado demasiado ocupado en solucionar este problema para interesarme por su propio trabajo.

—He adaptado algunas cosas para el maletín médico —dijo Yamamura—. Una especie de ofthalmoscopio, por ejemplo, porque los instrumentos de la nave usan claves cromáticas y símbolos finamente trazados, así que los Eksers deben de tener ojos tan buenos como los nuestros. Y aquí hay un indicador de impulsos nerviosos. Detecta los flujos sinápticos y refleja una imagen tridimensional en aquella caja de cristal, además de mostrarnos todo el sistema nervioso funcionando como una serie de líneas luminosas. Al relacionar esta amplia anatomía, habremos identificado toscamente el sistema simpático y parasimpático, o sus equivalentes, o así lo espero. Y el cerebro. Y, lo que importa realmente, los grados de actividad cerebral más o menos independiente de los otros senderos nerviosos. Es decir, si el animal piensa o no.

Se encogió de hombros.

—Conmigo funciona muy bien. Lo que no sé es si funcionará en un no humano, especialmente en este tipo de atmósfera. Estoy seguro de que tendrá algún defecto.

—Siempre podemos intentarlo —repuso Torrance con preocupación.

—Supongo que el viejo Nick se ha sentado a pensar —dijo Yamamura con estridente voz—. Hace mucho rato que no le veo.

—Tampoco nos ha estado ayudando a Jeri y a mí —dijo Torrance—. Nos

comentó que nuestras tentativas para comunicarnos serían inútiles hasta que pudiéramos demostrar a los Eksers que sabemos quiénes son. Y dijo que, incluso así, la única comunicación posible, al principio, sería con gestos hechos por una pistola.

—Probablemente tenga razón.

—¡No tiene razón! Lógicamente, quizá, pero no psicológicamente; ni moralmente. Se sienta en sus habitaciones con una caja de coñac y un montón de cigarros. El cocinero, que debería estar aquí ayudando, ha tenido que quedarse a bordo del yate para hacerle sus malditas comidas de *gourmet*. ¡Cualquiera diría que no le importa que volemos por los aires!

Recordó su juramento de fidelidad, su posición de oficial, y muchas otras cosas. Parecían absurdas, estando al borde de la extinción. Pero la costumbre era grande. Tragó saliva y dijo con voz ronca:

—Lo siento. Haga el favor de olvidar mis palabras. Cuando esté preparado, ciudadano Yamamura, examinaremos a los goriloides.

Seis hombres y Jeri se quedaron en el pasillo con sendos revólveres cargados. Torrance deseó fervientemente que no se vieran obligados a disparar. Y también deseó que, si debían hacerlo, él siguiera con vida.

Hizo una seña a los cuatro miembros de la tripulación que estaban a su espalda.

—Adelante, muchachos.

Se humedeció los labios. El corazón le dio un vuelco. Ser capitán era muy bonito hasta que llegaba un momento como aquél, cuando tenías que justificar tus privilegios especiales.

Dio la vuelta a la rueda de control exterior. El motor de la antecámara de compresión zumbó y se abrieron las puertas. Y él entró en una jaula de los goriloides.

Los diferenciales de presión no eran tan importantes como para inquietarse por ellos, pero después de tanto tiempo a un cuarto de gravedad, entrar en un campo donde sólo reinaba un diez por ciento menos que en la Tierra era como una bofetada. Se tambaleó, estuvo a punto de caerse, intentó respirar normalmente en un aire cálido y denso y lleno de olores desconocidos. Apoyándose en la pared, observó a los cuatro bípedos. Sus pardos y lanudos cuerpos se elevaban hasta alturas imponentes, donde se veían sus toscas caras. Unos ojos sombreados por espesas cejas le contemplaban. Reposó una mano sobre su pistola. Él tampoco quería disparar. Era imposible saber qué efecto provocaría el arma en el sistema nervioso de un no humano; y si éstos constituían realmente la tripulación de la nave, lo peor que podía hacer era infligir graves daños a uno de ellos. Pero no estaba acostumbrado a ser el más bajo y frágil. El contacto de la nudosa culata era un consuelo.

Uno de los machos lanzó un profundo rugido, y adelantó un paso. Su afilada cabeza dio una sacudida hacia delante, los esfínteres de su cuello se abrieron y

cerraron como bocas succionantes; sus mandíbulas se separaron para mostrar unos dientes blanquísimos.

Torrance retrocedió hacia una esquina.

—Intentaré apartar de los otros a ese que lleva la voz cantante —dijo en voz baja—. Entonces, no le dejen escapar.

—De acuerdo. —Un corpulento nómada de ojos rasgados procedente de Altai desenrolló una cuerda. Detrás de él, los otros tres extendieron una red tejida para este propósito.

El goriloide se detuvo. Una de las hembras lanzó un grito. El macho pareció decidirse. Impidió que los demás se movieran con un gesto extrañamente humano y avanzó hacia Torrance.

El capitán desenfundó su pistola, apuntó temblorosamente, volvió a enfundarla, y extendió ambas manos.

—Amigos —dijo, con voz ronca.

Su esperanza de que la mascarada diese resultado le pareció súbitamente ridícula. Dio un salto hacia la antecámara de comprensión. El goriloide lanzó un gruñido y le atacó. Torrance no reaccionó con bastante rapidez. La mano le desgarró la camisa y dejó una senda de sangre en su pecho. Cayó de rodillas, traspasado por el dolor. El lazo del nómada de Altai voló por los aires y cayó en picado. Atrapado por los tobillos, el goriloide se desplomó. Su peso sacudió el cubículo.

—¡A él! ¡Cuidado con los brazos! Aquí...

Torrance se puso vacilantemente en pie. Más allá de la refriega, donde cuatro hombres se esforzaban por cubrir a un rugiente monstruo con una red, vio a las tres criaturas restantes. Estaban amontonadas en el rincón opuesto, aullando sin cesar. El compartimiento era como el interior de un tambor.

—Sáquenlo en seguida —jadeó Torrance—; antes que los demás ataquen.

Extrajo nuevamente la pistola. Si eran inteligentes, sabrían que aquello debía de ser un arma. De todos modos, podían atacar... Hábilmente, el hombre de Altai enlazó un brazo, rodeó el torso del gigante con la cuerda y estiró el nudo corredizo. La red cayó sobre él. Inmovilizado por las cuerdas de resistente fibra, el goriloide fue arrastrado hasta la entrada. Otro de los machos avanzó, paso a paso. Torrance se mantuvo firme. Los aullidos animales y los gritos humanos le rodeaban, le envolvían. La herida le hizo tambalear. Vio con insólita claridad el hocico lleno de dientes que podía destrozarle la cabeza, los ojillos rojos de furia, las manos tan parecidas a las suyas pero de piel negra, cuatro dedos, y enormes...

—¡Todo listo, capitán!

El goriloide dio un salto hacia delante. Torrance se escabulló por la antecámara de comprensión. El gigante le siguió. Torrance se apuntaló en el pasillo y le apuntó con la pistola. El goriloide se detuvo en seco, se estremeció, miró a su alrededor con algo

parecido al asombro, y retrocedió. Torrance cerró la antecámara de compresión.

Después se sentó y empezó a temblar.

Jeri se inclinó sobre él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó—. ¡Oh! ¡Está herido!

—No es nada —murmuró—. Dame un cigarrillo, por favor.

Ella sacó uno de la bolsa del cinturón y, con una serenidad admirable, le dijo:

—Supongo que sólo es una contusión y un arañazo profundo. De todos modos, lo mejor será asegurarse y esterilizarlo. Puede infectarse.

Él asintió, pero no se movió de donde estaba hasta haber terminado el cigarrillo. Al final del corredor, los hombres de Yamamura habían sujetado al cautivo a un armazón de acero. Ileso pero indefenso, el animal lanzó un grito y trató de morder al ingeniero cuando éste se aproximó con sus utensilios. Todo hacía pensar que devolverlo al cubículo sería casi tan difícil como sacarlo.

Torrance se levantó. A través de la pared transparente, vio que el goriloide hembra rasgaba furiosamente un pedazo de tela, y entonces se dio cuenta de que había perdido él turbante durante la lucha. Suspiró.

—No podremos hacer gran cosa hasta que Yamamura emita su veredicto —dijo—. Vámonos, nos conviene descansar un rato.

—Primero hay que curarle la herida —dijo firmemente Jeri, asiéndole por un brazo. Se dirigieron hacia el hueco de entrada, atravesaron el tubo, y entraron en el continuo medio peso de la *Hebe G.B.* que van Rijn prefería. Apenas hablaron mientras Jeri le quitaba la camisa a Torrance, mojaba la herida con desinfectante universal, queapestaba a demonios, y la vendaba. Después, él sugirió que tomaran una copa.

Entraron en el salón. Con gran sorpresa por parte de ambos, y desagrado por parte de Torrance, van Rijn se encontraba allí. Se hallaba sentado a la mesa de caoba, vestido con su sarong habitual, con una botella a su derecha y un cigarro de Triquinopoly a su izquierda. Un montón de papeles se extendía ante él.

—Ah, vamos —dijo, alzando la vista—. ¿Qué hay?

—En estos momentos, están examinando a un goriloide. —Torrance se dejó caer en un sillón. Como el camarero había sido requerido para la partida de captura, Jeri fue a buscar las bebidas. Su voz llegó hasta ellos, desafiante:

—El capitán Torrance ha estado a punto de perecer en el intento. ¿Es que ni siquiera podías venir a verlo, Nick?

—¿De qué hubiera servido ir a verlo, como un turista con ojos de besugo? —replicó el comerciante—. No hago ningún secreto de ello; ya soy demasiado viejo y gordo para cazar monos de tamaño familiar. Por otra parte, mis conocimientos técnicos no son suficientes para ayudar a Yamamura. —Lanzó una bocanada de humo y añadió complacientemente—: Además, éste no es mi trabajo. Yo no soy un



especialista, no tengo ningún diploma universitario, y he estudiado en la dura escuela de la vida. Sin embargo, he aprendido a hacer que ellos hagan las cosas por mí, y también a hacer algo de provecho con sus actos.

Torrance respiró profundamente. Una vez desaparecida la tensión, empezaba a sentirse inmensamente cansado.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó.

—Inspeccionaba los informes de ingeniería sobre la nave Ekser —dijo van Rijn—. Ordené que todo el mundo anotara lo que iba viendo. Es posible que en alguna de estas notas esté la pista que necesitamos. Si los goriloides no son los Eksers, quiero decir. Sin embargo, pueden serlo, y no veo forma de eliminarlos como no sea con las pruebas de Yamamura.

Torrance se restregó los ojos.

—Quizá no lo sean —dijo—. La mayor parte de lo que hemos visto parece diseñado para unas manos grandes. Pero algunas herramientas, principalmente, son tan pequeñas que... oh, bueno, supongo que un no humano podría estar tan desconcertado como nosotros ante un surtido de nuestras propias herramientas. ¿Acaso tiene sentido que una misma raza utilice almádenas y agujas de grabar?

Jeri volvió con dos vasos de whisky y soda. La siguió con la mirada. Enfundada en una ajustada blusa y una falda por encima de las rodillas, valía la pena mirarla. Se sentó junto a él, en vez de hacerlo junto a van Rijn, cuyos ojillos centellearon.

Sin embargo, el anciano habló suavemente:

—Me gustaría que me hiciera una lista, ahora mismo, de las demás posibilidades, y de lo que le impulsa a pensar así. Yo también las he considerado, pero mis propias ideas no están todavía muy claras y quizá me sirva de mucho algo que pueda ocurrírsele a usted.

Torrance asintió. Le complacía hablar de su trabajo, a pesar de que él lo había supervisado una docena de veces con Jeri y Yamamura.

—Bueno —dijo—, los centauros tentaculados no parecen muy probables. Ya sabe a los que me refiero. Viven bajo una luz rojiza y una gravedad mucho menor que la de la Tierra. Un sol mortecino y una baja temperatura podrían ser la causa de que su planeta retuviera hidrógeno, porque eso es lo que respiran, hidrógeno y argón. Ya sabe qué aspecto tienen: el cuerpo parecido a un rinoceronte, un torso con cabeza de huesos planos y tentáculos en forma de dedos. Como los goriloides, son lo suficientemente grandes como para pilotar fácilmente esta nave.

»Todos los demás respiran oxígeno. Los que llamamos orugas —los largos, con muchas patas, de color azul y plata, con las extrañas manos y la cara de expresión, particularmente inteligente— proceden de un mundo poco convencional. Debe de ser grande. Están bajo tres G en su jaula, y su ajuste de fluido corporal se descompondría, si estuvieran acostumbrados a un peso mucho menor. No obstante, su

planeta tiene oxígeno y nitrógeno en vez de hidrógeno, con una presión doce veces superior a la de la atmósfera terrestre. La temperatura es bastante alta, cincuenta grados. Me imagino que su mundo, aunque de masa casi joviana, está tan cercano a su sol que el hidrógeno se evaporó, dejando un campo para la evolución similar al de la Tierra.

»El elefantoide procede de un planeta con sólo la mitad de nuestra gravedad. Es el único animal grande con un tronco rematado por dedos. Vive en un aire demasiado tenue para nosotros, lo cual indica que la gravedad de su cubículo tampoco es simulada.

Torrance dio un largo trago.

—Los demás viven en unas circunstancias ambientales muy parecidas a las terrestres —prosiguió—. Por esta razón, creo que tienen más probabilidades de ser los Eksers. Pero la verdad es que, excepto los goriloides, dichas probabilidades son muy remotas. Las bestias del casco...

—¿Cómo dice? —inquirió van Rijn.

—Oh, ¿no las recuerdas? —contestó Jeri—. Esas ocho o nueve criaturas como tortugas jorobadas, no mucho mayores que nuestra cabeza. Se arrastran sobre pies con uñas, agitando unos pequeños tentáculos que terminan en filamentos. Les sirven para comer una mezcla casi líquida que las máquinas vierten en su comedero. No tienen nada parecido a unas manos efectivas... los tentáculos no podrían hacer muchas cosas... pero les hemos dedicado parte de nuestro tiempo porque tienen unos ojos que parecen más desarrollados que los de la mayoría de los parásitos.

—Los parásitos no son inteligentes —dijo van Rijn—. Tienen otras formas de vida mucho mejores, te lo aseguro. Hay que averiguar si son realmente parásitos, en su ambiente original, y no tienen manos escondidas dentro de la concha, antes de descartarlos completamente. ¿Qué otros hay?

—Los monos atigrados —dijo Torrance—. Esos carnívoros rayados que parecen osos. Pasan la mayor parte del tiempo a cuatro patas, pero se levantan y caminan sobre las extremidades posteriores de vez en cuando, y además tienen manos. Torpes, sin pulgares, con uñas retráctiles, pero en todas las extremidades. ¿Son tan buenas cuatro manos sin pulgares como dos con pulgares? No lo sé. Estoy demasiado cansado para pensar.

—Y eso es todo, ¿eh? —Van Rijn se llevó la botella a los labios. Tras un buen trago la dejó, eructó y sacó una nube de humo por su majestuosa nariz.

—¿Cuáles serán los próximos, en el caso de que fallen los goriloides?

—Seguramente, las orugas, a pesar de la presión del aire —dijo Jeri—. Después... oh... los centauros tentaculados, me imagino. Después quizá los...

—¡Rayos y centellas! —Van Rijn descargó un puñetazo sobre la mesa. La botella y los vasos se tambalearon—. ¿Cuánto tiempo se necesita para atrapar y examinar a

cada ejemplar? Horas, ¿nie? Y entre uno y otro, hay que ajustar el aparato a un nuevo conjunto de características. Además, Yamamura no tardará en derrumbarse si no puede dormir pronto, ¿y qué otro es capaz de hacer su trabajo? Mientras tanto, los malditos Adderkops van acercándose. ¡No tenemos tiempo para ese método! Si no son los goriloides, sólo la lógica podrá ayudarnos. Tenemos que deducir quiénes son los Eksers por los hechos que poseemos.

—Adelante. —Torrance apuro su bebida—. Yo me voy a dormir un rato.

Van Rijn se sonrojó de cólera.

—¡Eso es! —exclamó—. Igual que todo el mundo. Descansen y huelguen, bailen y canten, diviértanse durante todo el día. Porque siempre tienen al pobre Nicholas van Rijn para encargarle el trabajo y trasladarle la responsabilidad. Oh, querido San Dismas, ¿por qué no haces que por lo menos otra persona sirva para algo?

Torrance fue despertado por Yamamura. Los goriloides no eran los Eksers. No distinguían los colores y eran incapaces de concentrarse en los instrumentos de la nave; tenían el cerebro muy pequeño, y casi toda la masa estaba únicamente destinada a funciones animales. Calculaba que su inteligencia podía equipararse a la de un perro.

El capitán se hallaba en el puente del yate, porque era un lugar conocido, y trataba de acostumbrarse a la idea de que estaba predestinado.

El espacio nunca le había parecido tan hermoso como en aquel momento. No estaba familiarizado con las constelaciones locales, pero su experta mirada identificó Perseo, Auriga, Taurus, no muy distorsionados ya que se encontraba en la dirección de la Tierra (y de Ramanujan, donde doradas torres se elevaban por encima de la bruma para reflejar los primeros rayos de sol, medio oculto tras el azulado Monte Gandhi). También distinguió algunas estrellas individualmente: la rojiza Betelgeuse, la ambarina Espiga, las estrellas piloto por las que se había guiado a lo largo de toda su vida como astronauta. El resto del cielo estaba invadido por pequeñas hogueras congeladas, en una oscuridad despejada e interminable. La Vía Láctea lo circundaba con su frío color plateado, una nebulosa lanzaba destellos verdes, y otra galaxia daba vueltas en el misterioso borde de la visibilidad. Pensaba menos en los planetas que conocía, incluso en el suyo propio, que en aquel viaje entre ellos próximo a finalizar. Porque así ocurriría, en una explosión de violencia demasiado rápida para sentirla. Era mejor desaparecer limpiamente cuando los Adderkops llegaran, que acabar en sus calabozos.

Apagó el cigarrillo. Al regresar, su mano acarició las queridas formas de los mandos. Conocía cada interruptor y botón tan bien como sus propios dedos. Aquella

nave era suya; en cierto modo, era él mismo. No como la otra, cuyo insensato tablero de mandos necesitaba un gigante y un enano, cuyo interruptor de emergencia se conectaba con una mera presión si no estaba debidamente asegurado, cuyo...

Un ligero ruido de pasos le hizo girar en redondo. Irrracionalmente, tanta era su tensión, el corazón le dio un vuelco. Al ver que era Jeri, todos sus músculos se relajaron, pero el pulso continuó laténdole apresuradamente.

Ella avanzó lentamente. La luz del techo se reflejaba en su cabello dorado y sus ojos azules. Pero evitó la mirada que él le dirigía, y su boca temblaba ligeramente.

—¿Qué la trae por aquí? —preguntó él. Su voz fue aun más dulce de lo que se había propuesto.

—Oh... lo mismo que a usted. —Miró la pantalla. Durante el tiempo transcurrido desde que capturaron la nave extranjera, una estrella roja visible desde proa no había dejado de aumentar en tamaño. En aquel momento brillaba ominosamente, a un año luz de distancia. Ella hizo una mueca y le volvió la espalda—. Yamamura está adaptando su equipo —dijo con un hilo de voz—. Ningún otro sabe lo suficiente para ayudarlo, pero el cansancio le hace temblar hasta tal punto que apenas puede hacerlo por sí mismo. El viejo Nick sigue en sus habitaciones, fumando y bebiendo. Ya ha terminado la primera botella, y está empezando la segunda. Yo no podía respirar; había demasiado humo. Y no dice una palabra; excepto para sí, en malayo o algo parecido. No he podido resistirlo más.

—No tenemos más remedio que esperar —dijo Torrance—. Hemos hecho todo lo que podíamos, hasta que nos sea posible examinar la oruga. Tendremos que hacerlo con traje espacial, en su propia jaula, y confío en que no nos ataquen.

Ella se desesperó.

—¿Por qué inquietarse? —dijo—. Estoy al corriente de la situación tan bien como usted. Aunque las orugas sean los Eksers, en las condiciones actuales, necesitaremos dos días para demostrarlo. Dudo que nos quede tanto tiempo. Si ponemos rumbo a Valhalla dentro de dos días, lo más probable es que nos detengan y ataquen antes, de llegar. Claro que, si las orugas tampoco son otra cosa más que animales, no tendremos tiempo para estudiar a una tercera especie. ¿Por qué inquietarse?

—No podemos hacer nada más —dijo Torrance.

—Sí, una cosa. No me refiero a esta desagradable e inútil lucha, como si fuéramos ratas acorraladas. ¿Por qué no podemos aceptar que vamos a morir, y empleamos el tiempo para... ser nuevamente humanos?

Sorprendido, él apartó la mirada del cielo para fijarla en ella.

—¿Qué quiere decir?

Ella abatió las pestañas.

—Supongo que eso depende de lo que cada uno prefiera. Quizá usted desee, bueno, poner en orden sus pensamientos o algo así.

—¿Y usted? —preguntó él, sin atreverse a respirar.

—A mí no me gusta pensar. —Sonrió desesperadamente—. Me temo que soy una persona bastante superficial. Me gustaría disfrutar de la vida mientras pudiese. —Desvió los ojos de él—. Pero no encuentro a nadie con el que me gustara hacerlo.

Él, o sus manos, la asieron por los hombros desnudos y la hicieron dar la vuelta hacia él. Ella se sintió indefensa bajo la presión.

—¿Está segura? —dijo rudamente Torrance. Ella cerró los ojos y alzó la cara, con los labios entreabiertos. Él la besó. Al cabo de un segundo, ella respondió a la caricia.

Al cabo de un minuto, Nicholas van Rijn apareció en el umbral.

Se quedó inmóvil un instante, con la pipa en la mano, y el arma enfundada en el cinturón, antes de lanzar furiosamente la pipa al suelo.

—¡Magnífico! —chilló

—¡Oh! —gimió Jeri.

Se desasíó apresuradamente. Un acceso de cólera se adueñó de Torrance. Apretó los puños y se dirigió hacia van Rijn.

—¡Magnífico! —repitió el comerciante. Los tabiques parecieron estremecerse con su voz—. Por todos los demonios piojosos, ¡qué escena tan conmovedora! ¡La cola de Satanás es una ratonera! ¡Yo paso hora tras hora devanándome los sesos para salvar su asquerosa vida, y usted, vástago ilegítimo de una serpiente con caspa y garrapatas, se dedica a conquistar a mi propia secretaria, obtenida con el dinero que he ganado con sudores y lágrimas! ¡Gárgolas y *Götterdämmerung*! ¡De rodillas y a pedirme perdón, o le hago pedazos y se los doy a comer a los perros!

Torrance se detuvo, a pocos centímetros de van Rijn. Era ligeramente más alto que el comerciante, aunque menos robusto, y por lo menos treinta años más joven.

—Fuera —dijo con voz ahogada.

Van Rijn se sonrojó de ira.

—Fuera —repitió Torrance—. Aún soy el capitán de esta nave. Pienso hacer lo que me plazca, sin que interfiera ningún parásito malhablado. ¡Salga del puente, o me verá obligado a darle una patada en el trasero!

El color desapareció de las mejillas de van Rijn. Permaneció inmóvil durante varios segundos.

—Maldita sea —murmuró, al fin—. ¡Por todos los demonios del infierno! Tiene el valor de replicarme.

Su puño izquierdo se adelantó en un gancho largo. Torrance lo interceptó, aunque la fuerza estuvo a punto de hacerle caer. Descargó su puño izquierdo sobre el estómago del comerciante, se hundió en los músculos de grasa, y rebotó ligeramente magullado. Entonces, van Rijn disparó el puño derecho. Todo el cosmos hizo explosión en torno a Torrance. Salió despedido por los aires, cayó de espaldas, y quedó tendido cuan largo era.

Cuando recobró el conocimiento, van Rijn le aguantaba la cabeza y le ofrecía coñac que una llorosa Jeri había ido a buscar.

—Tenga, muchacho. Con cuidado. Un traguito de esto, ¿eh? Pasa sin sentir. Bueno, vamos a ver, sólo ha perdido un diente y ya lo arreglaremos en cuanto lleguemos a Freya. Incluso puede ponerlo en la lista de gastos. Así, esto le hace sentir más feliz, ¿nie? Oye, muchacha, Jarry, Jelly, comoquiera que te llames, dame esa píldora. ¡Salud! Y después, a levantarse, y como nuevo. No debe perderse la diversión.

Con una sola mano, van Rijn ayudó a Torrance a ponerse en pie. El capitán se apoyó un momento en el comerciante, hasta que la píldora borró todos sus dolores y entumecimientos. Entonces, a través de unos labios hinchados, preguntó:

—¿Qué sucede? ¿A qué se refiere?

—Pues ya sé quiénes son los Eksers. Vine a buscarle para que me ayudara a sacarles de la jaula. —Van Rijn dio un ligero codazo a Torrance y le susurró con la misma suavidad que un huracán—: No se lo diga a nadie o tendré demasiadas peleas, pero me gustan los hombres de pelo en pecho como usted. Cuando lleguemos a casa, pienso sacarle de este yate y ponerle al mando de un escuadrón comercial. Le gustaría, ¿eh? Pero venga, aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Torrance le siguió en una nube a través de la pequeña nave y el tubo, hasta la embarcación extranjera, por un corredor y una rampa que conducían a la cabina zoológica. Van Rijn hizo una seña a los astronautas que montaban guardia para evitar cualquier sorpresa por parte de los Eksers. Desenfundaron sus respectivas pistolas y se aproximaron a él, trocando su actitud indolente por otra de vigilancia cuando le vieron detenerse frente a una antecámara de compresión.

—¿Esos? —balbuceó Torrance—. Pero... yo pensaba que...

—Pensaba lo que ellos esperaban que pensara —dijo ampulosamente van Rijn—. La idea era buena. Podría haber dado resultado, sin contar a los Adderkops, en el caso de que Nicholas van Rijn no hubiera estado aquí. Bueno, vamos a ver. Entramos y les obligamos a salir, asegurándonos de que vean nuestras armas con toda claridad. Confío en que no tengamos que recurrir a la fuerza. Espero que no, cuando les expliquemos por dibujos que conocemos su secreto. Después nos llevarán a Valhalla, lo cual les haremos entender gracias a los diagramas astronáuticos que el capitán Torrance ya ha preparado. Cooperarán bajo amenazas, como prisioneros, al principio. Pero a lo largo del viaje, podemos utilizar medios establecidos para comunicarnos alimentariamente... no, terror e impuestos, quiero decir rudimentariamente..., sea como sea, les diremos que no todos los humanos son Adderkops, que queremos ser amigos suyos y venderles cosas. ¿De acuerdo? ¡Adelante!

Entró en la antecámara de compresión, levantó a un ser con casco y lo sacó pataleando de la jaula.

Una vez en ruta, Torrance no dispuso de tiempo para otra cosa a excepción de su trabajo. Primero hubo que sellar el agujero de entrada a la nave prisionera, mientras se trasladaban los suministros y equipo necesario desde la *Hebe G.B.* Después tuvo que librar al yate de su propia hiperpropulsión; en las pocas horas restantes antes de que el convertidor se fundiera, podía atraer la atención de algún Adderkop. Después comenzó el viaje, y aunque los Eksers trazaron el rumbo que ellos les marcaron, debían estar constantemente vigilados para evitar que recurrieran a algún ardid suicida. Todos los momentos libres habían de dedicarse a la urgente cuestión de inventar un idioma común con ellos. Torrance también debía supervisar a su tripulación, calmar sus temores y mantener una constante vigilancia ante posibles naves enemigas. Si detectaban alguna, los humanos desconectarían la hiperpropulsión y confiarían en no ser descubiertos. No vieron ninguna, pero la tensión era considerable.

Durmió algunos ratos.

Por lo tanto, no tuvo oportunidad de hablar largo y tendido con van Rijn. Supuso que el comerciante habría tenido una afortunada corazonada, y dejó de inquietarse.

Hasta que Valhalla se convirtió en un minúsculo disco amarillo, que eclipsaba a todas las demás estrellas; una nave patrullera de la Liga les cerró el paso; y, una vez dadas todas las explicaciones, les escoltó hasta Freya a velocidad inferior a la de la luz.

El capitán de la patrulla insinuó que le gustaría subir a bordo. Torrance trató de evitarlo.

—Cuando estemos en órbita, ciudadano Agilik, estaré encantado. Pero en este momento, todo está muy desorganizado. Estoy seguro de que podrá entenderlo.

Desconectó el extraño interfono que ya había aprendido a manejar.

—Será mejor que baje a asearme —dijo—. No me he bañado desde que abandonamos el yate. Prosiga, ciudadano Lafarge. —Titubeó—. Y... uh... ciudadano Jukh-Barklakh.

Jukh lanzó un gruñido. El goriloide estaba demasiado ocupado para hablar, agachado donde debía estar el asiento del piloto, y apretando las distintas planchas de control con sus grandes manos mientras conducía la nave hacia una senda hiperbólica. Barklakh, el ser del casco que se hallaba sobre sus hombros, y no tenía cuerdas vocales propias, agitó un tentáculo antes de hundirlo en el pozo protector a fin de girar una delicada llave de ajuste. El otro tentáculo permaneció enterrado en el sólido cuello del goriloide, alimentándose con su sangre, recibiendo impulsos sensoriales y emitiendo las órdenes motonerviosas de un hábil piloto espacial.

Al principio, la disposición pareció un poco vampírica a Torrance. Pero aunque los antepasados de los seres con casco podían haber sido parásitos de los antepasados

de los goriloides, ya no lo eran. Se habían convertido en seres simbióticos. Ellos suministraban los ojos y el intelecto, mientras que los enormes animales suministraban fuerza y manos. Ninguna de las dos especies servía de mucho por sí misma; en combinación, eran algo bastante especial. Una vez se acostumbro a la idea, Torrance no encontró más desagradable el espectáculo de ver a un ser con casco utilizando las garras para subir a un goriloide que a un hombre montando a caballo. Y una vez los seres con casco se acostumbraron a la idea de que aquellos humanos no eran enemigos, les mostraron un inequívoco afecto.

*Indudablemente piensan en los hermosos ejemplares nuevos que podemos venderles para su zoológico*, pensó Torrance. Dio una palmadita sobre la concha de Barklakh, acarició la piel de Jukh, y abandonó el puente.

Después de bañarse y ponerse ropa limpia, se sintió mejor. Pensó que lo mejor sería avisar a van Rijn, y llamó al camarote que el comerciante había aislado con una cortina igual que él mismo.

—Adelante —tronó la voz de bajo. Torrance entró en un cubículo azul de humo. Van Rijn se hallaba sentado encima de una caja de coñac vacía, aguantando un cigarro con una mano y a Jeri con la otra, pues la muchacha estaba arrellanada en su regazo.

—Bueno, siéntese, siéntese —rugió cordialmente—. Encontrará una botella debajo de esos trapos sucios del rincón.

—Sólo quería decirle, señor, que deberemos recibir al capitán de nuestra escolta cuando entremos en órbita alrededor de Freya, lo cual será pronto. Cortesía profesional, ¿sabe? Es natural que él se muestre ansioso por conocer a los Eks... uh... los Togru-Kon-Tanakh.

—Estupendo, tráigalo a bordo, muchacho. —Van Rijn frunció el ceño—. Pero adviértale que se traiga su propia botella, y no tarden demasiado. Yo quiero aterrizar; estoy harto del espacio. ¡Creo que echaré a correr descalzo sobre la suave y fresca tierra de Freya, maldita sea!

—¿No le gustaría cambiarse de ropa? —insinuó Torrance.

—¡Ooh! —exclamó Jeri, corriendo hacia el camarote que ocupaba de vez en cuando.

Van Rijn se apoyó en la pared, se arremangó el sarong y cruzó las velludas piernas mientras decía:

—Si ese capitán viene a conocer a los Eksers, que los conozca. Yo ya estoy cómodo así. Y no pienso entretenerle contándole cómo supe cuáles eran. Eso lo mantendré secreto para venderlo en exclusiva al sindicato informativo que más me ofrezca. ¿Entendido?

Sus ojos le miraron con inquietante agudeza. Torrance tragó saliva.

—Sí, señor.



—Muy bien. Ahora siéntese, muchacho. Ayúdeme a poner en orden mi relato. Yo no tengo su esmerada educación, he sido un pobre trabajador desde que tenía doce años, así que necesitaré algo de ayuda para escoger unas palabras tan elegantes como mi lógica.

—¿Lógica? —repitió Torrance, estupefacto. Parpadeó varias veces, principalmente porque el humo del tabaco le hacía escocer los ojos—. Creí que había adivinado...

—¿Qué? ¿Tan poco me conoce? No, no, maldito sea. Nicholas van Rijn nunca adivina nada. Lo *supe*. —Cogió la botella, dio un trago y añadió con magnanimidad —: Es decir, una vez Yamamura descubrió que los goriloides solos no podían ser los seres que buscábamos. Entonces me puse a devanarme los sesos y a reflexionar.

»Verá, fue una simple eliminación. El elefantoide estaba descartado. Quizá, en una emergencia, uno de ellos pudiera pilotar esta nave por el espacio... pero no aterrizar, recoger animales salvajes, cuidarlos y todo lo demás. Por otra parte, si algo falla, no puede hacer nada.

Torrance asintió.

—Yo lo consideraré desde el punto de vista de un astronauta —dijo—. Me inclinaba a excluir al elefantoide en este terreno. Pero admito que no se me ocurrió que el aspecto de cazador de animales hacía imposible que ésta pudiera ser una expedición de un solo ser.

—De todos modos, era demasiado grande —dijo van Rijn—. En cuanto a los monos atigrados, igual que usted, nunca los torné en serio. Quizá sus antepasados fueran más pequeños y más bípedos, pero esta especie tiende nuevamente a ser cuadrúpeda. Los animales no se especializan en tenerlo todo; cerebro, tamaño, dientes carnívoros y garras felinas a la vez.

»Las orugas tenían bastantes posibilidades, hasta que me acordé de aquella ocasión en que usted conectó accidentalmente el maldito interruptor de aceleración de emergencia. A menos que esté bien sujeto, lo cual es imposible excepto en casos muy especiales, se conecta con mucha facilidad. Con tanta facilidad que su propio peso lo conectaría bajo tres gravedades terrestres. O, por lo menos, siempre habría este peligro. Además, esa repisa con la que se tropezó... no construirían repisas tan livianas en planetas de alta gravedad.

Lanzó una bocanada de humo.

—Bueno, podían ser los centauros tentaculados —prosiguió—. Eso era un gran contratiempo para nosotros, porque el hidrógeno y el oxígeno hacen explosión. Inspeccioné detenidamente los informes de la nave, confiando encontrar algo que los eliminara. Y, por todos los diablos, así fue. Por una cosa como ésta, regalaré a San Dismas un mantel para el altar, no demasiado caro. Verá, los Eksers utilizan rectificadores de óxido de cobre, expuestos al aire. El óxido de cobre y el hidrógeno,

a una temperatura no muy alta tal como la que pronto desarrollaría con una fuerte electricidad, se convierten en agua y cobre puro. Puf, se acabó el rectificador. Por lo tanto, esta nave no estaba diseñada para seres que respirasen hidrógeno. —Sonrió—. Usted ha recibido tanta educación científica que se ha olvidado de la química elemental.

Torrance hizo chasquear los dedos y lanzó una exclamación contra sí mismo.

—Por eliminación, llegué a las criaturas del casco —dijo van Rijn—. El único problema era que no podían ser los constructores. Es verdad que podían manejar ciertas herramientas y mandos, como aquella llave enterrada, pero no todas. Y son demasiado lentas y pequeñas. ¿Cómo era posible que hubieran vivido el tiempo suficiente para inventar una nave espacial? Además, los seres tan pequeños no tienen espacio para un verdadero cerebro. Y los animales acorazados y los parásitos están en el mismo caso. Tampoco tienen buena vista. Sin embargo, las criaturas del casco parecían tener muy buena vista, por lo que nosotros sabíamos. En cualquier caso, tienen unos ojos muy similares a los humanos.

»Me acordé de que en estos camarotes había compartimientos grandes y pequeños. ¿Literas para dos tipos de seres? Y pensé: “¿Acaso el cerebro humano es una tortuga por estar recubierto de hueso? ¿Un parásito porque se alimenta de la sangre de otros sitios?” Bueno, quizá algunos que yo conozco pero que no nombraré, como Jean Harleman, de Cultivadores de Té & Café de Venus, S. A., tenga tortugas parásitas en vez de cerebro. Pero yo, no. Y eso es todo. Q. —dijo ufanamente van Rijn— E.D.<sup>[1]</sup>

Ronco de tanto hablar, cogió la botella. Torrance se quedó unos minutos más, pero como el otro no parecía dispuesto a seguir la conversación, se levantó para irse.

Jeri se cruzó con él en el umbral. Enfundada en un ajustado vestido azul de pronunciado escote que se adhería a su cuerpo como una capa de barniz, estaba deslumbradora. Torrance se detuvo en seco. Ella le observó detenidamente, como si no pudiera apartar la mirada de él.

—Abrigos de nutria marina —murmuró soñadoramente van Rijn—. Gemas marcianas. Un apartamento en las Torres Estelares.

Ella correteó hacia él y le acarició la cabeza.

—¿Estás cómodo, Nicky, cariño? —ronroneó—. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

Van Rijn guiñó un ojo a Torrance.

—Su técnica, aquella vez en el puente... por lo que pude observar, fue deplorable —dijo al capitán—. Por otra parte, usted no es viejo, ni gordo, ni está solo; tiene una feliz familia para disfrutar.

—Uh... sí —repuso Torrance—. Así es. —Dejó caer la cortina y regresó al puente.

## IV

*La realidad sigue alcanzando a la ciencia ficción. En este relato, observarán una cita de la misa latina; lo escribí antes de que el Concilio Vaticano Segundo decretara el uso de la lengua vernácula. Sin embargo, he dejado el párrafo tal como está, en primer lugar, porque lo prefiero así; en segundo lugar, porque la misa en latín no se ha extinguido totalmente y es posible que regrese un día en algunos servicios.*

*El desfase científico es más difícil de explicar. El relato de la desintegración de una estrella aquí suscrito es el que aceptaban todos los astrofísicos de la época en que lo escribí. Han aprendido mucho desde entonces. Pero yo no creo que sus descubrimientos hayan hecho —todavía— algo tan inaceptable de «Kyrie» como, por ejemplo, prácticamente todos los relatos publicados sobre Júpiter a finales de 1973.*

*Las conjeturas acerca de la naturaleza de la telepatía, incluida la conjetura de que exista, son una cuestión muy diferente; está más allá del área de la ciencia conocida. Es verdad que muchos físicos se opondrán a la idea de que pueda transmitirse un mensaje instantáneamente (o casi) y sin pérdida a través de distancias interestelares, por no mencionar la idea de que las naves pueden evadir el límite de la velocidad de la luz desviándose del espacio intermedio entre el punto de partida y la meta. Pero estas especulaciones han dejado de ser tan desacreditadas como eran hace poco tiempo. Permítanme repetir únicamente unas cuantas frases como «taquión», «desviación espacial métrica» y «campo radioactivo escalar». ¡Qué pocas cosas sabemos!*

*El tipo inteligente no humano en forma de un plasma pertenece igualmente al campo de la especulación. Sin embargo, la existencia de algunas clases de seres pensantes no humanos parece más que posible. ¿Qué persona razonable puede creer seriamente que en este enorme y misterioso cosmos nosotros somos los únicos seres inteligentes?*

## KYRIE

En una elevada cima de los Cárpatos lunares se alza un convento de Santa Marta de Betania. Los muros están hechos de roca; se levantan, oscuros y escarpados como la misma ladera de la montaña, hacia un cielo que siempre está negro. A medida que uno se acerca desde el Polo Norte a lo largo del camino de Platón, se ve la cruz que remata el torreón, señalando hacia el disco azulado de la Tierra. Allí no resuena ninguna campana, es imposible en un mundo sin aire.

Se las puede oír en el interior durante las horas canónicas, y en las criptas donde las máquinas trabajan para mantener una apariencia de ambiente terrestre. Si te quedas un rato, también se las oye llamando a la misa de réquiem. Pues en Santa Marta existe la tradición de ofrecer todas las oraciones para aquellos que han perecido en el espacio; y cada año son más.

Esto no es tarea de las hermanas. Ellas auxilian a los enfermos, necesitados, tullidos, locos, todos los que el espacio ha abatido y quebrantado. La Luna está llena de ellos, exiliados porque ya no pueden resistir la gravedad de la Tierra o porque se teme que puedan incubar una plaga de algún planeta desconocido o porque los hombres están tan ocupados con sus fronteras que no tienen tiempo libre para cuidarlos. Las hermanas llevan trajes espaciales con la misma frecuencia que hábitos, y tanto sostienen una brújula como un rosario.

Pero disponen de algún tiempo para la contemplación. Por la noche, cuando el resplandor del sol ha desaparecido durante medio mes, la capilla permanece abierta y las estrellas contemplan las velas a través de la cúpula de cristal. No centellean, y su luz es tan fría como el invierno. Una de las monjas en particular está allí tan a menudo como puede, rogando por sus propios muertos. Y la abadesa procura que esté presente en la misa anual que ella encargó antes de hacer los votos.

*Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.*

*Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison.*

La expedición Supernova Sagitarii comprendía a cincuenta seres humanos y una llama. Describió un largo rodeo a partir de la órbita de la Tierra, deteniéndose en Epsilon Lyrae para recoger al último de sus miembros. Desde allí se aproximó a su destino por etapas.

Esto es una paradoja: el tiempo y el espacio son aspectos uno del otro. La explosión hacía más de cien años que tuvo lugar cuando fue notada por los hombres de Lasthope. Éstos formaban parte de un esfuerzo, prolongado durante varias generaciones, para sondear la civilización de criaturas distintas a nosotros; pero una noche que alzaron la vista, vieron una luz tan brillante que incluso formaba sombras.

Este frente ondulante llegaría a la Tierra varios siglos después. Entonces ya sería tan tenue que no se vería nada más que un punto brillante en el cielo. Sin embargo, mientras tanto, una nave que saltara por encima del espacio donde la luz debía arrastrarse podría localizar la muerte de la enorme estrella en el tiempo.

A la distancia adecuada, los instrumentos grabaron lo que había ocurrido antes de la explosión; la incandescencia se disolvió cuando el último combustible nuclear fue consumido. Un salto, y vieron lo que sucedió un siglo antes: convulsión, tormenta de quanta y neutrinos, radiación igual a los centenares de millones de soles de la galaxia.

Se desvaneció, dejando un vacío en el cielo, y la *Raven* siguió acercándose. Cincuenta años luz —cincuenta años— empleó en estudiar un ardor menguante en el centro de una niebla que brillaba como un relámpago.

Veinticinco años después, el globo central había menguado más, la nebulosa se había expandido y amortiguado. Pero como la distancia era mucho menor, todo parecía más grande y brillante. A simple vista podía distinguirse un reflejo demasiado fuerte para mirarlo de frente, haciendo que las constelaciones semejaran pálidas en contraste. Los telescopios mostraban una chispa blancoazulada en el corazón de una nube opalescente delicadamente filamentosa en los bordes.

La *Raven* se dispuso a dar el salto final, hacia la inmediata vecindad de la supernova.

El capitán Teodor Szili realizó una vuelta de inspección en el último minuto. La nave murmuraba en torno suyo, corriendo a una gravedad de aceleración para alcanzar la velocidad intrínseca deseada. La energía zumbaba, los reguladores chirriaban, y los sistemas de ventilación crujían. Sintió que se estremecía hasta los huesos. Pero el metal le rodeaba, frío y desolado. Las pantallas de visión mostraban un cúmulo de estrellas, el fantasmal arco de la Vía Láctea: en el vacío, los rayos cósmicos, temperatura no muy por encima del cero absoluto, distancia inimaginable hasta la chimenea humana más próxima. Se disponía a llevar a su gente donde nadie había estado antes, hacia unas condiciones sobre las que nadie estaba seguro, y esto suponía una pesada carga para él.

Encontró a Eloise Waggoner en su puesto, un cubículo conectado directamente con el puente de mando. Le atrajo la música, y una triunfal serenidad que no reconoció. Deteniéndose en el umbral, la vio sentada frente a una pequeña máquina grabadora.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—¡Oh! —La mujer (le resultaba imposible pensar en ella como una muchacha, a pesar de que no hacía mucho que había sobrepasado la adolescencia) se sobresaltó—. Yo... estaba aguardando el salto.

—Debía aguardar el aviso.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —contestó ella, no tan tímidamente como de

costumbre—. Es decir, no soy ni tripulante ni científico.

—Usted forma parte de la tripulación. Se encarga de las comunicaciones especiales.

—Con Lucifer. Y a él le gusta la música. Dice que nos acerca más a la unidad que cualquier otra cosa de las que sabe acerca de nosotros.

Szili arqueó las cejas.

—¿La unidad?

Las hundidas mejillas de Eloise se sonrojaron. Bajó la mirada hacia el suelo y se retorció las manos.

—Quizá no sea la palabra justa. Paz, armonía, identidad... ¿Dios?... Intuyo lo que quiere decir, pero no tenemos ninguna palabra que lo describa.

—Hm. Bueno, su deber es hacerle feliz. —El capitán la contempló con un desagrado que no había logrado suprimir. Suponía que era una buena persona, a su manera torpe y reprimida; pero, ¡su aspecto! Flacucha, de pies grandes, nariz grande, ojos saltones y largo cabello de color ceniza; y, por si esto fuera poco, los telépatas siempre le hacían sentir incómodo. Ella decía que sólo podía leer la mente de Lucifer, pero, ¿era cierto?

No. No hay que pensar en esas cosas. La soledad y otros factores ya son suficientes para inquietarte, sin que empieces a sospechar de tus compañeros.

Si Eloise Waggoner era realmente humana, debía de ser algún tipo de mutante como mínimo. Cualquiera que pudiese comunicarse con un vértice viviente tenía que serlo.

—¿Se puede saber lo que está tocando? —preguntó Szili.

—Bach; el tercer concierto de Brandeburgo. A Lucifer no le gusta la música moderna. A mí tampoco.

«No me extraña», pensó Szili. Y en voz alta:

—Escuche, saltaremos dentro de media hora. Es imposible predecir lo que vamos a encontrar. Ésta es la primera vez que alguien se acerca tanto a una supernova reciente. Sólo podemos estar seguros de una gran radiación y de que moriremos si las pantallas ceden. Aparte de eso, no tenemos nada en que basarnos más que la teoría. Y un núcleo estelar en plena desintegración es algo tan único en el universo que no tengo más remedio que mostrarme escéptico acerca de la eficacia de la teoría. No podemos distraernos. Hemos de prepararnos.

—Sí, señor. —Cuando susurraba, su voz perdía la aspereza que le era habitual.

Él miró más allá de la joven, más allá de los saltones ojos de contadores y mandos, como si pudiera atravesar el acero y contemplar el espacio. Sabía que allí flotaba Lucifer.

La imagen se adueñó de él: una bola de fuego de veinte metros de diámetro, blanca, roja, dorada, azul, con llamas que bailaban como tentáculos, una cola que

ardía a lo largo de cien metros, una maravilla, un pedazo de infierno. Y la idea de que su nave se aproximaba a su punto de destino le trastornaba.

Trató de concentrarse en las explicaciones científicas, a pesar de que éstas no fueran más que conjeturas. En el múltiple sistema estelar de Epsilon Aurigae, en el gas y energía que saturaban el espacio que les rodeaba, ocurrían cosas que ningún laboratorio podía imitar. En Epsilon Aurigae, la magnetohidrodinámica había hecho lo que la química hacía en la Tierra. Habían aparecido vórtices de plasma estable, se habían desarrollado, se habían perfeccionado, hasta convertirse en algo muy parecido a un organismo al cabo de millones de años. Era una forma de iones, núcleos, y campos de fuerza. Metabolizaba electrones, nucleones, rayos X; mantenía su configuración durante una larga vida; se reproducía; pensaba.

Pero ¿qué pensaba? Los pocos telépatas que podían comunicarse con los habitantes de Epsilon Aurigae, aquellos que habían informado de su existencia a la humanidad, nunca se explicaban claramente. Ellos mismos eran bastante raros.

Por eso, el capitán Szili dijo:

—Quiero que le haga saber esto.

—Sí, señor. —Eloise bajó el volumen de la grabadora. Sus ojos reflejaron una expresión ausente. Las palabras se introducían por sus oídos y su cerebro (¿era realmente una buena traductora?) transmitía los significados a aquel que corría junto a la *Raven*, movido por su propio impulso.

—Escucha, Lucifer. Ya sé que no es la primera vez que lo oyes, pero, quiero estar seguro de que lo entiendes plenamente. Tu psicología debe de ser muy distinta a la nuestra. ¿Por qué accediste a venir con nosotros? No lo sé. La especialista Waggoner dice que sentías curiosidad y ansias de aventura. ¿Es ésa toda la verdad?

»No importa. Dentro de media hora daremos el salto. Nos encontraremos a quinientos millones de kilómetros de la supernova. Ahí es donde empieza tu trabajo. Tú puedes ir donde nosotros no podemos, observar cosas que a nosotros nos resulta imposible, y decirnos más que nuestros propios instrumentos. Pero lo primero que debemos hacer es comprobar si podemos quedarnos en órbita alrededor de la estrella. Esto también te concierne a ti. Unos hombres muertos no pueden transportarte de nuevo a casa.

»Así que, a fin de englobarte en el campo de salto sin destrozarte el cuerpo, hemos de desconectar las pantallas defensoras. Aparecemos en una zona de radiación letal. Tienes que alejarte inmediatamente de la nave, porque conectaremos el generador sesenta segundos después del tránsito. Entonces has de investigar las cercanías. Los peligros que debemos prevenir... —Szili los enumeró—. Éstos son los que podemos imaginar. Quizá nos encontremos con otros que no hayamos predecido. Si te parece que algo nos amenaza, regresa en seguida, adviértenos y prepárate para un salto de retroceso. ¿Lo has entendido? Repítelo.

Eloise fue repitiendo las palabras. La exposición era correcta; pero ¿habría omitido algo?

—Muy bien —Szili titubeó—. Siga con el concierto si así lo desea; pero interrúmpalo diez minutos antes de la hora cero y manténgase alerta.

—Sí, señor. —No le miró. No parecía mirar nada en particular.

Los pasos de Szili se alejaron por el pasillo y dejaron de oírse.

—¿Por qué dice las mismas cosas una y otra vez? —preguntó Lucifer.

—Tiene miedo —repuso Eloise.

—?...

—Veo que no sabes lo que eso quiere decir —comentó ella.

—¿Puedes explicármelo?... No, no lo hagas. Debe de ser pernicioso y no quiero que te ocurra nada malo.

—De todos modos, no puedo tener miedo cuando te adueñas de mi mente.

(El entusiasmo la invadía. El júbilo estaba allí, jugando como diminutas llamas sobre la superficie de su padre llevándola de la mano cuando era pequeña y salieron a buscar flores silvestres un día de verano; por encima de la fuerza y la suavidad, de Bach y de Dios). Lucifer se deslizó alrededor del casco en una exuberante curva. Las chispas danzaban a lo largo de su estela.

—Vuelve a pensar en flores, por favor.

Ella lo intentó.

—Son como (imagen, tan aproximada como un cerebro humano es capaz de asimilar, de fuentes con colores de rayos gamma en el centro de una luz, una luz que lo invade todo). Pero tan pequeñas... Tan breves...

—No comprendo cómo puedes comprenderlo —susurró ella.

—Tú lo haces por mí. Yo no podía amar esa clase de cosas, antes de que tú llegaras.

—Pero tienes muchas otras cosas. Yo intento compartirlas contigo, pero no estoy hecha para comprender lo que es una estrella.

—Y yo no comprendo lo que es un planeta. Sin embargo, podemos comunicarnos.

Sus mejillas se sonrojaron. El pensamiento la invadió, entrelazando su contrapunto con la música.

—¿Sabes que ésta es la razón de que yo haya venido? Por ti. Soy fuego y aire. No había saboreado la frialdad del agua, la paciencia de la tierra, hasta que tú me las mostraste. Tú eres un rayo de luna sobre un océano.

—No, no sigas —dijo ella—; por favor.

Estupefacción:

—¿Por qué no? ¿Acaso la alegría es dolorosa? ¿No estás acostumbrada a ella?



—Creo, creo que eso es. —Lanzó la cabeza hacia atrás—. ¡No! ¡Maldito seas si me haces compadecerme de mí misma!

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿No tenemos toda la realidad para disfrutar, y no está llena de soles y canciones?

—Sí; para ti, sí. Enséñame.

—Si tú me enseñas a tu vez... —El pensamiento se interrumpió. Prevaleció un contacto, sin hablar, tal como ella había imaginado que debía existir entre los enamorados.

Miró con ira el rostro de chocolate de Motilal Mabundar, que había aparecido en el umbral.

—¿Qué quiere?

Él se sorprendió.

—Sólo deseaba saber cómo estaba, señorita Waggoner.

Ella se mordió el labio inferior. El físico había sido el que le había demostrado más amabilidad a bordo.

—Lo siento —dijo—. No quería ser desagradable con usted. Los nervios.

—Todos estamos nerviosos. —Sonrió—. Por muy excitante que sea esta aventura, nos alegraremos de regresar a casa, ¿no es así?

Ella pensó en su casa: las cuatro paredes de un apartamento, encima de una bulliciosa calle de la ciudad. Libros y una televisión. Podía presentar un documento en cualquier reunión científica, pero nadie la invitaría a la fiesta que tenía lugar a continuación.

«¿Tan horrible soy?», se preguntó. «Ya sé que no tengo un físico agradable, pero intento ser simpática y hablar de cosas interesantes. Quizá sea porque lo intento demasiado».

—Conmigo no lo haces —dijo Lucifer.

—Tú eres diferente —le dijo ella.

Mazundar parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Nada —repuso apresuradamente ella.

—He estado pensando en una cosa —dijo Mazundar, en un esfuerzo por proseguir la conversación—. Lo más probable es que Lucifer se acerque bastante a la supernova. ¿Podrá seguir comunicándose con él? ¿No cambiará demasiado sus pensamientos el efecto de dilación temporal?

—¿Qué dilación temporal? —contestó ella con una risita—. Yo no soy físico, sólo una insignificante bibliotecaria con un extraño talento.

—¿No se lo han, dicho? Vaya, yo pensaba que todo el mundo lo sabía. Un campo gravitacional intenso afecta al tiempo del mismo modo que una gran velocidad. En términos generales, cualquier proceso tiene lugar más lentamente que en el espacio

libre. Ésta es la razón por la que la luz procedente de una estrella maciza es roja. Y el núcleo de nuestra supernova equivale a casi tres masas solares. Además, ha adquirido tanta densidad que su atracción en la superficie es, ah, increíblemente elevada. Así pues, guiándonos por nuestro reloj, tardaríamos un tiempo enorme en llegar al radio de Schwarzschild; pero un observador que estuviese en la propia estrella podría contemplar nuestra llegada en un período de tiempo bastante corto.

—¿El radio de Schwarzschild? Haga el favor de explicarse. —Eloise se dio cuenta de que Lucifer había hablado por medio de ella.

—No creo que pueda hacerlo sin recurrir a las matemáticas. Verá, esta masa que nosotros vamos a estudiar es tan grande y concentrada que ninguna fuerza excede a la fuerza de la gravedad. No hay nada que pueda compensarla. Por lo tanto, el proceso continuará hasta que no quede energía. La estrella habrá desaparecido del universo. En realidad, teóricamente, la contracción alcanzará un volumen cero. Naturalmente, como he dicho antes, esto tardaría una eternidad en cuanto a nosotros respecta. Y la teoría descuida las consideraciones de mecánica cuántica que entran en juego hacia el final. Éstas no se conocen todavía muy bien. Gracias a esta expedición, espero adquirir más conocimientos. —Mazundar se encogió de hombros—: En cualquier caso, señorita Waggoner, me preguntaba si el brusco cambio de frecuencia no impedirá toda comunicación entre nuestro amigo y nosotros cuando él esté cerca de la estrella.

—Lo dudo. —Lucifer seguía hablando; ella era un instrumento, y nunca se había dado cuenta de lo agradable que resultaba ser utilizado por alguien hacia el cual se sintiera afecto—. La telepatía no es un fenómeno a base de ondas. Puesto que se transmite instantáneamente, no puede serlo. Tampoco parece estar limitada por la distancia. Más bien es una resonancia. Estando armonizados, nosotros dos podemos continuar muy bien así a través de todo el cosmos; y no conozco ningún fenómeno material que pudiera interferir.

—Comprendo. —Mazundar le dirigió una larga mirada—. Gracias —dijo con desasosiego—. Ah..., tengo que regresar a mi puesto. Buena suerte. —Se escabulló sin esperar la respuesta.

Eloise ni siquiera se dio cuenta. Su mente se había convertido en una antorcha y una canción.

—¡Lucifer! —exclamó en voz alta—. ¿Es eso cierto?

—Creo que sí. Todo mi pueblo es telépata, y es lógico que tengamos más conocimientos sobre el tema que vosotros. Nuestra experiencia nos conduce a pensar que no hay límite.

—¿Podrás estar siempre conmigo? ¿Lo estarás?

—Si tú lo deseas, yo no pido otra cosa.

El cuerpo en forma de cometa brincó y danzó, mientras el cerebro de fuego reía

en voz baja.

—Sí, Eloise, me gustaría mucho quedarme contigo. Nadie lo ha hecho jamás... Alegría, alegría, alegría.

Te dieron un nombre mejor del que creían, Lucifer, habría dicho ella, y quizá lo hiciese. Pensaban que era una broma; pensaban que llamándote como el diablo podrían hacerte tan pequeño como ellos mismos. Pero Lucifer no es el verdadero nombre del diablo. Sólo significa «portador de luz». Hay una oración latina que se dirige a Cristo llamándole Lucifer. Perdóname, Señor, no he podido evitar el recordarlo. ¿Te importa? Él no es cristiano, pero creo que no necesita serlo; creo que nunca debe haber sentido el pecado, Lucifer, Lucifer.

Dejó que la música se remontara tanto tiempo como le permitieron.

La nave saltó. En un viraje de parámetros lineales mundiales, atravesó veinticinco años luz hacia la destrucción.

Cada uno lo experimentó a su manera, excepto Eloise, que también lo vivió con Lucifer.

Notó la sacudida y oyó el chillido del metal retorcido, olió a quemado y ozono y se hundió en la caída infinita que es la ingravidez. Aturdida, tocó el interfono. Las palabras se sucedían unas a otras: «... unidad reventada... conecten onda EMF... ¿cómo iba a saber cuándo ocurriría?... Manténganse en sus puestos... manténganse en sus puestos...». Por encima de todo aullaba la sirena de emergencia.

El terror se adueñó de ella, hasta que asió el crucifijo que llevaba alrededor del cuello y la mente de Lucifer la reconfortó. Entonces se echó a reír con todas sus fuerzas.

Él se había apartado de la nave en el mismo momento de la llegada. Ahora flotaba en la misma órbita. La nebulosa llenaba todo el espacio circundante con inquietos arcos iris. Para él, la *Raven* no era el cilindro de metal que habían podido ver unos ojos humanos, sino un brillo suave, la pantalla protectora que reflejaba todo un espectro. Enfrente se hallaba el núcleo de la supernova, minúsculo a aquella distancia, pero encendido, encendido.

—No tengas miedo —la acarició—. Lo comprendo. La turbulencia es excesiva, inmediatamente después de la detonación. Hemos emergido en una región donde el plasma es especialmente denso. Carente de protección justo antes de que se restableciera el campo de guardia, vuestro generador principal del casco ha sufrido un cortocircuito. Pero estáis a salvo. Podréis repararlo. Y yo, yo estoy en un océano de energía. Nunca había estado tan vivo. Ven, remonta la marea conmigo.

La voz del capitán Szili la hizo volver a la realidad.

—¡Waggoner! Dígale a ese auriga que empiece a trabajar. Hemos localizado una fuente radiactiva en una órbita interceptora, y puede ser demasiado para nuestra

pantalla. —Especificó las coordenadas—. ¿Qué es?

Por vez primera, Eloise notó a Lucifer preocupado. Giraba continuamente y se alejaba de la nave.

Sus pensamientos volvieron bruscamente hacia ella, no menos vívidos. Le faltaron las palabras para describir el terrible esplendor que divisó junto con él: una bola de gas ionizado donde la luminosidad resplandecía y descargas eléctricas que saltaban, retumbando en la neblina que rodeaba al corazón descubierto de las estrellas. Era algo que no podía hacer ningún ruido, pues el espacio era casi un vacío según las normas establecidas en la Tierra; pero ella lo oyó retumbar y sintió la furia que se escapaba de él.

Expresó lo que él le dictaba:

—Una masa de material expulsado. Debe de haber perdido velocidad radial con la fricción y gradientes estáticos, siendo atraído a una órbita cometaria y sostenido por los potenciales internos. Como si este sol tratara de dar a luz nuevos planetas...

—Chocará con nosotros antes de que podamos acelerar —dijo Szili—, y sobrecargará nuestro campo. Si sabe rezar, hágalo.

—¡Lucifer! —exclamó ella; no quería morir, si él debía permanecer con vida.

—Creo que podré desviarlo lo suficiente —le dijo con una tristeza que ella no le conocía—. Mis propios campos, para encajarse con los suyos; y energía libre para vivir; y una configuración inestable; sí, quizá pueda ayudaros. Pero ayúdame tú a mí, Eloise. Lucha junto a mí.

Su reluciente figura avanzó hacia la forma destructora.

Ella sintió cómo su caótico electromagnetismo se adhería a él. Le sintió lanzado por los aires y magullado. El dolor fue suyo. Él se esforzó por mantener su propia cohesión, y el combate fue suyo. Ambos se abrazaron, el auriga y la nube de gas. Las fuerzas que lo constituían se agarraron como brazos; él despedía energía procedente del núcleo, arrastrando aquella enorme masa enrarecida hacia el torrente magnético que surgía del sol; tragó átomos y los vomitó hasta que el surtidor salpicó todo el cielo.

Ella permaneció en su cubículo, prestándole toda la voluntad de vivir y prevalecer que pudo, y se golpeó los puños sobre la mesa hasta hacerse sangre.

Las horas fueron transcurriendo con desesperante lentitud.

Al final, apenas pudo oír el mensaje que se escapó de sus labios exhaustos:

—Victoria.

—Tuya —sollozó.

—Nuestra.

A través de los instrumentos, los hombres vieron que la mortífera bola luminosa les dejaba atrás. Hubo una salva de aplausos.

—Vuelve —rogó Eloise.

—No puedo. Estoy demasiado cansado. Estamos fusionados, la nube y yo, y nos precipitamos hacia la estrella. —Como una mano herida que se extendiera para consolarla—. No sufras por mí. A medida que nos acerquemos, obtendré nuevas fuerzas gracias a su fulgor, y sustancia fresca de la nebulosa. Necesitaré cierto tiempo para arrancarme a su atracción. Pero ¿cómo voy a dejarte, Eloise? Espérame. Descansa. Duerme.

Sus compañeros la llevaron a la enfermería. Lucifer envió sueños de ardientes flores, regocijo, y los soles que constituían su hogar.

Pero ella se despertó gritando. El médico tuvo que administrarle un fuerte sedante.

Él no había comprendido realmente lo que significaría enfrentarse a algo tan violento como el espacio y el tiempo.

Su velocidad se acrecentó sorprendentemente. Esto le pareció a él; desde la *Raven* le vieron caer durante varios días. Las propiedades de la materia cambiaron. No pudo empujar con la fuerza o rapidez suficientes para escapar.

La radiación, los núcleos desnudos, las partículas nacidas y destruidas y vueltas a nacer se ensañaron con él. Su sustancia fue extraída, capa por capa. Fue menguando a medida que se aproximaba, cada vez más pequeño y denso, tan brillante que su luminosidad dejó de tener un significado. Finalmente, las fuerzas gravitacionales se adueñaron de él.

—¡Eloise! —gritó, en la agonía de su desintegración—. ¡Oh, Eloise, ayúdame!

La estrella le engulló. Se extendió en una línea infinitamente larga, se comprimió en una línea infinitamente delgada, y desapareció de la existencia.

La nave siguió su curso. Aún debía estudiar muchas otras cosas.

El capitán Szili visitó a Eloise en la enfermería. Físicamente se estaba recuperando.

—Diría que fue todo un hombre —declaró en voz baja—, si esto fuera un elogio suficiente. Ni siquiera pertenecíamos a su especie, y murió para salvarnos.

Ella le contempló con ojos tan secos que no parecía natural. Él tuvo que adivinar su respuesta.

—Es un hombre. ¿Acaso no tiene también un alma inmortal?

—Pues, uh, sí, si es que cree en el alma, sí, claro que la tiene.

Ella meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué no puede descansar en paz?

Él miró a su alrededor en busca del médico y vio que estaban solos en la estrecha habitación metálica.

—¿A qué se refiere? —Se decidió a acariciarle la mano—. Ya sé que era un buen amigo suyo. Sin embargo, su muerte ha sido muy dulce. Rápida, limpia; no me importaría morir así.

—Para él... sí, supongo que sí. Tiene que haberlo sido. Pero... —Le fue imposible continuar. De pronto, se tapó los oídos—. ¡Basta! ¡Por favor!

Szili trató de apaciguarla y se marchó. En el pasillo encontró a Mazundar.

—¿Cómo está? —le preguntó el físico.

El capitán frunció el ceño.

—No muy bien. Espero que no se derrumbe completamente antes de que podamos llevarla a un psiquiatra.

—¿Por qué, qué le pasa?

—Cree que aún puede oírle.

Mazundar descargó un puño sobre la palma de la otra mano.

—Confiaba en que eso no ocurriera —suspiró.

Szili esperó que prosiguiese.

—Le oye —dijo Mazundar—. Es evidente que le oye.

—¡Pero eso es imposible! ¡Está muerto!

—No se olvide de la dilatación temporal —repuso Mazundar—. Cayó del cielo y pereció rápidamente, es verdad. Pero en tiempo de la supernova. No es el mismo tiempo que el nuestro. Para nosotros, el colapso estelar final requiere un número infinito de años. Y la telepatía no tiene límites de distancia. —El físico echó a andar apresuradamente, en dirección contraria a la cabina—. Siempre estará con ella.

# Notas

[1] Q.E.D., abreviación de *quod erat demonstrandum*, lo que queríamos demostrar. <<